CUANDO QUIERO LLORAR NO LLORO

MIGUEL OTERO SILVA

PREFACIO

La aparición de una novela tan curiosa y provocativa como Cuando quiero llorar no lloro fue una especie de sorpresa para los contingentes de lectores que se incorporaron entonces al conocimiento de la literatura venezolana. Quienes frecuentaban a Otero Silva desde antes, desde el año 1939, época de su primera ficción narrativa, se interesaron principalmente en lo evidente, en que la obra giraba sobre la violencia, las varias violencias separadas por clases sociales. Otros entendieron que había algo más complejo. De pronto, el escritor reconocido por todo el mundo como un hombre afiliado a la revolución política, la cual pasaba sin ninguna dificultad a la visión de mundo que expresaban sus novelas, sin abandonar su tema político de siempre, como que aceptaba una herejía literaria prácticamente opuesta a sus convicciones.

Desde hacía unos años venía ganando terreno una postura estética en parte contraria al modo de pensar de MOS y para finales de los años 60 del siglo XX copaba, en el mundo occidental, en Latinoamérica y en Venezuela, todos los ámbitos hasta afectar e influir incluso en quienes la combatían, llegando a imponerse como el dogma artístico de una época, el patrón o molde que debía seguirse de una manera inexorable. Era lo moderno, lo contemporáneo, lo que dejaba atrás el pasado y lo daba por superado: no una moda sino una necesidad de los nuevos tiempos. Esta tendencia, pues no es sino una de las tantas manera de entender las cosas que ha habido y habrá en la historia de las artes, tenía un aspecto polémico y había salido de los pequeños círculos de intelectuales para ganar el interés de los lectores generales, convertidos ahora en "el público" gracias a hábiles aparatos de la industria editorial, desconocidos hasta entonces, muy nuevos en Venezuela. Es el momento en que Otero Silva concibe, escribe y publica, exactamente en 1970, su nueva novela.

Esta doctrina artística proponía que había un tipo de revolución paralela y hasta ajena a la política, que ser revolucionario en las artes consistía, entre otras cosas, en abandonarse a las energías del lenguaje, a la fuerza de la palabra, a un universo de símbolos propios del ser humano pero hasta cierto punto ajenos a su control. El lenguaje es el mensaje, aseguraban. Los partidarios de tal tendencia llegaban también al extremo de afirmar que una obra podía ser revolucionaria en el terreno estético, por innovadora, por romper los moldes y fracturar las convenciones y, simultáneamente, sin que tuviera importancia, reaccionaria en el campo político. Jorge Luis Borges, por ejemplo.

Pero también escritores comprometidos con la izquierda como García Márquez, se afiliaban a esa tendencia y pensaban que no traicionaban la causa. Es más, el escritor colombiano afrontaba en su libro más famoso las horribles y prolongadas guerras civiles y guerrillas que han sido la maldición secular de esa nación. El tema no podía ser políticamente más explícito. La novedad estaba en el modo literario, distinto a la tradición novelesca que enfrentaba estos temas. Vargas Llosa, un muchacho para entonces, en medio de una fiebre cubanófila ciega, se entregaba a los requerimientos de esa nueva doctrina literaria. En su primera novela, referida a los padecimientos de un chico en la vida en un colegio, revelaba sin tapujos la violencia sádica propia de cualquier militarismo, o en otro libro, exploraba la atmósfera dantesca de la explotación de los indios peruanos del Amazonas. No podía quedar ninguna duda de que el gran problema de la novela moderna no estaba en la realidad que reflejaba, a la que no dejaba de aludir, sino en la perspectiva artística que reelabora estos materiales brutos de la vida en una visión superior. El asunto estaba en que los grandes problemas no se resuelven artísticamente reproduciendo los discursos que hacen los políticos en sus mítines o las discusiones que sostienen los profesores teóricos en sus universidades: la novela debe ser una ficción, es decir, un elemento nuevo que se añade a la realidad, no la realidad tal

cual. Esto contradecía el concepto de escritor como alguien que controla la palabra, la pone a su servicio, se vale de ella para expresar lo que tiene la deliberación de decir, la hace un simple instrumento o vehículo sometido a su dominio y voluntad. Frente a conceptos que fueron la manera de entender las artes durante unos doscientos años de historia cultural en el mundo occidental, ahora ganaba terreno la posición contraria, marginada antes, reducida a élites despreciadas por los políticos, una postura que privilegia lo artístico sobre otros factores.

Otero Silva había acostumbrado a sus lectores a la fórmula de una novela reportaje en la que los contenidos eran manifiestos, la organización de los elementos estaba hecha según el modo acostumbrado de hacer novelas con mucha aceptación en Venezuela y Latinoamérica, y la lectura podía transcurrir con la confianza de que se seguían los mejores parámetros de la escuela realista. El periodista que era MOS sobre todo, imponía a sus obras la eficacia comunicativa que debe tener el periodismo, la audacia interpretativa que revela aspectos ocultos de la realidad o disimulados por intereses sociales. El autor no se apartaba de una tradición artística de la que se sentía orgulloso y que consideraba el modo natural de abordar lo literario, modo que, por otra parte, correspondía legítimamente a su manera de ser y a los requisitos que consideraba indispensables para que la ficción cumpliera sus cometidos de manera responsable. Era una novelística que con Fiebre, Casas muertas, Oficina N9l, o La muerte de Honorio no había fallado en investigar la realidad del país, en escribir volúmenes decididamente característicos por su contenido social, en proponer incluso esquemas de interpretación que no dejaban dudas respecto a sus intenciones: la lucha contra la dictadura gomecista, el petróleo, la vida de un pueblo rural condenado a muerte, las persecuciones políticas del perejimenismo. Así lo percibían los lectores y con las mismas convicciones trabajaron quienes comentaron, estudiaron y analizaron su obra durante los treinta años que llevaba de su carrera de novelista. Todo marchaba dentro de lo aceptado y de lo aceptable. Era la muy respetada tradición que tenía a Gallegos como fuente y había logrado mejorar y renovar sus esquemas sin causar el cortocircuito cultural que se produjo en los años 60 respecto a los escritores anteriores.

Pero era imposible que alguien inteligente y sensible no entendiera que la empresa del arte no puede quedar estacionada en lo que se ha hecho siempre y en un solo tipo de parámetros. Entonces MOS, que por otra parte ha debido observar que la nueva ola criticaba su obra y lo estaba condenando a ser un escritor del pasado, renueva enérgicamente sus fuerzas y se lanza a redactar un libro que tiene todas las peculiaridades de ser una obra a lo moderno. Si para Cuando quiero llorar no lloro cabe alguna denominación, sería la que empleaba la crítica exactamente en aquella época: es una novela de lenguaje, sus protagonistas no son tanto los famosos personajes en el sentido teatral y psicológico sobre los que se ha hecho una película y hasta una telenovela, sino que quien preside la obra y da coherencia a lo que pasa es la fuerza del lenguaje. Es evidente que leyó cuidadosamente lo que estaban haciendo los innovadores de la literatura latinoamericana, hasta los escritores de moda y los noveleros, y no tuvo reparos en ponerse al día, a su manera, desde luego.

Lo nuevo y lo viejo se juntan. Otero Silva emplea también en esta obra el método que le ha servido antes: realiza una investigación de campo, conoce los lugares en los que trascurrirá la acción de la novela, toma notas, estudia, se documenta, conversa, se acerca a personas reales que luego se transfigurarán en el libro, emplea tranquilamente noticias de las páginas políticas, rojas y sociales que han aparecido ya en los periódicos. Lo más importante: investiga con la paciencia de un filólogo cómo habla la gente y deben hablar los posteriores personajes de la ficción. Nada de esto era nuevo en el autor ni un invento de MOS pues así han trabajado por siglos cientos de escritores. Lo capital ahora en el

autor venezolano, que ha llegado a los sesenta años y tiene más de la mitad de su vida escribiendo, es que el modo de hablar, las fichas en la que reúne las palabras peculiares construyen por dentro la manera con que se organiza Cuando quiero llorar no lloro y la forman en su esencia. No es un problema de glosarios, de acumulación de sinónimos para inventariar cómo es llamada por ejemplo la marihuana y cuántas acepciones tiene la palabra, de una compilación del inventivo léxico que en todas las generaciones han usado los jóvenes para distinguirse de los adultos y funcionar como tribus aparte: el santuario de un lenguaje como secreto que había la necesidad de incorporar a la literatura. Operación que no hace un muchacho, un coetáneo de los personajes, sino un escritor venerable, de otra generación: es un esfuerzo, no algo espontáneo. Por esa misma época el para entonces joven escritor mexicano José Agustín publicaba novelas fundadas prioritariamente en lo oral y en lo cotidiano. Es famoso y ejemplar lo que Julio Cortázar hizo con los argentinismos y el lunfardo cuando pone a personajes franceses a hablar y pensar como argentinos.

Como se sabe, la obra de Otero Silva cuenta la vida de tres jóvenes venezolanos que nacen casualmente el mismo día de 1948, el año en que los militares tumbaron al presidente Rómulo Gallegos. Los tres mueren el mismo día de 1966, todavía época de la violencia política que singularizó a Venezuela durante esa década. El esquema, por otra parte, combina y alterna secuencias que son casi fílmicas o por lo menos muy plásticas y gráficas pues se quedan grabadas en la retina del lector. En ellas se desarrolla la vida de estos tres mozos prematuramente muertos. Uno es el muchacho pobre, el marginal del cerro, condenado por las condiciones sociales a ser un delincuente. Es un gran tema que el cine venezolano de esos tiempos llega a explorar incluso con enorme éxito de taquilla. El otro joven es un tipo de clase media, estudiante de sociología, que se incorpora a la lucha armada de la época. No hubo una sino varias maneras de realizar esta lucha, del terrorismo a la oposición parlamentaria, y había además diversas corrientes teóricas dentro del marxismo armado capaces no sólo de discutir sino de pelearse a tiros entre sí. Este tema, presente desde los tempranos años 60, dio origen a un completo capítulo de la historia literaria venezolana, reunió varias docenas de cuentos y novelas etiquetadas bajo el rótulo de literatura de la violencia. El otro personaje es un chico de la jailaif, entre cuyos privilegios de clase se encuentra el haberse acostumbrado a ser lo que le da la gana, cosa que lo convierte en un patotero, en un practicante de la violencia gratuita.

Como si fuera poco, la novela tiene una parte introductoria llamada prólogo, que se desarrolla en la época romana y en el tiempo en que los cristianos eran perseguidos y martirizados. Entre ellos hay un Victorino, que será el nombre común de los tres jóvenes protagonistas. Acerca del significado de esta parte de Cuando quiero llorar no lloro han corrido ríos de interpretaciones. Una de las más comunes dice que se trata de una alegoría y un alegato político contra el gobierno de Rómulo Betancourt. Desde luego, este capítulo está lleno de trampas y equívocos pues hechos y lenguaje no son precisamente fíeles al ambiente antiguo que dice reconstruir.

Para que el lector tenga acceso a los hechos del resto de la obra, se suministran ciertas necesarias informaciones contextúales, pero lo de más peso es que el contacto ocurre a través del lenguaje, del modo de hablar del malandro, el izquierdista de los sesenta, el patotero rico. Numerosos lectores y críticos han opinado y hasta han luchado entre sí por saber cuál de estos tres tipos de lenguaje resulta más convincente en la novela y, lógicamente, cuál de los tres personajes está mejor hecho, fue mejor captado por el autor, es más representativo, etc. Lo esencial pareciera ser sin embargo que por momentos, en circunstancias indispensables para el desarrollo de la obra, las frases de la novela se interrumpen y no concluyen, son dejadas mochas de una manera deliberada,

se cambia el punto de vista de lo que se venía exponiendo, se altera el orden del discurso y su discurrir por lo que viene a ser más interesante lo que se insinúa que lo que se dice directamente. Este intento de reproducir hablas y lenguajes, de edificar un universo mental, oral, puede llegar a tener su momento cumbre y antológico en la reconstrucción que se hace en la novela de una conversación telefónica entre dos pavas.

Leída a luz de en una sola perspectiva podría resultar que superficialmente la obra seduzca al lector, primero que todo por su aspecto evidentemente jocoso e ingenioso cuando ataca a la clase alta especialmente, aunque la palabra sea también portadora de ideas, mensajes, convicciones, intenciones. Cuando quiero llorar no lloro, sin dejar de ser dramática pues el desenlace es la muerte y la muerte prematura y hasta injusta, es una novela que se aprovecha de la otra gran experiencia de Otero Silva, la de humorista. Por ella se adscribe también a una tradición cultural venezolana muy vinculada a la lucha antigomecista y a todos los esfuerzos que hubo y habrá que hacer siempre en Venezuela por imponer la libertad de expresión y el derecho a contrariar a los gobernantes. El humorismo, en Inglaterra o en Paraguay, es un instrumento de lucha política. El humor era, por otra parte, en los años 70 del siglo XX, una especie de adquisición más o menos reciente de la literatura latinoamericana que había aprendido a decir lo importante apartándose de la solemnidad discurseadora.

Pero si la palabra sobrevalora el enfoque, el humor es mucho más que sí mismo en su mero aspecto chistoso y paródico para ser crítica. Desde los antiguos griegos y romanos la sátira es un vigoroso instrumento de estudio de la realidad. Lo agudo, lo picante y mordaz censura los defectos, las ridiculeces, los errores y crímenes humanos. Burla efectiva que penetra la realidad dejándola en los huesos, a la intemperie, despojándola de su empacadura de cosa seria. La deja desnuda en medio de la calle y la expone al desprecio público.

A la sátira se une otro factor que es imposible no tomar igualmente en cuenta: la novela se ofrece como una parodia de otra cosa. La literatura moderna suele presentarse como imitación jocosa de otros libros y autores, su representación burlesca. Esto corresponde también a una vieja tradición de la cultura occidental que en los tiempos presentes se ha renovado porque desacraliza las enormes capas de falsa seriedad que se han acumulado sobre la cultura y los productos culturales. No ha faltado quien piense que Otero Silva, en esta obra de invención lingüística, en el fondo, no dejaba de hacer burla y parodia de la literatura contemporánea entendida como acontecimiento principalmente artístico. Es la travesura y venganza de un insobornable escritor de la escuela realista. Sea lo que sea, el experimento le resultó satisfactorio. Al leer Cuando quiero llorar no lloro no se debe perder de vista que el escritor parece haberse liberado de las ataduras que lo amarraban a una sola posición, sacudida que le permitió dar el paso cuando ya era un hombre de setenta años para conseguir su mejor propuesta literaria con la novela Lope de Aguirre, príncipe de la libertad, el año 1979. Ahora sí, sin ninguna vacilación, se coloca entre los "modernos" y los maestros modernos de la literatura latinoamericana.

Oscar Rodríguez Ortiz

PRÓLOGO CRISTIANO CON ABOMINABLES INTERRUPCIONES DE UN EMPERADOR ROMANO

"El historiador perfecto, al propio tiempo que debe poseer suficiente imaginación para dar a sus narraciones interés y colorido, debe asimismo dominar de tal modo su arte que sepa contentarse con los materiales acopiados por él y defenderse de la tentación de suplir los vacíos con añadiduras de su propia cosecha".
Lord Macauly

Cuatro soldados, Severo Severiano Carpóforo Victorino, surcan los vericuetos del mercado, a conciencia de que van a ser detenidos. Sus cuatro cascos emplumados gaviotean airosamente por entre el humo de los sahumerios y los pregones de los vendedores ambulantes, llévate esta cinta azul para los tobillos del efebo por quien suspiras, higos más dulces que la leche de Venus madre, refrescantes tisanas de avena para el gaznate de los sedientos, redondas y espesas tortas de miel amparadas bajo el apelativo maternal de placentas, el perfil de Diana papando moscas desde un camafeo color ladrillo. Al martilleo redundante de sus sandalias gruñen los perros de Roma, se mean los gatos de Roma, una vieja romana les endilga una procacidad colectiva sin desabrochar la mirada veterana de las cuatro braguetas exuberantes que transitan al nivel de su cacharrería. Los cuatro hermanos, Severo Severiano Carpóforo Victorino, caminan de frente, ajenos a la policromía primaveral de los tenderetes, sin oler la adolescencia de las manzanas ni el berrenchín de los traspatios, agria certeza a cuestas de que no dormirán esta noche en sus camas, ni tampoco en cubículo de mujer mercenaria. Son cristianos, y ensalmados por esos nombres de mártires que les encasquetó su madre, ni el alfanje del Ángel de los Santos Amores los librará de figurar con aureola en el elenco del almanaque.
Severo Severino Carpóforo Victorino son soldados del ejército imperial, indómitos para la pelea como jabalíes, roqueños para el sufrimiento como columnas del Circo Máximo, disciplinados para la maniobra como fluir de acueductos, soldados dijimos. Son cristianos, de la misma secta delirante de Pablo y Orígenes, pero el cristianismo ha dejado de ser en Roma un espectáculo truculento, comilona de fieras y empurpurador de espadas, para apuntalarse en el espíritu público como religión prestigiadora, cuasi señorial. El senador Cornelio Savino, nieto del tribuno del mismo nombre que contribuyó al despachurramiento de Calígula con una cívica estocada en el hipogastrio del déspota, ha limpiado su mansión de discóbolos en lanzamiento, Martes en reposo, Venus pechugonas, sátiros rijosos, hermafroditas dormidos y otras chucherías grecoromanas, para transformarla en iglesia del culto a Jesucristo. Doroteo, chambelán mayor del palacio de Diocleciano, hasta ayer no más epicúreo practicante, ya no se embriaga con mostos de Sabina y Falerno sino con la palabra sagrada y capitosa de los Evangelios. Mauricio, denodado caudillo de la legión Tebea, garrapatea en su frente apresurados signos esotéricos antes de entrar en combate. Se avecina a ojos vistas el Ímplantamiento ad eternum de la nueva religión, la derrota inexorable de los 300 tipos promiscuos de adoración, la desbandada de los 32.516 dioses que en Roma convivían y que ahora patalean acorralados por un solo Dios verdadero. Nubes implacablemente preñadas anuncian el naufragio ético y filosófico y material del paganismo, cuando de repente el emperador Diocleciano, soberano de avanzadas luces y generosas entretelas sucumbe a las prédicas siniestras de su conmilitón y yerno Galerio y decreta

I. Se estremece uno en su sarcófago refunfuña Diocleciano.
II. Galerio era apenas un hirsuto becerrero búlgaro, yo lo hice remojar sesenta mañanas consecutivas en mis ternas hasta despojarlo del hedor a chivo, ya enjuagado lo casé con mi hija Valeria, ya casado lo convertí en César, vale decir mi sucesor, ya César lo expedí a matar yacigios, carpos, bastarnos, a gépinos y sármatas, actividad más de su agrado que acostarse con la Valeria, bachillera que todo lo discutía, sin excluir las posiciones en el triclinio.
III. La cristianofobia de Galerio tuvo génesis, no en ofuscaciones raciales y religiosas, no en pelambre de corazón y ruines instintos, sino en el justificable prurito de llevarle la contraria a su onerosa cónyuge, cualquiera te soporta, hija mía, Valeria besuqueando crucifijos, Valeria huroneando catacumbas en compañía de su madre: mi esposa Prisca, execrable tarasca estotra de perfil y emperramientos etruscos.
IV. Ante mi impresionante política de conferirme por decreto estatura y atributos de Júpiter, la mentada Prisca decidió encarnar al pie de la letra una cargosa personificación de Juno con el olímpico designio de amargarme la vida y el gobierno, estoy hasta la diadema.
V. Galerio, a mayor abundamiento, era hijo de una bruja o sacerdotisa de los montes Dacios, ya se me había olvidado, tetas lo amamantaron con leche de hechicerías, canciones de cuna le inculcaron con sonsonete que los cristianos traían mala sombra, como en efecto la traen.
VI. En uno y otro caso, feminan quaerite, cherchez la femme balbucean en su media lengua las tribus de la Galia, enturbiando con sus belfos los límpidos manatiales de Virgilio.
VII. Galerio carecía, empero, dé cacumen dialéctico para convencer a nadie, y a Diocleciano menos que a nadie, presencia mía ante la cual se quedaba mudo y tieso como el falo de Priapo, apabullado por mi preeminencia en todos los campos, inclusive en el militar que es tu oficio y tu idionsicrasia, Galerio. No olvidarás nunca aquellas calendas de septiembre en que me vi precisado a salir en campaña para impedir que Narsé, rey de Persia, desenvainara la cimitarra y te dejara eunuco de ambas, como habían hecho antes esos mismos beduinos con el pobre Valeriano.
VIII. La encubridora leyenda que intenta desplomar sobre los hombros de mi yerno Galerio la responsabilidad de mis occisos cristianos, urdida fue por el joven poeta Lactancio, papista hasta la cal de los huesos, beato camandulero de ora pro nobis y demás exorcismos, Lactancio pretendió conciliar sus convicciones religiosas con los vínculos familiares que conmigo lo ligaban (no era africano como cuentan, sino hijo mío y de una honorable dama romana, eso sí, putísima, llamada Petronia Vacuna, esposa de Cornelio Máximo, ya no les ocasiono la más mínima mancilla a ninguno de los tres cuando lo reseño públicamente, diecisiete siglos después del parto), Lactancio se dio a pregonar en sus filiales libracos impostores que yo era un anciano bondadoso y que solamente la perversidad desenfrenada de Galerio y su insistencia, que te tumban Diocleciano, que te andan buscando la vuelta, me inclinaron a desatar aquellas galopantes persecuciones contra la cristiandad, a saquearles sus iglesias, confiscarles sus propiedades, quemarles sus pergaminos, obligarlos a sacrificar ante nuestros dioses que era lo más jodido para ellos.
IX. Si no lograron atraparme en sus redes los zorrunos socráticos ni los platónicos palabreros, si se estrellaron Polibio con su elocuencia, Cornelío Labeo con su sabiduría, el pitigriego Hierocles con su sutil ferocidad, si de nada valieron los enjambres de persuasivos silogismos aristotélicos, de entimemas estoicos, toda esa morralla que derramaron sobre mi rústica cabeza dálmata con la finalidad de demostrarme que tales cristianos eran plaga más afrentosa y requerida de destrucción que el mismísimo

Cartago, ¿de dónde iba a sacar sesos el palurdo Galerio, mi salvaje Galeriote, para emponzoñarme la bilis y precipitar mis ímpetus a tan exterminadoras puniciones?
X. Ni Galerio, ni sofistas, ni pitonisas, ni arúspices, ni entrañas de gallos negros, ni revelaciones sísmicas de los dioses, sino decisión que salió de mis jupiterianos testículos, y si dimanó de tan majestuoso recinto fue porque perentoriamente lo exigía la salvación de un imperio que llegó a mis manos putrefacto, gusarapiento, hediondo a muerto y asediado por el mosquero.
Severo Severiano Carpóforo Victorino se han alejado de los mármoles impúdicos, de las trompetas disonantes y de los tufos aceitosos, y peregrinan ahora a campo traviesa, Vía Apia arriba. A sus espaldas zumban como moscardones las discrepancias seculares entre los árabes y los judíos de la Porta Capena. Los cuatro cornicularios marchan marcialmente, y no hacia el Rin, ni hacia el Danubio, ni hacia el Eufrates. Nada le preguntan al muchacho que trae las cabras y que viene al encuentro de ellos entre anhelante y asustado, ya lo han violado cinco o seis veces por andar pastoreando rumiantes en las afueras libertinas de Roma con esos crespos dorados y esa mirada de antílope. No atisban a derecha ni a izquierda, no vacilan ante las barrancas ni ante los zarzales, no los desorienta el aturdido revoloteo de las palomas ni el flechazo sin destino de las golondrinas. Al dedillo conocen la ruta: más allá de los olivares de Mandraco Germánico, más allá del encinar de Pomponio Afrodisio, pasado el arroyo de aguas grises, a cincuenta pasos de una roca con ancas de paquidermo, está el brocal de la catacumba. Trabajo les cuesta introducir los escudos, las espadas, los cascos, las lanzas, los petos escamosos, las rodillas, las botas tobilleras, las cabezas, los codos y las señales de la cruz en aquel agujero incómodo, propicio si acaso para ser penetrado por artesanos y pastores de túnica corta, esa plebe que va sin mangas y descalza por los caminos.
Entran a duras penas los cuatro hermanos, descienden como lagartijas por una rampa húmeda y resbalosa, caen en un relleno de dura arcilla apisonada, Severiano a gatas encuentra una lámpara acurrucada en el sitio preciso donde debía estar, la enciende según el procedimiento empleado para encender lámparas al despuntar el siglo IV (¡vaya usted a saber!) e inician un devoto recorrido a través de un laberinto de lóbregos pasadizos. Desde las paredes los atisban los nichos de los enterrados, algunos muy recientemente, tal la pestilencia que de su carroña echa a volar. Su encarrilamiento de baqueanos los guía tinieblas adentro hasta el parpadeo de las antorchas, hasta las resonancias atonales de las oraciones, hasta el rupestre socavón donde le están dando sepultura a alguien.
Este muerto debe ser un cristiano de primera clase. Basta observar el cortejo de romanos de alto coturno y romanas de barrocos peinados que lo lloran, le encienden velas y le rezongan misereres. Victorino no tiene ojos para el difunto sino para su sobrina Filomena, el nombre lo supo una hora más tarde, guedejas derramadas sobre ambos hombros, alba frente comprimida por una doble cinta claveteada de zafiros, torcaces en el busto realzadas por un cordón de púrpura que en su base las aprisiona, rosadas colinas (se presienten) bajo los pliegues de la estola. El coro de mujeres que la rodea, cristianas como ella, son en este mundo desigual sus solícitas esclavas. La primera le ondula los rizos, la segunda le ennegrece las pestañas, la tercera es fiadora de la blancura de sus dientes, la cuarta le depila las axilas, la quinta le macera los senos
con leche de yegua castaña, la sexta le embetuna de ungüentos la espalda, la séptima le frota la piel del vientre con una esponja perfumada, la octava le vierte esencia de jazmines en los muslos, la novena cuida de sus pies como de dos pichones, ¡ay, Victorino, que te condenas!, la décima le recita al amanecer epigramas de Marcial para que sonría y la undécima le lee por las noches la Tebaida de Estacio para que se duerma. Marcelino, el Sumo Pontífice, aligera la ceremonia, réquiem aeternam, ¿qué buscarán

esos cuatro cornicularios aquí, a esta hora? Dona eis Domine, con la cantidad de rumores que están corriendo en Roma, Domine exaudí vocem meam, anoche soñé que me devoraba un horrendo león de Numidia, et lux perpetua luceat eis, y estas hemorroides que no me dejan en paz, amén.
-¿Qué sucede, hijos míos?- le temblequea el algodón de la barba, Marcelino es docto benévolo piadoso pero medio cagueta.
Severo, el mayor de los cuatro hermanos, lleva la voz cantante. Ha entrado en vigor el edicto de Diocleciano. Más de cuarenta cristianos fueron sometidos a tortura esta misma mañana. Casi todos, ¡Dios sea loado!, permanecieron impávidos bajo el dolor y las cumplidas amenazas. Se negaron a sacrificar a los dioses paganos, murieron proclamando su fe en Jesucristo, iluminados por el júbilo de subir a los cielos.
-Una verdadera apoteosis, padre, una reconfortante fiesta del espíritu.
-¿Y todos ganaron el paraíso? ¿Todos sin excepción?
Severo cabecea sombríamente. A tres o cuatro, entre cincuenta, no los acompañó el corazón, se quebraron como cristales bajo los latigazos, sacrificaron a los falsos dioses para salvar el pellejo. Y uno solo, ¡mal rayo lo parta!, habló lo que no debía.
-¿Qué dijo?- la barba del Sumo Pontífice es una ijada de coneja.
-Colgado por los pies de la bóveda de un pórtico, enloquecido por el cauterio de un tizón que le chamuscaba las nalgas, el acólito Sapino Cabronio abjuró de sus creencias, Satanás comenzó a cantar por su boca, dio una lista interminable de nombres, el miserable tiene una magnífica memoria, ubicó nuestros templos, se ofreció a conducirlos por entre el enredijo de las catacumbas, ya deben venir por ahí, y si no extendió su denuncia a nosotros cuatro fue porque estábamos presentes en calidad de militares galardonados, pero nos denunciará en la segunda palinodia, ya verá usted.
Victorino no aparta los sentidos de la hermosa romana que llora a su tío. La hermosa romana deja un instante de llorar a su tío para preguntarse quién será aquel apuesto miliciano que en cripta tan sagrada se ha lanzado a morir por sus pedazos. El carcaj de Cupido, hijo de Venus y Vulcano (o tal vez Marte), el carcaj de Cupido no respeta ni las recónditas cavernas de la nueva religión.
-¡Diocleciano, oh funesto Diocleciano! clama Marcelino melodramático y zurrado. No contento con haber fragmentado el imperio romano en cuatro tajadas, desmembrando de ese modo torpemente la poderosa patria de César y de Augusto, no contento con haber inventado esa absurda y descabellada tetrarquía que
XI. ¡Por Júpiter! brama Diocleciano. ¿Cómo se atreve un vejete judío, sin patria y sin prepucio, a invocar la grandeza y la integridad del imperio romano para enjuiciar mi sistema tetrárquico de gobierno que es, modestia al carajo, el más prodigioso hallazgo político que ha realizado hombre de estado alguno, de Licurgo a nuestros días?
XII. Yo no nací para emperador, al menos así se desprendía de las apariencias, sino para cultivador de hortalizas, capador de cerdos o soldado muerto en combate; no tuve padre cónsul, ni abuelo senador, ni madre ligera de cascos, circunstancias que tanto ayudan en los ascensos, sino que me engendró en mujer labriega un liberto del senador Anulino, liberto y padre mío que en su niñez rastreaba moluscos por entre los peñascos de Salona.
XIII. Pero desde muy joven me indicaron los presagios que en mis manos germinaría la salvación de Roma: la estatua de Marte enarbolaba el escudo cuantas veces pasaba yo a su lado, una noche se me apareció el propio Júpiter disfrazado de toro berrendo bajo la luz de un relámpago; comprometido por tales auspicios me hice soldado sin amar la carrera de las armas; me esforcé en razonar como los filósofos cuando mi inclinación natural era berrear palabrotas elementales en las casas de lenocinio; me volví simulador y palaciego, yo a quien tanto agradaba sacar la lengua a las obesas matronas y acusar en

público de pedorros a los más nobles patricios; obtuve la jefatura de la guardia pretoriana no obstante el asco Que me causa el oficio de policía; y finalmente le sepulté la espada hasta los gavilanes al Prefecto del Pretorio, Menda que no podía ver una codorniz herida sin que se me partiera el alma.

XIV. Y cuando ascendí por riguroso escalafón de homicidios a emperador de Roma, ¿qué restaba del imponente imperio de Octavio y Marco Aurelio? Quedaba un inmenso territorio erosionado por el roce de todos los vicios, amenazado desde el exterior por los bárbaros de más diversos bufidos y pelajes, minado en el interior por los nietos y biznietos de los bárbaros que se habían infiltrado en la vida pública a horcajadas sobre el caballo de Troya de las matronas cachondas, una nación exprimida y depauperada por los agiotistas, una república de cornudos y bujarrones donde ya nadie cultivaba la apetencia de sentarse en el trono, porque sentarse en el trono constituía experimento más mortífero que echarse al coleto una jicara de cicuta.

XV. Así las cosas, subí yo al gobierno con dos miras precisas: reconstruir el devastado imperio y morir en mi cama con los coturnos puestos, esta última empresa más difícil de sacar a flote que la otra, si uno se atenía a los antecedentes inmediatos. Oído al tambor en los postreros cincuenta años:

al óptimo soberano y ejemplar hijo de familia Alejandro Severo se lo echaron al pico sus soldados, acompañado de su admirable madre Mammea, que también obtuvo su mortaja;

le correspondía el trono a Gordiano I, mas Gordiano I se dio bollo a sí mismo al tener la noticia de cómo el exorbitante Maximino (un metro noventa centímetros de altura) se había cargado a su hijo Gordiano II;

en cuanto a Maximino, y de igual modo a Máximo, a quien el gigantón había designado como César, fueron tostados por la tropa;

le tocaba el turno a Balbino, y lo peinaron alegremente los pretorianos;

venía en la cola Gordiano III que, al par de su tutor y regente Misisteo, recibió matarili de Felipe el Árabe;

un lustro más tarde los oficiales de Decio madrugaron a dicho Felipe el Árabe, durante la conmemoración de la batalla de Verona, en tanto que a su hijo Felipe el Arabito le llenaban la boca de hormigas en Roma, doce años no más tenía el pobrecito;

Decio a su vez fue traicionado por sus generales y entregado a los godos para que esos bárbaros le dieran la puntilla;

Galo al bate, lo rasparon sus milicianos y, después del consumatum est, se pasaron a las filas de Emiliano;

los mismos destripadores le extendieron pasaporte a Emiliano, a los pocos meses, por consejos de Valeriano;

el sufrido y progresista Valeriano cayó en manos del persa Sassanide Sapore, lo torturaron aquellos asiáticos, lo castraron sin compasión, lo volvieron loco a cosquillas, lo enjaularon como bestia y, de postre, le arrancaron el pellejo en tiritas, ¡caníbales!;

a Galieno, poeta inspirado e hijo de Valeriano, lo siquitrillaron unos conjurados, inducidos a la degollina por un general de nombre Aureolo;

Claudio II, que vino luego, le cosió el culo a Aureolo, en justiciera represalia;

la peste, o un veneno con síndrome de peste, ayudó a bien morir a Claudio II;

apareció entonces un tal Quintilio, hízose pasar por hermano del difunto, pero no tardó en suicidarse, lo cepillaron es la verdad histórica, a los 17 días de vestir púrpura imperial;

surgió inesperadamente Aureliano, mano de hierro, el único en el pay roll con categoría de emperador romano, lo cual no impidió que el liberto Mnesteo, asesorado en el de profundis por el general Macapur, le cantara la marcha fúnebre;

llamaron a Tácito, un venerable anciano de 75 años que ninguna aspiración de mando albergaba en su arrugado pecho, lo coronaron contra su voluntad y al poco rato le cortaron el resuello;
y como Floriano, hermano y heredero de Tácito, pretendió el muy ingenuo gobernar sin el respaldo del ejército y sin la aquiescencia del senado, no transcurrieron tres meses sin que le doblaran la servilleta;
entró en escena Probo, un tío inteligente y precavido que logró mantenerse seis años sobre el caballo, creyó entonces haber llegado al momento de hacer trabajar a los soldados en la agricultura, le fabricaron en el acto su traje de madera;
un año después fue limpiado Caro misteriosamente, unos dicen que fue un rayo y otros dicen que su suegro;
quedaba Numeriano, hijo de Caro, mas el prefecto Arrio Apro lo puso patas arriba;
y en ese instante me adelanté yo al proscenium y, para no ser el de menos, descabellé a Apro y le compré su nicho, mientras Carino, legítimo aspirante a la corona, era borrado del mapa por la mano de un tribuno a quien el mentado Carino le barrenaba la esposa;
¿es éste un imperio honorable o una trilogía de Esquilo?
XVI. Único salidero para escapar del magnicidio era la aplicación de la teoría euclidiana de las proporcionalidades y proporciones, y conste que estas tímidas inmersiones en las linfas de la cultura griega son consecuencia de las prédicas de Ateyo Flaco, erudito esclavo corintio que me llevaba las frutas secas del jentáculum (desayuno, caballeros) a la cama. El cálculo aritmético señalaba que, si existían cuatro emperadores en vez de uno, las posibilidades de degollar a un emperador se reducían a un veinticinco por ciento. Y si ninguno de los cuatro príncipes tenía su asiento en Roma, cuando los ciudadanos capitolinos, que eran los más tenebrosos, decidieran sacarles los tuétanos y arrojar sus cadáveres al Tíber, veríanse compelidos a sobrellevar agotadoras expediciones hasta remotas comarcas para transportar los cuatro fiambres, acortándose así el veinticinco a un reconfortante cinco por ciento, menos del cinco si alojaba a Maximino en Milán, colocaba a Constancio Cloro en Germania, establecía a Galerio en la futura Yugoslavia y yo me largaba a Nicomedia, en el Asia menor, lo más lejos posible de estos lombrosianos.
XVII. Otrosí. La razón más usual de morir los emperadores romanos se originaba de esta guisa: a los generales triunfantes se les subían los humos a la cabeza y decidían asesinar a sus soberanos con el propósito de sustituirlos en el solio máximo. Y como los generales triunfantes eran imprescindibles para mantener a raya a los francos, británicos, germánicos, alamanes, borgoñeses, iberos, lusitanos, yacigios, carpos, bastarnos, sármatas, godos, ostrogodos, gépidos, hérulos, batrianos, volscos, samnitas, sarracenos, sirios, armenios, persas y demás vecinos que aspiraban a recuperar sus regiones tan honestamente adquiridas por nosotros, ocurrióseme la idea de seleccionar tres generales, los tres generales más verracos del imperio (mi mejor y más obediente amigo, un segundo a quien convertí en mi yerno y un tercero a quien convertí en yerno de mi mejor y más obediente amigo) y otorgarles tanto rango de emperadores como el que yo disfrutaba, con igual ración de púrpura que yo, aunque la verdad era que no mandaba sino el suscrito.
XVIII. Es esa la tetrarquía, una mesa con tres patas en el aire y una sobre la tierra, un absolutismo sin déspota, un centralismo sin ombligo, una circunferencia sin centro y, más allá de sus contornos formales, una tentativa institucional, no de resucitar a Roma porque eso era pedir la luna, sino al menos de momificar su cadáver, como hacían los egipcios con sus difuntos más queridos para evitar que la familia se les pudriera ante sus ojos.
Severo Severiano Carpóforo Victorino ocupan la mesa más apartada en la taberna del

liberto Casio Cayo, gladiador retirado, cartaginés de progenie, lo atestiguan pigmentación y pasa. Casio Cayo, tras despanzurrar idóneamente a cuanto adversario de red o escudo se le puso por delante en la arena, ha instalado este expendio de vinos y viandas, era legítimo que explotara en alguna forma una popularidad adquirida a costa de tantos riesgos y tanta eutanasia. El propietario en persona, cíclope de alquitrán y ébano, atiende a sus clientes, tansporta jarras de vino y los platones de cordero humeante, sepulta las monedas en un inmenso carriel de gacela que cuelga de su cintura. Severo Severiano Carpóforo Victorino le dicen que sí, le toleran su canción al juglar napolitano que va de mesa en mesa, ineluctable calamidad en toda taberna romana. Y el solista emprende, con acompañamiento de altisonante corno, sistro destemplado y zampona lacrimosa, un lamento rastrero destinado a rogarle a una señora que decline su orgullo y vuelva a Sorrento. Entonces los cuatro soldados se declaran románticamente mediterráneos, piden pulpos en vinagre y porrones de resinoso vino de Chipre. No obstante su coraje de combatientes y la firmeza de su fe cristiana, avizoran con fundada tribulación el trance místico que les aguarda. La palma del martirio es don inefable y glorioso, se escala el paraíso en un dos por tres, ya lo saben, pero les resulta un tanto prematuro exprimir tan bienaventurada merced antes de cumplir treinta años. Especialmente Victorino, enamorado desde hace menos de cuatro horas, Filomena que perfumas mis recuerdos, la melodía napolitana me corre por las vértebras cervicales como una pincelada de miel.
Hablan escasas incoherencias, o simulan que hablan, simulan que beben, simulan que oyen los quejidos de la zampona, no perciben los efluvios sospechosos de los calamares, siempre pasados en los restaurantes de Roma. Es que no son capaces de desclavar los ojos de los escalones de mármol que trepan a la calle, helicoide de caracol enroscada a una estatuilla protectora de Baco. El dios de los taberneros eleva un racimo de uvas con la mano izquierda, mientras sus dedos (anular, medio e índice) de la derecha organizan un signo a todas luces sicalíptico.
A ras de esos escalones han de asomar dentro de un instante los correajes de las sandalias, los calcañales de los guardias pretorianos que vendrán a detenernos, guiados por Sapino Cabronio el apóstata, qué apóstata, el hijo de perra que nos ha delatado, nos esperó emboscado al regreso de las catacumbas, nos vino siguiendo como el arrastramiento de una serpiente hasta la puerta de la taberna de Casio.
La aparición de los esbirros desencadena un sobresaltado revoltillo entre los parroquianos de las otras mesas, ninguno romano sino todos bárbaros asimilados, británicos impasibles que han traído con ellos sus perritos, galos que chupan con los ojos en blanco los tentáculos fesandés de los pulpos, germanos que se han levantado varias veces de sus asientos para ir a contemplar de cerca la estatuilla de Baco y acariciar sus proporciones, iberos empecinados en vocear sus problemas hogareños desde la segunda garrafa de vino, sirios que han extraído unos mugrientos naipes de sus mantas yjuegan entre bisbiseos y recíprocas miradas incendiarias, cada uno se imagina que la policía pretoriana viene por él, se asombran todos y se sosiegan cuando la ven dirigirse hacia los únicos cuatro romanos que están presentes en la taberna, militares de casco coronado por añadidura.
-¡Deponed las armas! ¡Estáis detenidos!- grita el comandante de los pretorianos.
-¡Hágase la voluntad de Dios!- dice Severo.
-¡En sus manos encomiendo mi espíritu!- dice Severiano.
-¡Venga a nos el tu reino!- dice Carpóforo.
-¡Idos a la mierda!- dice Victorino
Ante estas últimas cuanto elocuentes palabras los guardias pretorianos, que son doce, se abalanzan sobre Victorino, ármase la de Dios es padre. Vuelan en parábola las mesas,

los bancos, las fuentes y las vasijas; el vino salpica de escarlata las paredes; chillan como gatas en fornicación las esposas de los galos; se mezclan irreflexivamente los iberos en la trifulca; los sirios aprovechan el tumulto para escabullirse sin pagar. Casio Cayo ve su negocio en peligro, olvida su prepotente musculatura y sus credenciales de gladiador invicto, lejos de intervenir en defensa de sus clientes se limita a balar como un cordero extraviado en la maleza:
-Pax vobis, pax vobis.
Los guardias pretorianos se los llevan a todos, no sólo a los cuatro hermanos por quienes han venido, sino también a los iberos que se inmiscuyeron en la ajena contienda, y a los germanos fondilludos, y a los galos refinados, y a los mismos británicos tan yertos y tan respetables. Con el rumor de sus presos en fila suben las escaleras y desembocan en una calle atestada de aurigas dicharacheros, turistas preguntones y prostitutas de cacería. A lo lejos resuenan los gritos que emanan del Circo Máximo, vocerío de un público que presencia como todos los años las pugnas atléticas entre romanos y milaneses, esta vez triunfan los milaneses como todos los años, tres a cero, ¡oh Roma, inmutable e inmortal!
Casio Cayo queda como alma en pena en su taberna, con una germana gorda y desmayada por toda compañía. El ex gladiador se pasea a grandes zancadas por entre los bancos tumbados, las mesas con las patas al aire, la vajilla hecha añicos, la estatuilla de Baco sin el racimo de uvas ni los dedos inverecundos. Y aquel gigante que jamás parpadeó ante la espada ni ante el tridente de los contrincantes, llora con hipidos y mocos, llora el deterioro de sus mesones sin desbastar, el derramamiento de su vino adulterado y el despilfarro de sus chipirones podridos.
-El culpable no es otro sino Diocleciano- dice el tabernero en medio de sus sollozos, se permite apostrofar al emperador acogido a la exclusiva presencia inerme de aquella germana anestesiada, la walkiria continúa desmayada o haciéndose la desmayada en la esperanza de que la ultrajen de obra.- Ese tirano ególatra no piensa sino en el esplendor de su indumentaria, en la magnificencia de sus termas, olvida, desprecia a los hombres de trabajo, a los comerciantes que somos las fuerzas vivas del imperio. Insaciable en su codicia, derrochador del patrimonio ajeno, no se cansa de acumular tasas e impuestos sobre
XIX. Jamás pretendí -dice Diocleciano- que mis doctrinas económicas conquistaran la aprobación de los taberneros ni de los apóstoles ¡cocodrilos! del libre comercio, ni de los sacerdotes ¡escorpiones! del mercado negro, porque justamente a limar la codicia de tales piratas estaban encaminadas.
XX. La moneda andaba realenga, a merced de alzas y bajas arbitrarias, yo la vinculé a la tasa de oro, le edifiqué una estabilidad que nunca antes había conocido.
XXI. Los especuladores estipulaban por su cuenta y ganas el precio de los productos, no en el cuadruplo sino en ocho veces su valor, y más todavía ¡sanguijuelas con barbas!, yo dicté un decreto riguroso que los obligaba a cobrar por las cosas tan sólo lo que en exactitud debían costar.
XXII. Los acaparadores almacenaban las mercancías para provocar escasez y venderlas luego en estraperlo, yo los metí en la cárcel sin contemplaciones, les encajé multas cuantiosas, los arruiné cuando se me pusieron recalcitrantes, les apliqué la pena de muerte cuando se me volvieron incorregibles.
XXIII. La producción se desenvolvía sin plan ni concierto, libre fabricación que originaba un tótum revolútum de la economía nacional, yo obligué a las industrias privadas a planificar sus operaciones, embarqué al estado en la creación de manufacturas prósperas.
XXIV. La administración pública funcionaba a cargo de limitadas manos, carentes de

control y no siempre honestas, yo tejí una eficiente red burocrática, les proporcioné empleo a millares de ciudadanos, diluí la responsabilidad a base de una vigilancia mutua.
XXV. El progreso del país se había estancado a consecuencia de los zangoloteos políticos, yo recabé tasas de los ricos, llevé a cabo un plan de obras públicas de dimensiones nunca vistas, sembré de escuelas y de termas cada ciudad, desvivido por higienizar las mentes y los cuerpos de mis subditos.
XXVI. Y si bien es cierto que fracasaron mis doctrinas, como han fracasado y fracasarán por siempre las teorías económicas cuando se enfrentan a la cochina realidad, de todo lo anterior se deduce que este modesto servidor de ustedes ha sido el precursor, el pionero de las siguientes bagatelas: el patrón oro, el control de precios, la planificación de la economía, los sistemas tributarios, la carrera administrativa, la nacionalización de las industrias y
XXVII. y el laborismo británico, por Mercurio.
Severo Severiano Carpóforo Victorino, ya despojados de lanza, escudo y casco, pero aún ceñido al pecho el coselete de escamas metálicas, están de pie ante un tribunal que preside un juez calvo, desgalichado, artrítico y socrático. Hoy se siente más artrítico que lo último porque noviembre desciende húmedo del Palatino y se clava como colmillo de víbora en sus enardecidas articulaciones. Del maestro ateniense conserva apenas la conciencia de su ignorancia y una sonrisa irónica de becerro muerto.
-Se os acusa de cristianos- dice el juez con desgano.
-¿Quién nos acusa?-dice Severo.
-Os acusa el testigo Sapino Cabronio, cristiano como vosotros hasta el día de ayer. Entre la sexta y la séptima hora volvió a la religión de sus antepasados, de nuestros antepasados, a requerimiento de la voz tonante del padre y rey de los dioses, que amontona las nubes y vive en el éter, el propio Júpiter tronó su nombre procelosamente desde un rincón de la celda.
-No te creemos- dice Severo.
-A Sapino Cabronio lo colgaron de un pórtico- dice Carpóforo.
Le quemaron la espalda con una antorcha dice Severiano.
Se le enfriaron los cojones dice Victorino.
Un aleteo de togas estremece al centenar de curiosos, libertos en busca de empleo, familiares de los acusados, la audiencia en masa. Plebeyos comentarios rezongan los vendedores de salchichas hervidas, embutidas en lonjas de pan y salpicadas de salsas orientales, ya se llamaban canes calidi (hot dog en latín, lector ignaro). El magistrado impone silencio a golpetazos del mazo de madera, puño censorio del poder judicial.
-¿Sois cristianos o no sois cristianos?- esta vez el togado no se anda por las ramas.
-Creemos en Dios Padre Todopoderoso dice Severo.-
-Y en su Único Hijo Nuestro Señor- dice Severiano.
-Y en el Espíritu Santo dice- Carpóforo.
-Y nos cagamos en Palas Atenea y demás inquilinos del Olimpo- dice Victorino.
El presidente del tribunal entorna la mirada hacia la estatua de Minerva Zosteria que se encumbra a su espalda. Presiente el nacimiento del rayo exterminador que habrá de pulverizarlos a todos, acusados, acusadores y público. Pero Minerva permanece impávida ante la desafiante blasfemia, su amparadora diestra en alto, su casco a medio ganchete y sus ojos soñadores.
-¿Eso significa- dice el juez- que os declaráis malos hijos de la Patria, destructores de la religión y de la familia, agentes de una teología extranjera, mancilladores de vuestro honor de militares?
-Nos declaramos- replica Severo los más auténticos hijos de la patria, pero cristianos,

los más amantes vástagos de nuestra familia, pero cristianos, los más celosos guardianes de nuestro honor de militares, pero cristianos.
Y nunca agentes de una teología extranjera sino fieles siervos del único Dios verdadero que no es extranjero sino universal atiza Carpóforo.
Al juez, abandonado por el sarcasmo socrático que era el carcaj de su inteligencia, se le apaga la sonrisa. Le quedan pedradas aristotélicas de orador estoico romano:
Roma y sus dioses son una entidad indivisible, ergo, no podéis traicionar a los dioses sin traicionar a Roma. El Augusto Diocleciano es el instrumento de Júpiter, el emisario de Júpiter sobre la tierra, ergo, no podéis renegar de Júpiter sin renegar de Diocleciano. Y si traicionáis a Roma, si renegáis del emperador, ¿cómo pretendéis mantener la condición de probos soldados imperiales y no confesaros felones indignos del uniforme que lleváis encima?
-No es que lo pretendemos Severo da la espalda a los especiosos silogismos del juez, al mazo de madera y a la Minerva de mármol para arengar al populacho sino que lo hemos demostrado en los campos de batalla. Sin la impávida ferocidad de los soldados, centuriones, tribunos y generales cristianos, mal habría podido Roma salvar el pellejo, hacer huir en desbandada a los bárbaros que la acosaban. Sebastián, Pacomio, Víctor, Jorge, Mauricio, Exuperio, Cándido, Marcelo, a quienes Diocleciano degradó, arrestó o ajustició por cristianos contumaces, ¿qué eran sino heroicos paladines de Roma? Cometéis execrable injusticia cuando nos acusáis de desleales. Desleal ha sido, en tal caso, el propio Diocleciano que, cegado por su odio hacia la cristiandad, persigue y hostiga a quienes han
XXVIII. Un momentino, un momentino. Yo no persigo a los cristianos porque los odie sino porque les temo (les temo dije), porque los considero la única potencia (potencia dije) capaz de carcomer, destruir y, algo más grave, sustituir nuestro sistema. El cristianismo no es más aquel puñado de predicadores zarrapastrosos, no la hez que mentaba Celso, sino una maquinaria compaginada y recalcitrante, sectaria como los judíos, filosofante como los griegos, testaruda como los árabes, visionaria como los hindúes, sufridora como los chinos, colonialista como los romanos. Y virtuosos, los muy cabrones, para que más nos duela. Cuando ellos predican: no matarás, no robarás, no mentirás, no fornicarás, no te hartarás, no holgazanearás, no rascabuchearás la mujer ajena, le están echando en cara de retruque a la sociedad romana los vicios capitales que la corroen y que la llevarán al pudridero.
XXIX. Avizoré el peligro antes que nadie, cuando escuché decir que el cristianismo había comenzado a expulsar de sus filas a los ascetas dogmáticos y a los prometedores de utopías, doble lastre de histerismo que le entrababa las alas, con dogmáticos y utópicos no triunfa ninguna doctrina.
XXX. Les propuse primero un concordato, un entendimiento porque yo no soy Nerón ni me provocaba el cuerpo matar gente, me acogí como transacción a la fórmula monoteísta de Aureliano, ofrecí dejar de lado el gang de dioses griegos chismosos, concupiscentes y genocidas; ya no funcionaban como teogonia, habían degenerado en personajes grotescos del teatro cómico.
XXXI. Intenté unificar el imperio, fundir todas las sectas bajo el culto a un Dios exclusivo, el Sol o Júpiter, pero me estrellé ante el aferramiento de los cristianos; aceptaban con mucho gusto la idea del dios único, siempre que fuera el de ellos, no os digo que son una vaina muy seria.
XXXII. Me designaron un obispo suyo en la vecindad de cada prefecto mío, tramaron una red celular paralela a la ordenación administrativa del imperio, se dedicaron a catequizarme el ejército, amanecían bautizando soldados y confesando centuriones.
XXXIII. Cuando llegó a mis oídos que Sebastián, el tribuno de la primera cohorte

pretoriana, situaba los sermones de su pontífice por encima de las órdenes de su emperador; que Mauricio, jefe de la Legión Tebea, se negaba a sacrificar a los dioses en desacato a las voces de mando de su superior en jerarquía militar; cuando vi a milicianos de pelo en pecho, ayer panteras para el combate, cada uno con cien cadáveres de bárbaros en su haber, cuando los vi sometidos a un catecismo bobalicón que les ordenaba: ama a tu enemigo, pon la otra mejilla, comprendí que mi obra de reconstrucción estaba a dos dedos del abismo, porque ejército sin disciplina ya no es ejército, ejército sin furia tampoco es ejército, y si Roma llega a perder su ejército, arrivederci Roma.
XXXIV. Persigo a los cristianos sin mucha fe, es cierto, porque nací sin fe; y sin ninguna esperanza porque crecí sin ella; la esperanza es lo primero que se pierde. Sé perfectamente que las ideas, incluso las religiosas que son las más rudimentarias, no se ahogan con sangre ni se matan con muerte, y que cuando un sistema apela a la tortura física para someter a sus impugnadores es porque ese sistema se siente incapaz de argumentar, de subsistir. Sé más aún. Sé que Roma está boqueando su papel histórico, ya creó y difundió la lengua y las leyes, latín y derecho, sermo atque jus, que eran la razón de su existencia, ya ninguna otra dádiva puede ofrecerle a la humanidad salvo la contemplación de sus ruinas, cuando ruinas sea. Y sé también que estos cristianos aguantadores, fanáticos, onanistas, envidiosos, sombríos y desaseados cumplirán a cabalidad la misión de enterradores.
XXXV. Pero un emperador romano, si lo es, no acude jamás al recurso de rendirse sin combatir. Otro príncipe vendrá, más dúctil o pragmático que yo, desprovisto de escrúpulos que le impidan pactar con los cristianos a dictado de ellos, ése enlodará su frente augusta con el agua sucia del bautismo, ése vencido se proclamará vencedor, ése entreverá en las nubes el signo de la cruz para salvarse él y salvar de paso los detritus de Roma. Pero ése no se llamará Diocleciano, amigos míos.
XXXVI. Este que veis aquí no hará tal cosa sino invalidar por un tiempo a los cristianos a hierro y látigo, no hay otra manera, abdicar luego el trono como ha prometido, despojarse públicamente del manto de púrpura y de las insignias imperiales, refugiarse en el albatros octogonal de piedra que ha construido entre los acantilados del Adriático, consagrarse a la custodia de las coles y lechugas que alegran el mantel de su huerto, y echarse finalmente a dormir varios siglos sobre las dos hileras de granito rojo que mantendrán en alto su sepulcro.
XXXVII. Y si por ventura llega a nacer otro Tácito, maravilla que en duda pongo, él escribirá sencillamente: "Diocleciano fue el último emperador romano digno de tal nombre". Con eso me basta, coño.
Severo Severiano Carpóforo Victorino atraviesan la sala de torturas con la cabeza en alto, el caminar resuelto, disimulando el nudo que les endurece la garganta y el mínimo goteo que les humedece las ingles. Para volverlo recinto de suplicios han acondicionado un templo de Esculapio, las aguas del Tíber lamen los cimientos, un oleaje de césped y florecillas cabrillea hasta el nacimiento del alto podio, el aroma de los pinares apacigua la severidad de las columnas. Esculapio, hijo de Apolo, Esculapio que dedicó sus facultades divinas al difícil empeño de librar a los hombres de los dolores de la muerte, está aquí sin su aquiescencia, patrocinando dolor y muerte, quejidos y estertores. Su corazón desaprueba tanta sevicia pero ninguna mediación le es posible desde su rigidez de mármol, de mármol su serpiente, de mármol su voluntad, de mármol su bastón.
Severo Severiano Carpóforo Victorino rebasan el costado del acúleo cuyas uñas de hierro están manchadas de sangre cristiana, pasan junto a los torniquetes del potro que ha descoyuntado huesos cristianos, aún flota en el aire un tufo grisáceo de cadáver, un vaho de visceras chamuscadas que el aletazo de la noche no borra, que la respiración de

los pinares no borra, que el perfume del incienso desfigura pero no borra.
Severo Severiano Carpóforo Victorino cruzan la cela del templo y son atados al vientre de las cuatro columnas corintias que se yerguen en la sombra. Los han desnudado totalmente como a Prometeo sobre el risco. Los brazos se juntan allá arriba enlazados al nivel de las muñecas, los rostros jadean adheridos a la blanca neutralidad de la piedra, curtidas ligaduras les entrecruzan las espaldas, recios cordeles les inmovilizan las piernas. Seis esbirros del prefecto examinan los largos látigos de pesadas canicas en los extremos. Entre los esbirros hay uno tuerto que destila por el ojo sano una crueldad viscosa, ése sopesa las plomadas con meticulosa voluptuosidad, comprueba profesionalmente el temple de las correas, calcula el espacio y la distancia favorables al mayor sufrimiento de los sentenciados.
-Os brindaremos una última oportunidad- dice el jefe de los verdugos, hijo de puta como todo torturador.
Pero se le atraganta el discurso. Una oleada de voces remonta la avenida de álamos que conduce al templo, se encrespa cuando desemboca en las escalinatas, acentúase en clamoreo, irrumpe en el pórtico con estruendosa heterofonía. Es Diocleciano en persona, Jovius Diocleciano, Júpiter reencarnado, el primero de la tetrarquía, que ha venido desde Nicomedia, que ha descendido desde su trono babilónico para asistir al interrogatorio final de los cornicularios, llamemos las cosas por su nombre, para salvarles la vida in artículo mortis a esos cuatro cachorros de su invencible ejército.
-Numen imperatoris.
A su paso los subditos romanos, civiles y militares, mujeres y niños, caen de rodillas en adoración desenfrenada, besan golosamente los pliegues de su manto. Diocleciano es un individuo de largos huesos y extendidos hombros, tiene cuello de potro y peina una barba lineal que le rodea los maxilares, le chorrean los bigotes como a los filósofos asiáticos, sus ojos miran asombrados aunque penetrantes, esquemáticos pliegues le cruzan la frente, sus grandes orejas se equivalen como asas de una cabeza geométrica (así aparece en monedas y medallones de la época), es un hombre correcto en sus modales y paciente en sus coloquios (así lo describe Chateaubriand en una novelita inaguantable).
Deslumhra su vestimenta como relámpago de seda y pedrería que centelleara en socorro de los cuatro cautivos. Divinidad olímpica injerta en ídolo oriental, alrededor de su frente refulge la diadema mística, emblema de la eternidad, mensaje de la blanca luz inmarcesible, polvareda del Sol, dominus imperii romani. Rubíes entretejen sus cabellos, záfiros circunvalan su pescuezo, turquesas aprisionan sus dedos. Un anchuroso manto de tisú, espejeante de guiños diamantinos, le cae hasta el empeine de las chinelas persas en pliegues y repliegues irisados. Un espeso cinturón de oro, tachonado de perlas y topacios, le ciñe la cintura a ras del ombligo. Más que emperador romano, avanza a la cabeza de los centuriones un escaparate de la Vía Condotti.
Diocleciano penetra en la luz cernida del pórtico, un gesto suyo pone en retirada a los verdugos, se detiene ante las cuatro columnas del castigo, habla confidencialmente para los cuatro mozos amarrados, su monólogo trasciende apenas en una leve vibración del barboquejo de pelos que le enmarca el rostro.
No he venido a dirimir con vosotros problemas metafísicos, hijos míos, sino a libraros de la Parca impía que ya entre sus garras os tiene. Al fin y al cabo sois cuatro valerosos soldados de Roma cuya sangre me enorgullecería si se derramara en combate por la patria, pero me laceraría el alma si llegara a correr bajo los látigos de mis sayones. No os pido que reneguéis pública y ostensiblemente de vuestra religión, ni que sacrifiquéis un siervo a Marte en vez de cantar un salmo a Moisés, ni siquiera os reclamo que me rindáis la adoración postrada que a mi dignidad celestial corresponde. Simplemente os

propongo, para dejaros en disfrute pleno de vuestra libertad y de vuestra juventud, que digáis una pequeña oración a Esculapio, una escueta jaculatoria que me permita justificar ante los otros tetrarcas mi inaudita indulgencia. Esculapio, lo sabéis, era un dios altruista como el vuestro, hacía andar a los paralíticos y resucitaba a los muertos como el vuestro, fue sacrificado como el vuestro por ejecutar milagros en la tierra sin autorización de Júpiter, es decir, del Dios Padre Todopoderoso. Afirmad no más en alta voz "creemos en Esculapio", aunque por dentro estéis pensando "creemos en Jesucristo" y, lejos de liar el petate, seréis libres. Os advierto, por si os interesa, que Marcelino, obispo de Roma, vuestro Sumo Pontífice, al primer zurriagazo cantó el Ave César y otros recitativos, sacrificó sus corderos a Plutón, entregó los libros sagrados, la gran cagada. Decid no más...
-Nunca- interrumpe el vozarrón de Severo. La apartada concurrencia (militares, cortesanos, esbirros, mendigos) vuelve hacia él los rostros estupefactos.
-Jamáis- dice Severiano.
-Never- dice Carpóforo.
-Emperador, no comas mierda- dice Victorino, a sabiendas que esa frase escatológica figurará como sus últimas palabras en el Libro de los Mártires.
Diocleciano los contempla un breve instante con una albúmina de melancolía en los ojos taladrantes, murmura entre dientes "idiotas, cien veces idiotas", les da la espalda en viraje de mutis dramático, desciende lentamente las escalinatas, agobiado por el resplandor de sus ornamentos, sumido en un silencio incurable.
El capataz de los verdugos está contento. Todavía más satisfecho luce el tuerto que había aceitado las correas múltiples del látigo, el tuerto temió por un momento que la magnanimidad del emperador le malograra la tarde. La voz de mando estalla como un surtidor entre los fresones del ocaso:
-¡Comenzad!-
Glorioso San Ramón Nonato -reza la señora- Consuelo no nacido de los nardos de María como el Salvador sino de madre muerta, que tan blanca es la muerte como los nardos; bienaventurado San Ramón Nonato,
no llegado a la playa desde el vientre vivo de una ballena comojonás sino parido por hoguera yerta, mariposa de yelo que te dio el ser; desdichado y paciente San Ramón Nonato, por la madre que no conociste, por los esclavos que libraste de cadenas y de ausencias, por el clavo de fuego que te perforó los labios para que esos labios no glorificaran a Jesucristo, por el candado que te atrancó la boca para que esa boca no suspirara por el martirio, por la llave de dicho candado que retenía el gobernador de los infieles como badajo colgante de sus partes pudendas, por el ángel exterminador que no te permitió llegar a Roma sino sobre las pisadas de cuatro sepultureros; milagroso San Ramón Nonato, ayuda a bien nacer a este niño que anuncian los lamentos de la parturienta como ecos encarnizados de las trompetas de jericó.
Que las yerbas que San Antonio Abad, solitario máximo de la Tebaida, mascaba en el desierto, resguarden a esta madre de fiebres y convulsiones; que los pendones de Santiago el Apóstol, primo hermano de Jesucristo, dispersen el aliento pútrido de los espíritus malignos; que el pañuelo de la Verónica enjugue como llanto toda hemorragia; que la mágica Cruz Blanca la señora Consuelo dibuja tres veces en el aire el signo de la Cruz ilumine el túnel tembloroso de la vida; que la espada fulmínea de San Miguel Arcángel ponga en fuga a los microbios; que el agua lustral del Jordán desinfeccione los tejidos.
Misericordioso San Ramón Nonato, el más misericordioso de todos los santos porque amparas a los seres humanos cuando son apenas sincariones o goleticas náufragas entre las trompas de Falopio, tú que cultivas como gramilla del Señor las vellosidades que

dan origen a la placenta, tú que aportas el estambre cuando se teje el hilo portentoso de los cordones umbilicales, tú que vigilas el despuntar de las primeras pelusas y el píopío inicial del corazón y el abrimiento de los párpados como dedalitos de miel, tú trasnochado para que las claridades perversas de la luna no marchiten los pétalos de la creación, a ti te invoco la señora Consuelo cae de rodillas en el cemento para que tus dedos sapientísimos orienten a mis manos torpes, para que derrames tu sonrisa torrencial sobre el surco de estas entrañas primerizas, para que con tu socorro venga a la tierra un niño sano de cuerpo y tierno de esencia, creyente en Dios Nuestro Señor, en la Rosa Blanca que lo alumbró y en el Árbol Sagrado donde murió. Amén.
Nadie ha contado los latigazos, pasaron de doscientos, la exactitud de la cifra carece de importancia, nadie los ha contado por que la sentencia del tribunal ha sido imprecisa y despiadada, "hasta que renieguen de su religión", "hasta que sacrifiquen a los dioses", y los verdugos saben a ciencia cierta (basta mirarles la mirada) que Severo Severiano Carpóforo Victorino morirán callados acérrimos, pulpos sangrantes aferrados a su evangelio. El acólito Sapino Cabronio, ya para siempre espía especializado en perseguir cristianos, en interrogar cristianos para desgraciarlos, anda por ahí, sombra reptante sobre los plintos de las columnas, por si es preciso deshacer una coartada de última hora, Sapino Cabronio se cuida bien de situar su rostro al alcance del salivazo que Victorino le tiene destinado.
Las plomadas de los látigos desgarran como uñas, hieren como puñales, magullan como mazas. Nalgas y espaldas son reguero de anémonas, peñascal de corales, rocío sanguinolento que no cesa, flecos de piel y fibras, colgante llaga. La voz de mando interrumpe una vez más el azotamiento y pregunta por mera fórmula:
¿Renegáis de vuestras fábulas y patrañas judaicas? ¿Retornáis al seno de los dioses romanos?
Severo no responde porque ya ha muerto, ni Severiano porque da el último suspiro, ni Carpóforo porque ha perdido el habla, ni tampoco Victorino porque ha comenzado ha comenzado a oír, a oler y a mirar un espectáculo que escapa a la percepción de sus verdugos. La música de la muerte es una bruma de sonidos que asciende desde el ritmo maestoso del río, enreda su cabellera entre los olmos, roza con pies descalzos la epidermis del mármol y se apacigua en espiral de pájaros sobre el corazón de Victorino. La fragancia de la muerte llovizna en un sutil descendimiento, respiración innúmera de los lirios del cielo, ingrávido plumón de los arcángeles, lucero fugaz que adquiere la piedad del anís y del romero al apagarse en los ojos de Victorino. El ángel de la muerte, su perfil es el mismo perfil inolvidable de Filomena de las catacumbas, el ángel de la muerte surge de un más allá de amor y dulcedumbre para espolvorear de besos la agonía de Victorino.
Severo Severiano Carpóforo Victorino han dejado de existir sobre la tierra. La noche amedrentada por el espejismo de la sangre se refugia en las abras de las colinas a gemir un llanto lechoso de manantiales y luciérnagas. Los perros deambulan espectrales, ventean la ceniza de la luna, aullan en acecho de los despojos. En la terraza del palacio imperial se extingue bruscamente una lámpara.
Santa Librada que viniste al aire reza la señora Consuelo, Mamá olvida sus dolores para escucharla, la señora Consuelo reza desde el rincón del cuarto donde se ha empequeñecido, casi borrado en rosado racimo con tus ocho hermanas, nueve cabritas fugadas de la noche, nueve portuguesitas nacidas para quemarse en el reverbero azul del martirio. En ese mismo instante llega Madre a la Maternidad en un carro de alquiler que sacudió a cornetazos la Avenida San Martín, su marido Juan Ramiro Perdomo va risiblemente solemne sentado a su lado, Madre siente un dolor que le comienza en la columna vertebral y se le desliza como un alacrán por la cintura y se le va cerrando

como un gancho de acero al nivel del ombligo, Me duele muchísimo Juan Ramiro, dice ella, Aguanta un poquito que ya vamos a llegar, responde él, el chofer se considera un personaje importante, lo es, toca la corneta autoritariamente. Y en ese mismo instante Mami telefonea al doctor Carvajal, Estoy sintiendo manifestaciones viejo, dice, Vete para la clínica, responde él, y Mami comienza a acicalarse, arrincona los dolores frente al espejo, se pinta, se perfuma, elige los saltos de cama, uno para cada día, irán tantísimas amigas a verla, Mami no pierde jamás la serenidad, cuenta además con la protección de su madre, doña Adelaida se convierte en jefe de operaciones, es la voz de la experiencia, cierra las maletas, ayuda a Mami a bajar la escalera, el ingeniero Argimiro Peralta Heredia la deja hacer encantado, Qué suegra tan eficiente tengo, dice Calsia tu madre, pantera engalanada de terciopelos negros reza la señora Consuelo, la señora Consuelo sabe que las vecinas están pendientes de este parto de Mamá como de una ceremonia religiosa, las presiente en expectativa más allá de las paredes, la señora consuelo ha aceptado como única ayudante a una prima de Mamá que vino a visitarla, le da órdenes precisas, Traiga periódicos, traiga el anafe, traiga la vela de sebo las conduce con recado de muerte a Sila la comadrona, comadrona como yo, Señor, cristiana como yo, Señor, ¿cómo darles veneno a estos nueve capullos de armiño ?, amor y leche es la gracia que imploran, amor y leche dóiles de tu doctrina, a la sombra de tus pies suspiran, Señor, llegaron a ser siervas de un convento perdido entre venados y apreses. Entonces Madre atraviesa puertas metálicas y tabiques blancos, a Juan Ramiro Perdomo no le permitieron pasar del cancel, Solamente la paciente puede entrar, dijeron, la paciente es Madre acosada por dolores que van y vienen, con las respuestas de Madre llenaron una planilla, le piden que se desvista. Le entregaremos la ropa a su marido, dicen, le ponen una bata corta que apenas le llega a la rodilla, una bata de tela áspera y color desvaído, la suben a una camilla, la cubren con una sábana. Y entonces Mami entra a la clínica rumbosamente, con sus dos maletas y su marido y su madre, Buenos días Domitila, dice Mami, Domiúla la esperaba solícita, Domitila la acompaña hasta su habitación, igual a todas las habitaciones de clínica, uniformes como los camarotes de los barcos y las celdas de los frailes, Mami se tiende en la cama con el auxilio de Domitila, solamente ante Domitilia declina su autoridad doña Adelaida, Domitila ha visto tantos partos, tiene intuición, arregla a Mami primorosamente, decide avisar al doctor Carvajal, la cosa está más cerca de lo que doña Adelaida y Mami se imaginaban.
Transparente Santa Librada que ya te creías desposada con Jesucristo la señora Consuelo mandó hervir una lata de agua, mandó planchar las sábanas para que el calor destruyera los microbios, mandó cerrar las puertas y tapiar los resquicios de los postigos, la señora Consuelo no quiere luz exterior, no quiere aire serenado cuando golpea los aldabones Lucio tu padre, gobernador pagano, ojos de selva alevosa, entrañas de reptil, y ordena a sus nueve hijas profanar la blancura de la hostia, ellas prefieren morir entre tormentos, y así suben al cielo tus ocho hermanas, monjitas de cristal y maíz tierno, los serafines las reciben con himnos que huelen a violeta. Ahora Madre ha llegado en su camilla rodante a un largo salón, hay seis mujeres acostadas en camas de colchonetas verdes, son seis caras crispadas por el sufrimiento, una mulata de rasgos cansados puja en silencio los anuncios de su cuarto hijo, las otras cinco gritan sin cortapisas, la italiana sobre todo, Mamma mía, Dio mío, Non ne posso piú, Non ce la faccio piú, la vecina que le tocó a Madre es mucho más prosaica, Cono, Qué vaina tan grande, y se afierra pálida a los listones de la cama. Y ahora Mami se enrumba sobre aceitadas ruedas hacia la sala de partos, su marido el ingeniero Argimiro Peralta Heredia la despide y la reconforta con una elegante sonrisa, Este y no más, piensa Mami, Los hombres deberían pasar por esto para que sepan lo que es bueno, piensa Mami, lleva puesta una preciosa dormilona rosada, Virgen María por los dolores de tu parto

ayúdame en este trance, dice Mami en alta voz al cruzar su camilla el umbral del quirófano, el doctor Carvajal la está esperando de bata impecable y guantes de goma blancos.

A ti Sarita Librada, porque eras la más linda reza la señora Consuelo, la señora Consuelo ha colocado a Mamá atravesada en la cama, antes puso tablas y periódicos debajo del colchón, Mamá está con las rodillas curvadas y las piernas abiertas, la señora Consuelo le lavó la región con jabón de Castilla, la señora Consuelo reza y espera pacientemente, rezar y esperar es la función de las verdaderas comadronas manojito de dulzuras, en vez de concederte saludable muerte te quieren desposar con el Rey de Sicilia que escarnece con vino y carcajadas tu voto de castidad, y tú, doncella impenetrable, caes de rodillas sobre los guijarros para rogar con las manos juntas: Jesús, esposo mío, que me nazcan barbas en el mentón, que me broten bigotes sobre los labios, que se ennegrezcan greñas caballunas entre las palomas de mis pechos, que vellos de labriego enluten mis pantorrillas, para que el Rey de Sicilia me rechace, para que sus violentos órganos no pongan en peligro mi virginidad. En cuanto a Madre, ya está trepada a la mesa de partos, el estudiante y la enfermera la ayudaron a meter las corvas en dos medios cilindros de metal, la vulva y sus contornos quedaron iluminados por una lámpara de luz sin sombra que cuelga del techo, cada vez que le vienen los dolores Madre se agarra tensa de dos asas que están al alcance de sus manos, la enfermera la pinta de mercurio cromo con un pincel hecho de algodones, Madre curva los pies y los afinca en un pedal de hierro que sobresale allá abajo, Ya está completa, dijo el bachiller después del último tacto, entonces la trajeron. Y en cuanto a Mami, se encuentra en posición idéntica a la de Madre, las piernas abiertas y la vulva iluminada, aunque el campo operatorio sea más amplio y las sábanas de calidad más fina, el doctor Carvajal se mueve con pausada desenvoltura, a Mami se le encalambran las piernas, Sóbemelas por favor Domitila, dice Mami, a Mami le arrecian los dolores, Se me están acabando las fuerzas doctor, dice Mami, después cae el niño en el canal vaginal, Póngame fórceps Carvajal, lo que sea, no aguanto más, grita Mami por primera vez ha perdido Mami la serenidad, el doctor Carvajal sonríe seguro de sí mismo y de las leyes naturales, sonríe debajo de su tapaboca de gasa.

Y cuando el Señor escuchó tu plegaria reza la señora Consuelo y abandona su rincón, llegó el momento preciso de abandonar el rincón, Puja sin miedo, dice la señora Consuelo a Mamá, las pasitas de negro han comenzado a asomar por entre sangre y aguas densas, un extraño olor inunda el cuarto, un olor no fétido pero sí pesado y hostil, los hombros del feto rotan por sí solos en busca de la salida, y la señora Consuelo se limita a rezar y a recibir el niño y te crecieron milagrosamente cerdas por todas partes, azucena convertida en puercoespín, y el Rey de Sicilia huyó a revienta cinchas desde Oporto hasta Palermo, tu padre incitó a sus sicarios a clavarte en un Uño. Y sucede que el bachiller de quinto año se adelanta decidido hacía Madre, Puje señora, puje, dice el bachiller, la enfermera también dice Puje, Madre puja con todas sus fuerzas, el bachiller coopera con la cabeza del feto en su movimiento de rotación, ya tiene los pies del niño en alto como las orejas del conejo en manos de un prestidigitador, aplica las pinzas al cordón, recibe las tijeras de manos de la enfermera, es varón, dice la enfermera, ¿Qué nombre le va a poner?, dice la enfermera, Victorino, hoy es San Victorino, responde Madre sin mucha convicción. Y sucede que también el doctor Carvajal ha alzado el niño de Mami como un conejo de circo, y que también Mami ha pujado esforzadamente, el doctor Carvajal corta el cordón de un tajo preciso, Es un machito, dice el doctor Carvajal y se lo entrega a Domitila, el nombre se lo pondrá más tarde doña Adelaida, Un machito muy completo, dice la enfermera, Que lo vistan de azul a mi amorcito lindo, dice Mami más serena que nunca.

A ti Santa Librada la señora Consuelo unta de alcohol el cuerpo del niño, le da un par de nalgadas en provocación de resuello y de llanto, extiende una cataplasma sobre el ombligo recién cortado, polvo blanquito que seca y bastante licopodio, lo envuelve como tabaco, lo coloca en un cajoncito que fue de jabón Las Llaves, Ya está chillando el vagabundo, dice Mamá agonizante rosa en las alturas de un madero, a ti peluda Santa Librada de terso vientre femenino que no supo de goces ni de fecundaciones, patrona de los dolores de mujer porque ninguna ha sufrido bajo los rigores del universo lo que tú padeciste sobre la aspas del suplicio, socorro te mendigo en este trance para que las Potencias me permitan salvar al hijo de mócemelo y a la madre de fiebres,, tal como Santa Sila, comadrona como yo, cristiana como ;yo, salvó en tropilla a ti y tus ocho hermanas, amén. Madre por su parte se ha quedado pensativa, Madre desencuadernada todavía en su cama mecánica, a Victorino lo condujo la enfermera hasta una larga mesa ya habitada por otros recién nacidos, la enfermera lo frota con alcohol y parafina para desleír la grasa rosada que lo cubre, le arrolla a la muñeca una tira de adhesivo con el nombre de Madre escrito en tinta china, hace la cura del cordón, le toma la impronta de las páticas, lo mide desde el occipucio hasta la planta del pie, le vierte una solución de nitrato de plata en los ojos, lo envuelve en sabanitas blancas, lo acomoda finalmente en una cuna rectangular en compañía de otro niño que nació hace quince minutos, es el hijo de la italiana, llora teatralmente como su madre, Victorino gesticula muy serio tendido junto a él. Y Mami, por su parte, ha pedido su niño para verlo, es rubio y pesa tres kilos con doscientos gramos, el doctor Carvajal le examina los ojos, le examina los dedos de las manos y de los pies, le examina el culito y la paloma, Está perfecto, dice el doctor Carvajal, le estimula los movimientos respiratorios, Domitila se ocupa de curarle el ombligo, Mami regresa sobre ruedas triunfales a su habitación, el ingeniero Argimiro Peralta Heredia no cabe en sí de orgullo, desde que supo que era varón no cabe en sí de orgullo, a la media hora comienzan a llegar los ramos de flores, se llama Victorino, dice Doña Adelaida.

Hoy es 8 noviembre de 1948, domingo por cierto. La ciudad otea anhelosamente la llegada de la carrera de automóviles Buenos Aires Caracas, millares de cabezas hormiguean en las avenidas de las afueras.

LAS TROPAS COMUNISTAS CHINAS HAN OCUPADO MANCHURIA

y se encuentran a menos de 200 millas de la capital de Chiank Kai Shek, caerá también Nanking, en la atmósfera financiera se palpa el desenlace inminente de esta guerra, los comerciantes norteamericanos han comenzado a clausurar sus negocios en Peiping. Se otorgan los premios Nobel correspondientes a 1948, el de Literatura lo recibe el poeta T.S. Elliot, ya era tiempo, History may be servitude, History may be freedom, y el de Medicina le toca al sabio suizo Paul Mueller, descubridor del DDT, Herodes de los mosquitos, Atila del paludismo, auténtico rehabilitador de este país.

CINCUENTA MILLONES DE DOLARES

prestará el Export Import Bank de Washington al gobierno venezolano

PARA LA CONSTRUCCIÓN DE LA AVENIDA BOLÍVAR

¡qué gente tan generosa! A lo largo de trece etapas ha venido punteando la carrera Osear Galves el Aguilucho, se da por un hecho consumado su victoria, tan sólo le falta la entrada gloriosa en Caracas, le lleva una delantera irrevocable a su más inmediato perseguidor. Los políticos profesionales no concluyen de digerir su sorpresa ante el triunfo de Harry Truman sobre Thomas Dewey en las elecciones presidenciales gringas, la prensa entera se jugaba la cabeza en la papeleta de Dewey, las encuestas de míster Gallup vaticinaban para Dewey una ventaja kilométrica, sin embargo

GANO TRUMAN,

¿por qué ganó Truman? A un ingeniero francés lo detienen en la Plaza Bolívar vestido

de mujer, no olvidó las pantaletas ni el sostén, al interrogatorio policial respondió: "Lo hice por variar. ¡Toda la vida llevando pantalones! ¿Es aburrido, verdad?". Circulan broncos rumores,

UNA CONSPIRACIÓN MILITAR DERROCARA
AL PRESIDENTE GALLEGOS,

comprometido el Ministro de la Defensa, comprometido íntegro el Estado Mayor, el Agregado Militar de la Embajada de los Estados Unidos (coronel Adams) hace visitas amistosas en sus cuarteles a los oficiales conjurados (Mister Danger, Pernalete, Miujiquita, personajes de revólver en busca de su autor). Se anuncia la llegada de Waldo Frank, viene a escribir un libro sobre el pueblo venezolano enfocado a través de la imagen de Bolívar, ¿tendrá tiempo? El caballo Académico, Hijo de Sind, gana en Buenos Aires el clásico Carlos Pellegrini, montado por Irineo Leguisamo, ¡Leguisamo solo!, de las que te pierdes Gardel.

EL MARISCAL TIMOSHENKO PRONUNCIO AYER UN DISCURSO

conmemorativo del aniversario de la revolución rusa, dijo: "Las fuerzas de la paz no permitirán jamás una nueva guerra". A los toros de un rebaño de la raza Hereford (se hallaban a muchas millas de distancia y protegidos por altas montañas durante una explosión atómica de prueba realizada hace más de tres años, exactamente en julio de 1945) se les puso blanco el pelo, se les cayó después como flores marchitas, les volvió a salir en islotes irregulares, a muchos les brotaron úlceras en el lomo, se sospecha que han contraído el cáncer, el proceso es observado por catalejo desde los aviones.

LA PRINCESA ISABEL ESPERA UN VARONCITO,

nacerá en esta misma semana, el sábado a más tardar, todo es sonrisas y crisantemos en el Palacio de Buckingham, la cuna emperifollada en satín azul hace antesala amorosamente en la nursery. La multitud se agolpa a la entrada de Caracas, pasa de cien mil personas, cien mil personas soportan impertérritas las andanadas de sol, enloquecerán de júbilo cuando aparezca el Ford del Aguilucho Galves. Lo que son las cosas, míster J. Parnell Thomas, representante republicano por New Jersey, Presidente del Comité de Actividades Antiamericanas, como quien dice el Gran Inquisidor, ha sido acusado de maniobras encaminadas a estafar al gobierno de los Estados Unidos en complicidad con su ex secretaria Helen Campbell, pueden ser condenados a 32 años de presidio, o a 40.000 dólares de multa, una inconcebible ingratitud. Míster Gallup avergonzado como una cuáquero sorprendido a la puerta de un burdel, Míster Gallup anonadado por el rotundo descalabro de sus augurios electorales, el público se burla sangrientamente de míster Gallup, se desempolvan citas alusivas, Napoleón (¿o fue Disraeli?) distinguía tres clases de mentiras: la mentira vulgar, el perjurio y las estadísticas; el corso (¿o era eljudío?) se las sabía todas. Osear Galves, el Aguilucho, nimbado por la idolatría popular, pasa como un ramalazo rojo por Valencia, el Aguilucho vuela rumbo a la meta, ahora ha comenzado a llover, los goterones no logran dispersar el gentío. En las esquinas se habla de la

INMINENCIA DE UN GOLPE MILITAR,

el novelista y Presidente de la República, Rómulo Gallegos, declara tranquilizadoramente a la prensa: "Venezuela vive un proceso ascendente de afirmación democrática", en tanto Mario Briceño Iragorry, igualmente escritor, ve las cosas de un modo distinto: "Venezuela es víctima de una pelea entre la gasolina y el malojo". En los cines proyectan Lassie come home, de una jovencita prometedora llamada Elizabeth Taylor, y The Senator was indiscreet, del veterano William Powell, pero infinitamente más excitante es la propaganda de la película El noveno: No desear, Cine Apolo, no apta para menores de 18 años, la propaganda dice así: "Los
hombres la perseguían. ¡La deseaban! Cuando voy por esas calles me miran como si

estuviera desnuda. ¿Que hay en mí, Dios mío, para que los hombres me acometan sedientos como fieras? ¡Es que no tienen piedad para los vivos! ¡Sólo respetan a los muertos!".

EL GENERAL DE GAULLE OBTIENE MAYORÍA

en las elecciones para la cámara alta, conquistó 99 puestos, dimiten dos ministros, se tambalea el gobierno, el General no ha presentado un programa preciso, se conoce claro está que es insospechablemente anticomunista, su triunfo obedece a la inestabilidad de los gobiernos civiles franceses, caían cada quince días, merde alors, la ciudadanía estaba hasta la coronilla. Osear Galves siente ratear el motor de su coche en los últimos tramos de la carrera, ha venido punteando desde Buenos Aires, el Ford rojo se detiene súbitamente, las bielas están fundidas, trece etapas se ha mantenido en el primer lugar, las bielas hijas de puta se han fundido, apenas le falta un puñado de kilómetros para cruzar la meta, pasan a su lado coches y más coches, ninguno frena para meterle el hombro, el Aguilucho se caga en las bielas. El triunfo inesperado de Truman ha originado

LA BAJA BURSÁTIL MAS VIOLENTA

que se registra desde 1940, mientras tanto los intelectuales progresistas interpretan la elección de Truman como una derrota de los belicistas y de la discriminación racial, forget Hiroshima boys! La soprano nórdica Kirsten Flagstad ha cantado Tristán e Isolda en el Teatro Municipal y las carteleras anuncian ahora el ballet de Alicia Alonso, la bailarina cubana hará Giselle. Se asegura que los militares conjurados le han presentado un pliego de reivindicaciones al autor de Doña Bárbara, un racimo de exigencias políticas, un ultimátum castrense, y que el novelista lo ha rechazado sin leerlo, él es el Presidente, no un mequetrefe. Un Buick con matrícula del Estado Carabobo, un apoltronado automóvil de paseo, ha ayudado a Osear Galves a salir del atolladero, lo remolcó por las curvas que trepan desde Guayas,

SE TRATA DE UNA COOPERACIÓN ILEGAL,

será descalificado por los jueces para desesperación del hervidero que lo está aclamando como vencedor, cuantas veces los altavoces gritan ¡Coche a la vista! millares de ojos se afanan en rebusque del Ford del Aguilucho.

CHANG KAI SHEK PROCLAMA QUE ESTA EN CONDICIONES DE

resistir diez años más, Washington sabe que miente, esa guerra está perdida. Un pintor ingenuo de Naiguatá, un negrito de nombre Feliciano Carvallo, anuncia su primera exposición, Es tan sensacional como el Aduanero, opina Fifa Liscano, habrá música, los asistentes tendrán derecho a participar en el tumbamiento de dos grandes piñatas confeccionadas y decoradas por el propio Feliciano. El gobierno griego comunica oficialmente que ha ejecutado apenas a dos mil hombres en su represión antiguerrillera, quiere deshacer infundiosas cifras, rebatir interesadas exageraciones,

NUESTROS FUSILADOS NO PASAN DE DOS MIL,

insiste con innegable modestia. Al ser descalificado Osear Galves le corresponde el primer puesto y el

TROFEO DE LA CARRERA A DOMINGO MARIMON

también argentino pero sin pináculo, un gordo de tabaco que se lo fuma hasta chamuscarse los dedos, bohemio y dicharachero, quiere beber cerveza, una verdadera consternación para las doscientas mil personas que madrugaron en homenaje precoz al Aguilucho.

LA CAÍDA DE ROMULO GALLEGOS ES CUESTIÓN DE DÍAS,

tal vez de horas, los niños de escuela lo comentan entre las zancadillas del recreo, los militares están decididos a masacrar al pueblo si alguien se opone a, no se opondrá nadie, los partidos políticos andan a la greña, ninguno cree sino en sus propios rencores.

Osear Galves protesta enardecido al enterarse del fallo que le arrebata la victoria, Pero che, qué vas a reclamar vos si te remolcaron, argumenta el gordo Marimón sin alterarse, y entonces el Aguilucho se abre paso por en medio de un pueblo suspirante, va caminando lentamente hasta la estatua del General San Martín (situada a una cuadra de la meta) y llora lágrimas amargas al pie de su libertador.
Estamos a 8 de noviembre de 1948, repito. La señora Consuelo irrumpe en la bodega del portugués Joao Francisco de Sousa, abierta a despecho del domingo, el cliente solitario es Pedro Conoto, vendedor de pájaros, no cliente en propiedad sino utilitario visitante a caza de solterona que le compre el periquito, o simplemente peregrino que esquiva el espinazo al sol de la calle, los muchachos que pasan en ventolera por el claro de la puerta le gritan ¡Pedro Conoto culo roto!, y él les responde malignamente ¡El culo se lo puedo romper a tu madre! La señora Consuelo ha venido a comprar una vela de sebo, sustancia necesaria para el parto que asiste cinco casas más arriba, y una botella de aguardiente de caña, medicamento también imprescindible, ya que el angelito está cerca, Mamá grita cada tres minutos, ¡Ay que se me quiebra la cadera!, ¡Ay que se me revienta la cuca!, ¡Ayúdame San Pedro Claver! La señora Consuelo circunnavega por entre promontorios de sacos de arroz y huacales de refrescos que la separan del portugués, formula su pedido sin dignarse mirar a Pedro Conoto ni al periquito, enfila la proa resueltamente hacia el interior de la bodega, en el horizonte relumbra sobre el hollín de la pared el rectángulo blanco que ella andaba brujuleando, un almanaque. La señora Consuelo descifra de lejos a noviembre porque está en letras gordas, y el inmenso 8 negro aún más indudable, y la palabra domingo en rojo que lo subraya, trabajo le cuesta entender el sentido de las mosquitas mínimas que nombran a los santos, qué vaina, la señora Consuelo pasó de los cincuenta y no usa espejuelos, le es preciso arrimar pegaditos los ojos al papel del almanaque para deletrear con dificultad:

Santos Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, los cuatro mártires coronados.

Severo nunca, ni Severiano, ni Carpóforo dice la señora Consuelo, y al decirlo acciona elocuentemente, como si el asunto le concerniera a Joao Francisco de Sousa. Si nace varón haré que le pongan Victorino.

HOY CUMPLE VICTORINO 18 AÑOS
VICTORINO PÉREZ

Son las 4 en punto de la mañana, Victorino lo sabe con transparente precisión, aunque no tenga reloj ni haya escuchado el metal entreabierto de una campana. El goteo de la noche le ha acompasado el pulso como si su sangre alimentara una ampolla destilante de medir minutos, como si sus latidos animaran el vaivén de una péndola colgada del silencio, como si sus nervios fueran las lombricillas en espiral que regulan el avance de los secundarios.

No hubo preso ni ordenanza en este penal que no brindara su colaboración, que no le arrimara el hombro a la fuga, LA INTRÉPIDA EVASIÓN DE VICTORINO PÉREZ, EL ENEMIGO PUBLICO NUMERO UNO DE NUESTRA SOCIEDAD, así lo titularán los periódicos. Los dos maricas que duermen en el patio (no se han atrevido a meterlos en ningún calabozo, igual peligro entraña darles compañía de su mismo sexo que del contrario) se fajarán en una pelea devoradora a las 4 y 30 minutos en punto, uno de ellos conserva un reloj de pulsera que se salvó de las requisas por un milagro del Nazareno. El guardia correrá a separarlos, a imponerles la autoridad y el silencio de cualquier modo, para eso le pagan puerco salario de esbirro. En ese instante estallará la gritería de las cuatro ninfas que están encerradas en el calabozo del fondo y que han sido traídas a esta cárcel de machos por perturbadoras del orden público y por un navajazo barriguero que una de ellas (no pudieron sacarles en los interrogatorios, se pusieron duras, cuál fue la que manejó el chuzo) le dio al camarero de El Vagón. El guardia embestirá berreando, a investigar qué pasa, a insultar a las mujeres, a meterlas en cintura. Victorino debe estar entonces fuera de su calabozo, encogido para saltar como un gato a la celda de enfrente, ahí se hallan incomunicados los seis menores del asalto a la farmacia, ellos ya habrán descerrajado el cangrejo de la puerta para abrirle paso, ya tendrán lista una tronera en el techo después de una noche de envergado trabajo. Usando como peldaños las manos y los hombros de los seis menores, Victorino subirá hasta el hueco donde titila la madrugada, lo demás corre por cuenta de mi buena leche, de la velocidad de mis talones, del temple de mis timbales, un plan rinquincalla, incubado sin la ayuda de nadie en el moropo de Victorino Pérez, el choro más firmeza y más comecandela de esta ciudad de Caracas, capital de la República y cuna del Libertador, ese soy yo.

A las 4 y 25 los apremiantes siseos de Victorino han despabilado al guardia, lo han arrancado de los cabeceos que conciliaba envuelto en su cobija barcina, abandona la silla de cuero y se acerca arrastrando los brodequines, de mala gana y ofensivamente hediondo a despertar de policía.

-¿Qué te pasa, negroemierda?-

Frente a su mirada Victorino se cimbrea como una mujer con dolores de parto, los dedos de ambas manos entrecruzados sobre el obligo en un rictus trepidante. Me muero, jipea. Se está muriendo a velas desplegadas, con los ojos de vidrio y los labios salpicados por un hervor de espumas. No alcanza a expresar su agonía sino a través de un gruñido sobreagudo, desgarrador, de lechón magullado por un camión de carga, que asusta (no es suficiente asustarlo, es imprescindible que abra el candado con la llave que le cuelga del cinturón) al guardia. Súbitamente arrecia el ataque, un temblequeo rígido sacude las extremidades del preso, sus espaldas retumban una y otra vez pesadamente sobre los ladrillos del calabozo, su cabeza golpea en tumbos de badajo contra las paredes. El guardia abre el candado a las 4 y 30 en punto.

-¡Bandida, hija de mala madre, te voy a desquiciar la dentadura por pérfida y

calumniadora!- vocifera Rosa de Fuego, el marico más feo que ha inventado Dios, con ese pelo colorado de barbas de maíz y esa nariz papuda de zanahoria.
-¡Atrévete conmigo y te sacaré las pupilas, malparida!- responde el alarido de Niña Isabel, el otro parguete, y le dispara un arañazo a la cara que va de veras y le escupe un salivazo verdoso que le deshonra la frente.
El guardia vacila dos segundos, inicia el ademán de cerrar nuevamente el candado, se lo obstruye el cuerpo de Victorino caído entre convulsiones, la mitad fuera del calabozo, las piernas pataleando allá adentro como émbolos enloquecidos. El guardia lo deja morir de mengua y acude hecho un basilisco a reprimir el zipizape de los sodomitas. Lleva enarbolado un retaco garrote blanco, presto a descargarlo sin contemplaciones sobre las cabezas entigrecidas de ambos gladiadores.
Ahora le toca a ellas, estalla en las tinieblas del trasfondo el zafarrancho de las prostitutas, un contrapunto a cuatro voces, indescifrable porque las cuatro eructan al unísono el interminable catálogo de insolencias que han atesorado en su accidentada carrera, los nombres y sobrenombres de aquellas partes del cuerpo humano y de aquellas secreciones que intervienen en el acto sexual o en el remate de las funciones digestivas. Sus gritos son limones podridos que se estrellan contra las paredes de la cárcel. El guardia abre los brazos, desenfrenado:
-¡A callarse, putas del carajo!-
Y abandona a su destino la reyerta de los sodomitas, galopa hacia las destempladas, apremia al pito furiosos chiflidos intermitentes, acuden en su refuerzo los cuatro guardias de la prevención, vienen toalla al pescuezo y peinilla en mano. Los cinco forajidos subalternos se coaligan para emprenderla a cintarazos contra las magdalenas indefensas.
Este último y doloroso episodio se le escapa a Victorino. Desde el primer aullido de Rosa de Fuego se incorporó de sus fingidos padecimientos en un rebote de ardilla, cruzó en cuatro zancadas el espacio que lo separaba del cubil de los menores, entró en ráfaga por la puerta de antemano fracturada, cayó en medio del grupo que lo esperaba convertido en estatuario y alerta equipo de circo.
Victorino mete el pie sin vacilar en el estribo que le brindan las manos trenzadas del ratero más chiquito, la intensidad del impulso lo aupa hasta los hombros de los dos más altos, de un nuevo salto engarza su mano derecha al cuello de una viga que ha sido respetada por los punzones destructores, en balanceo de simio atrapa con la mano izquierda otro rincón de la misma viga, los puños asociados de los menores empujan sus talones hacia arriba, asciende como un fardo izado por una grúa, su cabeza entra por una garganta caliza, por un embudo húmedo de lluvia y filtraciones, pasan también sus hombros ajustadamente, ya está en el techo, eleva el tórax a pulso sobre la superficie combada de las tejas, el resto del cuerpo sube en la maniobra de su flexión gimnástica, ahora sí está en el techo, la curvatura de las canales moldea su deslizamiento ondeante hacia el alero, el alero se asoma a la negrura de un callejón solitario, en el encontronazo del descolgamiento se le tuerce un tobillo, si le duele o no le duele es asunto para averiguarlo más tarde, corre encorvado para ofrecer el menor blanco posible, jockey a escape sobre un caballo imaginario, su trayectoria en zig zag rumbea hacia los matorrales que demarcan el curso del río, a sus espaldas suena un tiro, tal vez una descarga.
Habrá que esperar la tarde para conocer la suerte (la escuchará en la radio) de los dos menores que planearon fugarse en su compañía, utilizando la misma escala de manos y hombros, el mismo boquete untado de amanecer y rocío. El primero tuvo ocasión de salir detrás de Victorino, no así el segundo, al segundo se le derrumbó la manipostería malherida por los chuzos, cayó estrepitosamente por los ladrillos del calabozo, a merced

de los guardias que en ese instante entraban en tromba maldiciente. En cuanto a aquel primero, el que logró calcar fielmente la mecánica de su fuga, ese corría jadeante en pos del rastro de Victorino, a unos diez metros de distancia, le entró por las costillas el plomo glisante de un balazo, quedó aquietado por un áncora de sangre (así lo retratará la última página de un diario) sobre las piedras de un callejón.
A la cabeza del cortejo, mantenido en alto y transportado por ocho puntos negros, avanza el marchito cadáver de una araña. El convoy fúnebre, y con él la penitente romería que lo persigue, han cruzado desfiladeros de tusa, trepado cordilleras de adobe, escalado glaciares de vidrios rotos, vadeado lagunazos de flema, esguazado riachuelos de orines. No todos los seguidores acompañan con los lomos vacíos, los más robustos portan hojas diminutas, pequeñas moscas muertas, granos de arroz hervido. La vanguardia topa repentinamente con la oscura muralla que erige frente a su trayectoria el pie derecho del niño, presencia y tufo humanos que detienen en angustia a los peregrinos. Abandonan con precauciones su difunto en tierra, se arremolinan en festinada conferencia, tres o cuatro oficiales de la retaguardia apresuran el paso para entreverarse en la consulta. Finalmente el cónclave de los cabecillas decide esquivar el obstáculo sin abandonar el punto de mira, es decir, sin abandonar la ruta perseguidora de la grieta hospitalaria que conduce a la cueva. Se han desviado un palmo hacia el oeste, en engañosa estrategia. El niño permanece inmóvil, agazapado en su mimetismo de inmensa tapia negra, como si no las estuviera mirando, a las hormigas. Sin embargo, cuando ellas presumen haber sorteado el peligro, cuando la procesión retoma el rumbo norte sur que traía, el pie se traslada en un preciso deslizamiento, por segunda vez una oscura muralla imprevista brota ante la marcha de la caravana. Se repite el afanado debate alrededor del botín, acuden en reincidencia los consejeros retrasados, de nuevo determinan alterar astutamente el derrotero, alejarse una cuarta de aquel viviente acantilado, replegarse a la base del quicio sobre el cual Victorino está sentado. No lo logran. Estalla el desenlace, Gulliver desarticula el juego, asesta un talonazo que convierte en cenizas la araña muerta y aniquila un escuadrón de sepultureros, el ejército de hormigas sufre más de sesenta bajas, huyen las sobrevivientes a la desbandada por entre regolfos de agua sucia y basálticos excrementos de perro, para las fugitivas "el sol se puso negro como un saco de crin", el apocalipsis.
-¿Estás ahí, Victorino?-
No responde porque Mamá sabe perfectamente que está aquí, de piedra, matando hormigas y escuchando el tarareo inquietante de Carmen Eugenia, Carmen Eugenia canturrea un bolero y plancha una camisa en la pieza vecina. Mamá ha soltado la pregunta impensadamente, tal vez para abrirle un agujerito a su soledad, así sea con la punzadura de su propia voz, una soledad amortiguada por la resaca blanca del maíz que amasa. El hijo oye el tintineo de su sudor, ve la calcomanía de su respiración a través de la cortina de cretona que los separa, huele el aroma de café colado que nunca huye de sus cabellos.
A Victorino le revuelve las tripas el vecino de enfrente, un ciempiés huidizo y misterioso. Seguramente llega a acostarse de madrugada, pisando en puntillas, ningún habitante de este pasadizo lo ha visto entrar a su pieza. Salir sí, por entre los ruidos del mediodía, siempre de prisa como si temiera perder una cita importante, como si quisiera eliminar la posibilidad de una conversación, la gente acostumbra pedir favores, indagar sobre la vida ajena. Es un mulato que no se resigna a serlo, de pelo negro y aceitoso, pasa domesticada por pelladas de vaselina; en la cara se le apeñuscan en archipiélagos los barros; usa corbaticas de mariposa o bufandas de un color amarillo carnavalesco. Mamá le profesa un temor supersticioso, evita cruzarse con él en las soledades del largo corredor, suele decir cuando menos se espera (Victorino adivina al vuelo a quién se

refiere, ella nunca menciona su nombre, seguramente no lo sabe):
-No me ha hecho ningún daño, ni siquiera me ha dirigido la palabra, Dios me perdone, pero no me gusta ni un poquito.
La alegría del patio, en cambio, tiene su origen y sede en la pieza de la derecha, allí habita el maestro albañil Ruperto Belisario, Victorino le dice don Ruperto, en compañía de su mujer, dos hijas y un loro. Se comenta que todos (menos el loro) duermen en el mismo catre, no obstante los aparentes impedimentos morales que van a continuación:
a) don Ruperto no es casado con su mujer;
b) las dos hijas de don Ruperto son mayores de quince años;
c) ninguna de las dos es hija de don Ruperto sino producto de dos maridos anteriores, también sin matrimonio, que la mujer de don Ruperto disfrutó en épocas pasadas.
Así los enumera el padre de Victorino, dedo a dedo, cuando llega a puerto con exceso de tragos en la cabeza, lo cual es pan de cada dos días. Olvida, enredado en su maledicencia alcohólica, que él tampoco está casado con Mamá, como no ha sabido de boda ninguno de los habitantes de esta casa de vecindad, con la excepción inconcebible de la gorda que cobra los alquileres y avizora las incorrecciones a la entrada del pasadizo, en la pieza número 1. La gorda no pierde la ocasión de echar en cara a los demás que ella es "una señora casada por la iglesia y por el civil", como si ese detalle fortuito significara algo en este país.
La alegría nace y reside en la pieza del maestro albañil Ruperto Belisario, no tanto por sus moradores conscientes como por el loro, vivo gramófono encaramado al alambre de tender ropa (a veces se caga una sábana recién lavada y llueven escobazos sobre sus verdores) con quien Victorino ha establecido una amistad indestructible. Le ha enseñado a decir una cortesía desquiciadora: ¡Adiós, hijoeputa!, el saludo origina enconadas trapatiestas, el loro se lo endilga a todo aquel que pasa por su lado, más de cinco visitantes han amenazado con meterle una puñalada a don Ruperto si el animalito insiste en calificarlos de esa manera. Las hijas de don Ruperto sonríen encubridoramente, saben que ha sido Victorino el profesor del mal hablado, jamás lo denuncian ante los energúmenos ofendidos. Victorino está enamorado de Carmen Eugenia, la menor de las hijas de don Ruperto, Carmen Eugenia es una mujer hecha y derecha, le lleva un racimo de años pero uno no manda en sus sentimientos. Se ha valido de las más ingeniosas triquiñuelas imaginables, agujeros abiertos a parsimonioso filo de navaja, escaladas felinas a un tejado tembleque, para tratar de verle algo importante (se conformaría con una teta) cuando ella se baña en la única regadera que existe, allá en los confines del último patio, pasando la cocina común y los fregaderos igualmente comunes. Hasta el presente los ojos de Victorino no han logrado disfrutar sino de sus pies descalzos, pies excitantes de suave azúcar morena, pero están a la vista del público, su contemplación no constituye ningún privilegio ni ningún pecado.
Allá viene Facundo Gutiérrez, el padre de Victorino Pérez, con más de una botella entre pecho y espalda, se le adivina en la tiesura aparatosa, en los saludos de payaso a diestra y siniestra, después se le huele de cerca. Está sin trabajo, ya Mamá y Victorino lo sospechan, al conseguirlo desaparece de estos andurriales, cuenta más tarde que andaba por el interior del país, de camionero. Pero siempre pierde el empleo, es el sino secular de los borrachos, regresa voraz y desvergonzado, se come las arepas que Mamá amasa para venderlas, le decomisa las monedas que ella guarda en una lata vacía de Quaker, se acuesta a dormir con ella, Victorino los oye resoplar y gruñir como animales del monte, y para completar la vaina me pega, es verdad que Mamá también me pega, pero a ella le sobra derecho porque es mi madre, además me pega con la mano abierta, sufre conmigo después de la pela, mientras que Facundo Gutiérrez, así se llama mi papá, se quita con toda su calma la correa, goza con mis chillidos, ni Cristo el milagroso, ni Mandrake el

mago me salvan hoy, me escapé de la escuela donde me habían enchiquerado, no pude soportar a los mariquitos vestidos de marineros queme sentaron al lado, Mamá se lo va a contar a Facundo Gutiérrez, no quiere contárselo pero se lo contará al final, no me salva ni Cristo ni Mandrake.
Facundo Gutiérrez apesta a anís y amoniaco, pasa de largo, no se da por enterado de la presencia del niño, levanta de un manotón la cortina de cretona. A los oídos de Victorino llegan palabras borrosas cuyo sentido no capta pero presiente. ¿Qué hace ese muchacho aquí a esta hora, sentado en un quicio como un limosnero, en vez de estar en la escuela?, dirá él. Mamá permanecerá en silencio, atrincherada en la esperanza de que su mente inestable lo desvíe a hablar de otra cosa, salta de tema en tema cuando está así. Eres tú la única culpable, lo tienes amarrado a tus fustanes como perro, como esclavo, te hace los mandados, nunca aprenderá a leer, dirá él. Mamá confesará entonces que Victorino se jubiló de las clases, pero ya lo castigó, le cayó a coscorrones, le metió cuatro cachetadas, lo tiene sentado en el quicio hasta que llegue la hora de volver a la escuela. Y a Facundo Gutiérrez le parecerá una sanción menguada y alcahuete las cachetadas, los coscorrones y el confinamiento al quicio.
-¡Vengacá, Victorino!-
Facundo Gutiérrez lo está esperando, robot de premeditación y castigo, con la hebilla de la correa anudada a la mano derecha, es una correa ancha y sombría, sacada del cuero de una bestia peluda, váquiro o quizás demonio en cuatro patas. Intentar la huida, sacar lances toreros a los cintarazos, son artimañas contraproducentes, lo sabe. Lo más sensato es encajar las mandíbulas entre los hombros como los boxeadores, como Ramoncito Arias; protegerse la paloma y las bolas con ambas manos para librarse de un mal golpe; ofrecer hombros, brazos, piernas, nalgas, lo secundario, al encuentro del látigo. También es aconsejable alargar el calderón de los quejidos, elevar el diapasón a sus vibraciones más altas, se alarma el vecindario, ¡A ese muchacho lo están matando!, se cohibe el verdugo. Esta vez Victorino ha preferido guapear, pujar el sufrimiento sin llorarlo a gritos, para que no se entere Carmen Eugenia de su humillación, ella está en la pieza de al lado, canturreando un bolero y planchando una camisa.
Facundo Gutiérrez no es un fustigador silencioso sino un caifas vociferante, acompaña sus correazos con sermones malignos, injurias personales y siniestras amenazas:
¡Mojón, malagradecido! Te voy a dejar lisiado, ¡esputo de tísico!
Le ha sacudido mayor número de golpes que nunca, el alcohol lo enardece como pinchazo de avispa, sabe Dios cuándo interviene Mamá, suplica que ya es bastante, Facundo Gutiérrez alucinado no la escucha, Mamá se ve obligada a enfrentársele físicamente, lo llama Herodes, le sujeta los brazos para impedir la prolongación del vapuleo, ¡Lo vas a matar!, Victorino huye en carrera.
Ha venido a llorar al corral más lejano, donde nadie lo vea ni lo compadezca. Se ha sepultado de espaldas entre la V de dos peñascos que se abre al pie de un cují corcovado. De los lavaderos desciende una melaza jabonosa, zumo de trapos sucios y peroles grasientos. Facundo Gutiérrez es su padre, no lo niega, pero lo odia con todas las púas de su corazón de negrito rencoroso, no existe debajo de sus costillas otro martilleo tan recio, ni el amor a Mamá, ni el deseo de ver desnuda a Carmen Eugenia, como su odio a Facundo Gutiérrez. En el dorso del terraplén yergue sus líneas, con donaire engreído de ánfora helénica, una bacinilla desfondada, el desgarrón le ha tallado en el peltre una corola de camelia enmohecida. *Lo odiaría igual si jamás me hubiera puesto la mano encima.* De la hojarasca terrosa que limita con el corral vecino surge una gallinita blanca con una lombriz en el pico, ¿por dónde andará el gallo pataruco de la gorda que recauda los alquileres?, la aplastaría nupcialmente bajo su poderosa pechuga, le daría lo suyo entre una tolvanera de plumas y espeluznos. Facundo Gutiérrez se

levantó de la mesa, estaban comiendo, y cacheteó a Mamá en presencia de Victorino, sí señor, en su presencia. Ahora desfilan Carmen Eugenia y su embrujo frente a sus ojos nublados, ella bambolea las caderas para mortificarlo, entra sonriendo sigilosamente al cuarto de la letrina, y él (decepcionado de la vida) violenta su inventiva para imaginarla sentada en la poceta ruin, las pantaletas caídas a media canilla, visión que cura el enamoramiento. *Facundo Gutiérrez se paró de la mesa vuelto una fiera, y le dio a Mamá una trompada en mi presencia, sí señor, en mi presencia, juro que.*

A ras de tierra irrumpe en el corral un graznido patizambo y verde. Como lo sabe apaleado y doliente, el loro ha descendido del alambre en misión de consuelo. Se detiene familiarmente a la vista del niño abatido, le grita las únicas palabras que puede gritar:

¡Adiós, hijoeputa!

Victorino olvida la amistad que los une, olvida que el animal repite una laboriosa enseñanza suya, olvida todo el pasado afectivo, le arroja una pedrada frenética. De haber dado en el blanco, lo acompañaría hasta la hora de su muerte el espectro emplumado del más inicuo de los crímenes.

VICTORINO PERALTA

Es esta, ¿quién lo discute?, una maquinaria celestial, el carromato de Neptuno, y es éste, ¿quién se atreve a dudarlo?, el día más feliz en la vida de Victorino, el único día de su vida que ha merecido el infeliz epíteto de feliz. Lo ha detenido suavemente, a cincuenta metros de la casa de Ramuncho, en un callejón sin portales, contempla a sus anchas los pormenores del tablero, como un recién casado examina avaramente los pezones y el ombligo y el pubis de su novia tras haberla despojado de los velos y corpinos que ocultaban tales santuarios. Botones, palancas, suiches, agujas sensitivas, anillos de metal, órbitas de vidrio, establecen sobre la madera una ordenación nunca igualable por la más armoniosa obra de arte. *1) Mecanisno que registra la temperatura del agua. 2) Amperímetro. 3) Contador de revoluciones. 4) Graduador de la intensidad de las luces.* Ningún miembro de la familia creyó en serio que su padre, el ingeniero Argimiro Peralta Heredia, descendería a la descabellada debilidad de comprarle a Victorino el Maserati que venía mendigando, otras veces reclamando, desde hace catorce meses, ninguno lo creyó, no obstante que Victorino ponía en juego con taimada diplomacia todos sus aceitados resortes de seducción, sus mañas y prerrogativas de primogénito, sus derechos de único hijo varón con tres hermanitas anodinas y enfermizas. *5) Cilindro que regula el aire del carburador. 6) Manecilla que señala el nivel de la gasolina. 7) Tentáculo que hace parpadear los faros. 8) Clavija que deja en libertad la tapa del motor.* No entraba dentro de la lógica, al menos dentro de la lógica de los cuerdos, que su padre, el ingeniero Argimiro Peralta Heredia, cediera ante las ambiciosas
instancias de Victorino, no precisamente en virtud del costo del Maserati (el ingeniero no se encomienda a Dios ni al diablo cuando se trata de echar por la ventana su parte de la inagotable, de la siempre en proceso de mayor valía herencia que dejó a sus hijos don Argimiro Peralta Dahomey, latifundista por los Peraltas y rentista por los Dahomey, haciendas improductivas que se convirtieron en urbanizaciones de a trescientos bolívares el metro cuadrado, corralones de chivos donde brotaron edificios de veinte pisos, acciones de compañías anónimas que cada año acrecientan su valor, el rey Midas al lado del abuelo de Victorino era un rudimentario alquimista). *9) Llave para poner en movimiento el abanico del parabrisas. 10) Cuentakilómetros parcial. 11) Botón para elevar la antena de la radio .12) Manivela para abrir los postigos que airean los pies del conductor.* Al padre de Victorino, el ingeniero Argimiro Peralta Heredia, no lo cohibía la firma de un cheque más sino las presumibles intromisiones de sus compañeros de bridge: "Estás loco de remate, Argimiro, solamente a un hombre que ha perdido la razón puede ocurrírsele el disparate de regalarle un Maserati a un muchacho que no ha cumplido todavía dieciocho años, dos trenes". *13) Encendido de la calefacción (si calefacción se necesitara en el bochorno del trópico). 14) Palanca del freno de mano. 15) El boliche de mango rojo que está a mi derecha es el cambio de velocidades. 16) Reloj infaliblemente suizo. 17) Radio poderosamente alemana, sintoniza las estaciones más fenomenales, Aquí Wollongong, ¿donde quedará esa vaina? 18) Fastuoso rectángulo de una guantera con pretensiones de cofre para guardar diamantes.* La circunstancia decisiva en el triunfo de Victorino fue el invalorable refuerzo de Mami, Mami que se había mantenido neutral dijo inesperadamente detrás de su té con limón: "¿Por qué no complaces a Victorino y le compras el Maserati como regalo de cumpleaños, Argimiro?" *Gris claro metálico como yo lo deseaba, capaz de llegar (el 220 está estampado en números indiscutibles, a la derecha del registro de velocidades, en el ángulo derecho), capaz de llegar a 220 kilómetros por hora, ¿qué me van a tirar, puretos de mierda?* Mami estuvo exquisita esta mañana, entró en el cuarto de Victorino envuelta en la más vaporosa de sus batas de

encaje, lo besó en la frente para inaugurar el aniversario y dijo al desgaire, como si hablara de un asunto trivial: "Asómate a la ventana y verás el regalo de cumpleaños que te encargó tu padre". Y aunque Victorino sabía ya de qué se trataba (Johnny, el chofer trinitario no tuvo entereza para guardar el secreto), rugió de
felicidad cuando lo divisó, gris claro metálico como él lo fantaseaba, al pie de los chaguaramos del pórtico.
No podía ser otro sino Ramuncho corazón de tigre, pana inseparable de Victorino, el primero en pasear a su lado en el Maserati, orgullo de la industria automovilística italiana, corona roja de tres puntas en campo gris, único ejemplar existente en la Gran Colombia. Ramuncho se desplomó atónito sobre el asiento de piel azul, masticando como chicle obtusas palabras *(¡Coño, vale, parece un sueño de James Bond, un sostén de Brígitte Bardot, la morronga de Supermán, una cápsula espacial con la bragueta abierta!)* y luego se consagró a escrutar el tablero con reverencias de monaguillo. El Maserati avanza por las avenidas en la cadencia eclesiástica de su mínima velocidad, cruza las esquinas en pomposa andadura de elefante faraónico, atraviesa triunfalmente el asombro de las muchachas en flor, una carcajada de Victorino estría la solemnidad de la ceremonia. Ramuncho, su risa triturada de saxofón, desafina un acompañamiento.
-¡Qué cara puso el pobre matusa!-
La hazaña que celebran sucedió anoche, joda privada de despedida a los diecisiete años de Victorino que concluían en la madrugada. A Victorino le encorajina el alma oír hablar del miedo (en el colegio pretendieron infructuosamente hacerle leer un libro abyecto donde, según adelantó la profesora, el invencible Héctor prefiere huir como un venado antes que enfrentarse a la lanza de Aquiles) como de un estado de ánimo llevadero, como de una enfermedad corriente y curable. Cuando el ingeniero Argimiro Peralta Heredia, su padre, se siente Bertrand Russell de sobremesa, sostiene ante la familia deslumbrada que el miedo es la fuente primordial de todas las religiones (el creador de Dios, nada menos), la energía motriz de la historia y sus rueditas, la pasión alentadora de los experimentos científicos, el tuétano de la pintura abstracta. Victorino, por su parte, jamás ha sentido en su interior ese derrumbamiento correoso que llaman miedo, ni está dispuesto a sentirlo mientras viva. Lo acosaba, eso sí, la curiosidad de contemplarlo como en el lente de un microscopio, estancado en una superlativa palidez, o en el azogar de unos ojos, convulso en el escalofrío de una voluntad.
Ramuncho lo ha traído a horcajadas en la parrilla de su motocicleta, hasta esta avenida solitaria cuya única luz es la mirada esclerótica de una bombilla pública. Un viejo noctámbulo avanza erguido hacia ellos. No está borracho, opina Ramuncho, se retrasó quizás en una partida de poker, esta no es hora de regresar a sus casas los padres de familia. Justamente cuando su silueta adquiere rasgos en el cono lechoso que mana de la bombilla (de otro modo la oscuridad les impediría saborear a plenitud el espectáculo) Victorino irrumpe de las sombras y le apoya la pistola en el pecho, una Colt virgo de alta potencia que ronroneaba su hastío engavetada en el escritorio de su padre.
-¡Este es un atraco, arriba las manos!-
Detrás de la media negra de mujer que le cubre el rostro, con dos agujeros por ojetes, Victorino atisba la desintegración de aquel pajarraco, una trepidación de mazmorra zangolotea los pellejos, comienza a lloriquear sin darse cuenta, no encuentra en ningún recoveco de su organismo el pequeño impulso necesario para levantar las manos, se ha orinado los pantalones.
-¡Arriba las manos, viejo pendejo, o te metemos dos balazos!- dice Ramuncho despiadado desde la penumbra.
El temblequeo del anciano repercute en el estómago de Victorino, lo pone en los límites del vómito, le asaltan ganas de escupirlo, de patearle el trasero cuando el hombre

suplica: -"Por favor, señores, no me maten, tengo cinco hijos y dos nietecitos, no me maten".- El miedo frente a frente no valía la pena mirarlo.
El botín se reduce a una roñosa billetera descosida por el sudor y el roce de los bolsillos. Contiene una fotografía ramplona, tamaño postal, de una familia paliducha en trajes domingueros, y dos desvaídos billetes de a veinte. Victorino cede gustosamente el dinero a Ramuncho, arroja la billetera vacía a la maraña de un matorral, se guarda la fotografía como souvenir.
-¡Qué cara puso!-
El Maserati avanza majestuoso por entre una doble hilera de jabillos, la risa de Ramuncho se extingue en una estridencia agria de saxofones, "ese toro enamorado de la luna", canta la radio.
El juego consiste en permanecer ausente de este mundo el mayor tiempo soportable. Victorino se ve obligado a practicarlo sin compañía, ningún otro niño del barrio, y menos aún los angelotes estrábicos del colegio de monjas, osarían competir con él en esa prolongada sepultura bajo lápidas de frescores azules, en ese sometimiento de la respiración a la batuta de un mandato inquebrantable, en ese ir y venir olvidado de la tierra como los peces, en ese abrir los ojos para enfrentarse impávido a los sables del agua. La cabeza emerge inesperadamente al pie del trampolín, los mechones rubios se le estampillan a la frente, las córneas vibran enrojecidas por el voluntarioso desafío.
Johnny, el chofer trinitario, ha hecho guardia perrunamente al borde de la piscina, no para prestarle ayuda de emergencia a quien no la quiere ni la aceptaría, sino para transmitir una orden que lo ha acompañado escaleras abajo:
-Victorino, dice la señora que-
-Ya sabe lo que dice Mami.- Que hoy es el santo de Gladys (no cree Victorino que haya existido santa ninguna con ese nombre de puta inglesa, pero hay que celebrarle su fiesta a la hermana de todas maneras) que hoy es el santo de Gladys y no debe olvidarlo. Después de Gladys nació Betty, y por último Margaret, y a Victorino, el primogénito, de no ser por la incontrovertible opinión de la abuela (doña Adelaida había hecho formales promesas a un mártir que aparecía en el calendario) le habrían puesto Richard, Ricky, una ignominia. Gladys, Betty, Margaret, son tres libélulas espolvoreadas de azúcar, envueltas en velos y cintajos azules, otras tardes son rosados o amarillos, que desgranan todo el arco iris de los llantos, desde que Dios amanece hasta que las acuestan entre polichinelas y sollozos.
Hoy es el santo de Gladys, ya has pasado más de una hora en la piscina, te vas a resfriar, es tiempo de vestirse para. Una pegajosa tarde de aburrimiento y pendejadas gravita sobre la cabeza de Victorino. Llegarán en tropel las amiguitas de Gladys, zapatitos de tiza, culitos de muselina, acompañadas de nodrizas negras con delantales impolutos que las traen de la mano, nodrizas negras suspirando por bomberos y medias de seda. Vendrá inevitablemente Lucy, le dedicará sus atisbos melancólicos de becerra destetada, le rociará promesas desde el pedestal de su ternura, hasta que él se acerque a llevarle un helado y ella le diga Muchas gracias Victorino, con un dejo empalagoso de te quiero mucho me muero por ti. Una fiesta ridícula, postiza e inaguantable como las óperas italianas o como los animales afeminados de Walt Disney.
También vendrán personas mayores, las amigas de Mami nimbadas de perfumes franceses y efluvios de novelas a medio digerir.
Las amigas de Mami se comunican a través de una jerga entrecortada, impromtu de claves, símbolos y alusiones: «¿Desde cuándo no la ven?, dice una; Muérete que me dijeron, dice la segunda; La otra tarde, dice la tercera; La familia, la ascendencia, dice la cuarta; Y la descendencia, dice la quinta; De espanto, sí señor, de espanto, dice la sexta; Honi soit qui mal y pense, dice la séptima, educada en Londres; La otra tarde los vi

desde lejos en el supermercado me puse a preguntar por el precio del fuagrá que estaba marcado claramente en la latica ella se acercó a saludarme era un lunes creo que era lunes, sí era lunes, porque Alfredo había salido de mal humor para la oficina lo peor era que llovía a cántaros, dice la octava, una octava en contrapunto politonal al pizzicato; ¿No les apetece un martini seco?, dice Mami.
No es posible aguantar la tarde entera al relente de miradas almibaradas de Lucy, estalactitas de caramelo le cuelgan a Victorino de la frente, se siente convertido en torta Saint Honoré. Como primera manifestación de antagonismo, Victorino se orina en la gran fuente de tisana, una ponchera de plata mexicana en cuyas ondas de oro (la contribución salina de sus riñones ha mejorado evidentemente el gustillo del menjurje, las niñas repiten con frecuencia, lo paladean extasiadas, Está soñado) navegan cubitos de pina, gajos de naranjas, fresas de Galipán. Como segunda jugada de repulsa se dio maña para introducir un par de sapos vivos en los carrieles charolados de Asunción y Caridad, dos de las negras niñeras endomingadas, chillarán a lo africano cuando los verrugosos salten en recuperación de su libertad. Pero se fastidia y deambula insatisfecho, desfigurado por la chaqueta de terciopelo amaranto que le ha puesto Mami, indumentaria indigna de un futuro cosmonauta.
Se encienden las luces, Victorino se refugia entre los mangos y limoneros del patio, el contacto con la naturaleza lo ayuda a elaborar un plan de verdadera trascendencia. La ventana que da al cuarto de los regalos se ofrece a su vista, arrebujada en los pliegues de una cortina. Una mano, la suya, entrará en la casa y regará con gasolina el sofá llovido del cielo que en la vecindad de la cortina acuna sus almohadones. Luego esa misma mano, la suya, trepada al naranjo que arrima sus ramas a los muros, arrojará un fósforo encendido por entre los barrotes de la ventana, el fuego es el principio explicativo de Heráclito, llamaradas danzarinas recorrerán la superficie del sofá, el fuego es el símbolo del Espíritu Santo, chispas voraces saltarán hasta el mantel de los regalos, yesca reseca será el papel florido de los envoltorios.
La fiesta de Gladys se transforma en una página del Antiguo Testamento. La cólera punitiva de Jehovah siembra el pánico por doquiera, marejadas de niñas de vitrina irrumpen en el patio a grito herido, seguidas por nodrizas negras que bufan y galopan como rinocerontes. El eficiente Johnny organiza en volandas un equipo de criadas extinguidoras que corren a llenar de la piscina sus baldes vacíos, regresan chorrendo agua y murmurando diosmíos hasta los rebenques del fuego. Alguien ha telefoneado a los bomberos y no tardarán en bautizar la noche sus campanas cinematográficas. Gladys, Betty y Margaret lloran rutinariamente, a salvo entre las herramientas y los neumáticos del garage.
Mami ha acaparado el centro de la escena, Medea anhelante, desorientada, fatalista, pálida, desborda en un grito que lo sacia de alegría y de orgullo:
¡Victorino! ¿Dónde está Victorino?
Y cuando lo descubre a su lado, impávido y displicente, la paz retorna al espíritu de Mami como una paloma pródiga, una sonrisa le restaura su primaveral resplandor, asume napoleónica el mando de las acciones, al cabo de cinco minutos está conjurado el siniestro.

VICTORINO PERDOMO

...Y aunque el compañero Belarmino Solís, por supuesto que no se llama Belarmino Solís, por supuesto, responsable de nuestra Unidad Táctica de Combate, opina que todavía no estoy en edad de afeitarme, lo evidente es que se equivoca, me salen unos pelos cimarrones, tan respetables como los cachetes azulosos de los curas españoles, la hojilla fue gillette en su juventud, ahora no pasa de lámina mellada, es la única que tengo, la brocha pierde pelos a simple vista, el espejo está enfermo de lagunas costrosas, llagas que nada reflejan, me he refugiado en esta pensión de mala muerte y peor...

Parado frente al espejo, tras de ensayar en la cama pensamientos y rotaciones de insome desde las tres de la madrugada, Victorino comprueba una vez más en nervios propios que el trance más amargo no se padece durante la acción misma; el trance más amargo es esta corrosiva espera, la sucesión mental de pasos aún no dados pero que van a darse en una hora próxima, los futuros movimientos que es preciso clavarse en la memoria, las futuras reacciones que deben diluirse en el instinto, tú sacas el revólver a las 4 y 27, tú entras por esta puerta a las 4 y 27, tú.

...vida para independizarme del yugo familiar, de la protección paternal, del amor maternal, de las conversaciones hogareñas, pierde pelos la brocha pero finalmente le saco unas barbas artificiales de patriarca, si no me concentro en la trayectoria de la navaja, si no me concentro me buscaré una cortada de esas de yodo y ...

Lo más importante es el camino de la huida, repite una y otra vez el comandante Belarmino Solís, responsable de la UTC. Se refiere a la dirección precisa que va a tomar cada uno de ellos, tan pronto esté cumplida la acción. Les ha hecho recorrer paso a paso, en tres friolentas madrugadas de ensayo, esos itinerarios de dispersión de los vehículos y los hombres. Y en los mediodías, aferrado a un plano que él mismo ha dibujado, insiste en señalar, métanselo en la cabeza, las coordenadas invisibles con su dedo índice de San Juan Evangelista, Es exactamente por aquí que tú vas a correr, Este es el punto donde los espera el carro con el motor prendido, Lleva el revólver engrasado y montado pero no dispares sino en un caso extremo, óyelo bien, en un caso extremo.

...algodón, carajo, era inevitable la cortadura, mellada la navaja, el pensamiento en otra parte, también las manos como si estuvieran en otra parte, el tajo ha sido en la mitad de la barbilla, al principio era un escozor diagonal imperceptible, después se volvió raya roja y goteante entre los grises del espejo, desagradable hilito de sangre que me baja hacia la cuenca del...

En el momento de la acción teoriza Belarmino lo esencial es la serenidad de ánimo y la coordinación de los movimientos. Naturalmente que es imposible predecir con exactitud el desarrollo de nuestros planes, tampoco puede predecir con exactitud un entrenador de fútbol el resultado práctico de una jugada que ha estudiado y ensayado minuciosamente, ¿cómo adivinar las evoluT ciones, el tiempo, la velocidad del equipo contrario?, ¿cómo adivinar en nuestro caso las reacciones de otros seres humanos (los asaltados) que intervendrán forzosamente en el curso del asalto? En la acción más inteligentemente proyectada sigue teorizando el comandante Belarmino apenas el cuarenta por ciento de las cosas sucede de acuerdo con el croquis trazado previamente, el otro sesenta es alterado por personajes que intervienen en la obra sin estar en el reparto, por pequeños acontecimientos imprevisibles que unas veces obstaculizan y otras veces facilitan el desenvolvimiento del asunto. El comandante Belarmino es contundente como.

...guargüero, aprieto la piel de la barbilla con el borde de la toalla, el rasguño para de sangrar por un instante, en seguida vuelve a teñirse, a puntear su caminito rojo, decido entonces no ponerle atención, me enjabono para la segunda pasada de la navaja, la

brocha arrastra una espuma sanguinolenta, un batido de...
No se debe disparar sino en un caso extremo, dice una vez más el compañero Belarmino. Los disparos engendran problemas nuevos, obligan a actividades imprevistas, abren violentamente un camino distinto, acuden los curiosos a los estampidos, no se dan cuenta de que arriesgan el pellejo, es preciso asustarlos, intimidarlos, inmovilizarlos. ¡Al que se acerque lo asesinamos! (es más impresionante que ¡Le metemos un tiro!), ¡Le volamos los sesos! (es más convincente que ¡Lo matamos!), Debemos evitar los muertos y los heridos a toda costa, compañeros, pero si el desarrollo de la acción nos impone la necesidad de disparar para culminarla con éxito, la necesidad de matar, compañeros, es un cobarde quien vacile en hacerlo Belarmino teoriza ahora con la mirada endurecida por un recuerdo.
...fresas, me lavo la cara con agua fría, no hay otra, comienzo a vestirme sin la obligación de estar vestido, falta casi una hora para la llegada de Valentín, la verdad es que madrugué, más valía madrugar de pie que continuar dando vueltas en la cama como un seminarista acosado por visiones de mujeres en cueros, asoman la uña y la cabeza del dedo gordo por el agujero de la media, Madre me ordenaría suavemente, ya con los anteojos de leer puestos: Tráelo acá para...
La acción ha sido fijada para las 4 y 27 de la tarde, el banco estará a punto de cerrar sus puertas, diez horas retorcidas lo separan de eso que es futuro, presente, hipótesis, realidad, deporte, muerte. Victorino preferiría que no fuera un banco. No es que le importe un pito atentar contra esa mierda que llaman la propiedad privada, pero preferiría que no fuera una banco, que no tuviera el caso tanta similitud exterior con los atracos del hampa, tal vez prejuicios pequeño burgueses, Victorino preferiría que no fuera un banco aun a costa de un riesgo mayor. A él le corresponde el cajero de la taquilla central, un señor gordo y de patillas. Vigilados sus movimientos como lo han sido durante muchos días seguidos por la UTC, lo encuentra exactamente en la postura prevista, cuenta los billetes, los apila a la derecha según su valor y color, trabaja de prisa porque se le viene encima la hora del cierre, Victorino aparece como flechazo en dirección a la rejilla, ya con el revólver desenfundado, se lo coloca ante la frente, a dos centímetros de los ojos, ¡Levanta las manos que esto es un atraco!, el gordo lo mira pálido y sumiso, alza las manos mecánicamente como los títeres, Victorino preferiría que no fuera un banco, Belarmino se ocupa a su espalda de la operación más riesgosa, desarmar al policía de guardia, su voz restalla comprimida por el rencor, ¡Entrega el revólver o te meto un balazo en el corazón, desgraciado!, le entregará el revólver. O tal vez no. Tal vez a esa hora, las 4 y 27 marcarán los relojes, una radiopatrulla estará detenida frente al banco en virtud de un imponderable que escapó a los cálculos de la UTC, cada uno se halla en su puesto, ni un solo engranaje dejó de funcionar a la perfección, el Chevrolet negro fue levantado hace 48 horas, extraído del garage del abogado Mosquera, cambiadas las placas acreditadas por otras inofensivas, Valentín lo conduce y ha frenado a veinte metros del banco, desde aquí se le divisa sentado al volante, lo acompaña Carmina con su beretta, quéjoder, sería un suicidio intentar la acción en las narices de la patrulla, Victorino busca con los ojos al comandante Belarmino, habrá contraorden seguramente, lo ve atravesar la calle, bajo el saco doblado se le abulta la ametralladora, el chofer de la patrulla se queda mirando a Victorino, conversa algo con los guardias armados que viajan en los asientos traseros, Belarmino se detiene a mitad de la calle, entonces. O tal vez no. Tal vez alguien los ha delatado, ¿un miembro de la UTC que jamás llegarán a descubrir quién fue?, entre las paredes del banco les han tendido una sucia emboscada, Victorino entra rápido y confiado, el revólver desnudo, lo mismo hace Freddy por una puerta lateral, el cajero gordo no está en su taquilla, dos ametralladoras disparan contra ellos desde el segundo piso, otras tiran

desde la calle, Belarmino da una voltereta en el aire y cae a los pies de Victorino vomitando sangre. O tal vez no. Todo desenlace es posible, todo desenlace es azar agazapado en una tensión que produce ardores en el estómago, diarreas, ganas de estar ya preso, ansias de estar ya muerto.
...zurcirlo, me he vestido de gris como la mayoría, mi otro flux es marrón notorio, tengo un revólver de espanto, he desarmado muchas veces su mecanismo, como los de medicina desarman sus cadáveres en las mesas de disección, tuerca por tuerca, hueso por hueso, he disparado con él contra latas vacías en una playa solitaria, más allá de Camurí, se adapta a mi mano como, Consubstanciarse con su arma de combate es el primer mandamiento de un activista, dice Belarmino, ¿se me notará el bulto cuando salte a la calle?, Valentín llegará dentro de diez ...
La reunión de anoche era para ultimar detalles, resultó un fiasco. El compañero Florián, estudiante de Biología (Victorino lo sabe porque una noche trajo debajo del brazo un libro de texto que no debió traer) no escuchaba sino fragmentos de lo que hablaban, miraba sudoroso hacia la ventana, quizás él también habría preferido que no fuera un banco. Belarmino no se dio por enterado, machacó sus instrucciones como un herrero, y ya al final de la reunión, en el descampado de la despedida, He decidido que el compañero Florián no participe en la acción de mañana, así dijo Belarmino secamente, sin explicaciones. Florián se azoró un poco, se detuvo desconcertado junto a la puerta, era probable que en el fondo lo agradeciera, no hizo ningún comentario. Irá Carmina en cambio. El comandante Belarmino le ha confesado a Victorino, la única vez que han hablado a solas, que no es partidario de utilizar mujeres en los asaltos. Son magníficas para las investigaciones y chequeos en vísperas de una acción, son habilísimas para sacarle datos indiscretos a un soldado, o a un policía, son insustituibles para tocar una puerta y lograr que los de adentro les abran, pero piensa tú en el apuro inesperado de usar una fuerza física que ellas no tienen, piensa tú eso le dijo confidencialmente Belarmino. Además, su presencia llama la atención más de la cuenta, al día siguiente amanecen los periódicos hablando a grandes titulares de la rubia miseriosa o de la pistolera de la blusa negra, pero, amigo, ¿quién se atreve a discutir ese punto con los dirigentes de la plataforma política?, te acusan de discriminación, o de sentimentalismo, o de desviaciones pequeño burguesas, te citan a Rosa Luxemburgo y a la Pasionaria y a Celia en la Sierra Maestra, y hasta a la Kolontay que está pasada de moda, y en cuanto a las muchachas de la UTC, de la Juventud, esas son capaces de sacarte los ojos si pretendes atravesarte en sus ensueños heroicos eso dijo Belarmino y se llevó las manos a la cabeza. Irá Carmina, como dos y dos son cuatro, con su suéter negro y su beretta de cuarenta tiros.
...minutos. Valentín llega puntual, lacónico, vestido de negro, tieso, Felipe II.
¿Estás listo? me dice.
Okey.
Son unos pájaros parduzcos de aspecto plebeyo y nombre desconocido, al menos no aparece mención de esos pájaros en la zoología de Victorino escrita por un jesuita francés, ni Madre misma sabe como se llaman. Primero se refugió en la sala oscura, Porthos mosquetero y gigante, espadachín sin miedo a las tinieblas ni a los fantasmas, aunque sí un poco a las ratas que se amotinan en la bazofia de los albañales, peludas conspiradoras de guillotina entre los dientes. Luego Victorino se asomó al postigo que encuadra la calle, Fray Junípero testigo de la corrupción del mundo desde el enrejado de su celda, vio pasar borrachos y bigotudos a los soldados de la guardia, a las cocineras en olor de malignidad, a los niños intensos que volvían de la escuela con orejas de burro en el cogote. Cansado de ser fraile, se ha construido la más elemental de las trampajaulas, una caja de cartón y una varilla que la sostiene en frágil equilibrio, eso es todo, la

inclinación de la caja y el cemento del piso abren al aire fauces de cocodrilo. Una hilera de maíz viene por el suelo, penetra en la trampa, conduce hasta el pie de la varilla. El cordel que se anuda a esa varilla va a parar a las manos de Victorino, acá lejos donde está sentado, como un libro sobre las rodillas, como si leyera.
Este que acaba de caer es el más fornido, el más osado, el caudillo de la tribu invasora. Descendió del alero en un vuelo rasante, se lanzó a picotear el maíz con precisión de engrapadora, avanzó hacia el interior de la caja sin preocuparse de su misterio, ahora se debate sorprendido y furioso, entre las manos y las palabras de Victorino:
Vea lo que le ha pasado por idiota, ¿quién le dijo a usted que existían seres humanos capaces de malgastar su maíz en beneficio de los pájaros vagabundos? Los granos de maíz hay que sudarlos, amigo mío.
Victorino lo lleva en cautiverio hasta la silla donde estuvo sentado y reanuda el sermón:
Ahora usted está preso, como mi padre y todos los tontos que en este país creen en la libertad y se sienten con alas para volar. Afortunadamente yo no soy un dictador cualquiera, no crea usted en calumnias. Yo soy el Corsario Negro y el Corsario Negro no.
En llegado a este punto su discurso, Victorino lo coloca absuelto y expedito en el suelo, palmotea para incitarlo a escapar, el pájaro escamado teme que se le empuje hacia una nueva celada, su instinto montaraz no entiende de perdones humanitarios. Tampoco entiende Micaela, la cocinera, que refunfuña tras la romanilla aguaitadora:
¡Qué muchacho tan zoquete! Gasta media hora en cazar un pájaro vivo, después lo tiene en la mano, después le dice un responso, después lo deja ir.
La neblina que empaña la personalidad de Victorino es el catarro, ese empegostar pañuelo tras pañuelo, esa encalladura en ensenada de mocos y estornudos, esa garganta de arrecifes y papel de lija, esa tos que le cabecea en las costillas, esa tristeza que deja la fiebre cuando se aleja. Asomado a la barandilla de proa, rompiendo vientos con el espolón de su frente, apoyada la punta de su espada en la madera oscilante del puente, Victorino se sopla una vez más las narices, tiende el catalejo hacia un horizonte agujereado por gaviotas que anuncian olvidadas arenas y emplumados habitantes. Entre corales rotos y muñones de árboles van a batirse con piratas rivales, un tuerto sanguinario a quien apodan Loba Parida y también Pinga Amarilla, el de la pata de palo. En los brazos del mar se prostituye la noche, una noche color de remolacha, con serpientes de luna roja sobre el rastro de los tiburones. Su voz acatarrada se sobrepone al trémolo de timbales que las olas baten y a las salmodias vinosas que suben de la sentina:
¡Amainen las velas! ¡Alisten el ancla!
La mano derecha de Victorino di Roccanera, el Corsario Negro, es una garra de leopardo sobre el puño del espadón. No le tiembla ni un músculo. La pasión del combate le sacude los pulmones, o es la tos, esa maldita tos que percute redoblante en sus costillas.
¡Barco a estribor! grita desde lo alto de un trinquete un marinero entrelazado a las estrellas.
La galera de Pierre Giliac, el más inhumano de los filibusteros de la Martinica, arremete contra ellos a remo y vela, ya está a su costado aclarada por los fogonazos de los arcabuces y el rebrillo delirante de los aceros.
iAl abordaje, mis leones al abordaje!
En pleno fragor de la batalla llega Madre, Victorino no oyó sus pasos ni la sintió abrir la puerta, llega Madre abrumada de libros y naranjas.
¿Qué haces sentado en ese patio? ¿Quieres pescar una pulmonía?
Madre lo obliga a entrar con ella en la sala oscura, deja sobre un armario las frutas y los

libros, menos uno de cuyas páginas saca una carta y dice:
Es de Juan Ramiro.
Juan Ramiro Perdomo, padre de Victorino está preso en la cárcel de Ciudad Bolívar, a orillas del Orinoco, olvida que el Corsario Negro irá un día a rescatarlo. Madre enciende la luz. Todavía no usaba anteojos para leer, se veía linda con su carta entre las manos, reencarnación de un lirio severo y triste. Sacó un pañuelito del seno y se puso a llorar sobre los encajes.
Es de Juan Ramiro dijo para disculparse.
Habían retornado al patio los pájaros parduzcos, en busca de alimento y engaño, extrañaron la ausencia del Corsario Negro, el Corsario Negro estaba llorando para acompañar a Madre.

VICTORINO PÉREZ

Ni estos son árboles, ni este es un río. No, no son árboles, no son dignos de pertenecer al generoso reino vegetal los bejucos de espinas crispadas y hojas velludas, tampoco las ortigas que afilan uñas de brujas y desgarradores dientes de gatos salvajes, ni los pajonales manchados por el vómito aceitoso de los camiones, ni los troncos huesudos con un guiñapo gris por enramada, mucho menos las tunas belicosas que saltan a la cara como punzantes murciélagos verdes. Victorino se desliza a zancadas por el declive de aquella naturaleza colérica, bracea en la oscuridad para alejarse de la mole amarilla de la cárcel, de los gritos y las linternas de sus perseguidores, de los revólveres que han vuelto a disparar hacia el sacudimiento de una culebra entre los matorrales. Ha llegado a la orilla del río, pero esto no puede llamarse río sino cañada de pantano y excrementos, hilillo pastoso que en la sombra se disgrega, no se disgrega, permanece agresivo, presente en su hedor a pescados podridos y burros muertos y orines rancios y sexos sin lavar, un hedor vejatorio que enmierda el sur de la ciudad.

Ha corrido doscientos metros emparejado a eso que llaman río, tal vez más de doscientos, ya no lograrían divisarlo los guardias aunque de repente se abriera la mañana, está de por medio el repecho de un barranco, la trinchera sesgada de un pajonal, la joroba benefactora de un edificio de apartamentos. Apenas escucha los gritos desteñidos por la lejanía, los ladridos de los perros enfrentados a las rejas inmóviles de sus propias casas, dos disparos todavía, ahora tiran insensatos contra el fantasma cochambroso del agua.

Sin vacilaciones debe cruzar eso que llaman río. Lleva puestos un pantalón negro y una franela gris triste, avivada por la franja violeta que la cruza, y unos mocasines marrones de punta afilada, tal como lo agarraron preso, Blanquita, en la querencia tuya. Se arremanga los pantalones hasta la rodilla pero no se quita los zapatos por temor a los culos de botella, a los filos rencorosos de las latas vacías, a las navajas oxidadas que acechan debajo de la linfa nauseabunda. Sin vacilaciones cruza eso que llaman río. Sus pies desaparecen hasta más arriba de los tobillos en un melado que adquirió consistencia en las letrinas y en los albañales, la corriente palmotea en olitas lánguidas contra las canillas del fugitivo, qué porquería, Blanquita.

En la orilla opuesta no encuentra verdes sino una rampa seca. Al trepar por el talud comprueba que le incomoda el pie aporreado en la caída del techo de la cárcel. Lo detienen ásperamente las púas de una cerca de alambre. Ha llegado al límite de un solar huraño, un terraplén sin gente, ni hierba, ni gallinas, ni perros. Su único y desamparado habitante es el carapacho de un viejo automóvil, fue rojo su color virginal y ahora es una sanguaza ulcerada de herrumbre, las ruedas sin neumáticos presumen tullidas ridiculas sobre los cuatro ladrillos que las sostienen. Detrás del esqueleto del automóvil aparecen sucesivamente: una puerta condenada, la luz colgante de una bombilla y el garabato de un tubo que sobresale del muro. Victorino abre el grifo y deja correr el agua sobre sus zapatos inmundos, se lava y relava las piernas, a su piel se ha adherido como una costra la fetidez de eso que llaman río. Entre tanto comienza a clarear la mañana, el traqueteo de una carreta aletea por encima de la nueva luz, Victorino se incorpora al aire rectilíneo de la calle, brota displicente de la pared, llega silbando un merengue dominicano a la esquina de Peláez.

Antes de abandonar el solar, Victorino registra concienzudamente los bolsillos de su pantalón. En el bolsillo izquierdo tiene un bolívar liso y ceniciento que las manos malabaristas del marico Rosa de Fuego escurrieron por entre las rejas del calabozo. En el bolsillo derecho palpa la navaja que le proporcionó Camachito, el colombiano,

Camachito se declaró orgulloso de conocerlo. Los periódicos no hacen sino hablar de su merced, dijo Camachito, un quiche ceremonioso y bien educado, no como esos malandros de por acá, Camachito al enterarse del proyecto de fuga que maduraba Victorino se desprendió de su navaja, le hizo aprender de memoria la dirección de unos compatriotas suyas, Viven en Pro Patria, su merced puede necesitarlos, dijo Camachito. En el bolsillo de atrás. En el bolsillo de atrás guardo el retrato tuyo, Blanquita, mi mujer, conseguiste hacérmelo llegar junto con un papel, el papel lo rompí, vieja, decía muchas pendejadas.

El problema consiste en encontrarte a ti, Blanquita, sonrisa perdida entre dos millones de jetas vulgares. Victorino recuerda el final enredado de esa cartica tuya que recibió en la prisión: "No podía soportar más a la gente del vecindario, mi amor, me miraban como si yo fuera la concubina del diablo, y yo sabía lo que estaban pensando, la mujer de un ladrón, la mujer de un asesino, la mujer del enemigo público número uno, como si a mi me importara un carajo lo que ellos pensaban, ni lo que tú habías hecho, ni lo que hagas mañana, me importas tú y nada más que tú como dice la canción, no pude soportar más a esa gente tan decente y tan mala de corazón, me estoy mudando hoy mismo, mi amor, para un hotel que queda por San Juan, muchos besitos". Por eso de los besitos fue que rompió la carta, dígame si se la decomisaban los guardias en una requisa y le daban por echarle vaina con eso de los besitos, tenía que joder a uno. Dices nada más que te has mudado para un hotel que queda por San Juan, Blanquita, como si San Juan no fuera una parroquia de millares de casas, garages, posadas, areperías, bares, sellados de 5 y 6, panaderías, burdeles, cines, billares, tiendas de turcos y quintas de ricos. En descargo tuyo, Blanquita, ¿cómo ibas a suponer que Victorino pensaba fugarse tan ligero?, los periódicos hablaban de su detención como de una hazañota de la policía, un delincuente armado, muy peligroso, Boves, lo tendrán incomunicado en un sótano encortinado, vigilado noche y día, nadie se fuga en esas condiciones, eso pensabas tú, Blanquita. Pero, ¿un hotel que queda por San Juan?, cualquiera lo encuentra, Blanquita.

Las calles reciben pelladas puntillistas a medida que Victorino camina de prisa hacia San Juan. Camiones inflamados de tomates y repollos desfilan pesadamente, rumbo al mercado de Quinta Crespo. Un portugués madrugador abre las puertas metálicas de su bodega con innecesario estrépito. Victorino se detiene a beber una tacita de café, su estómago descosido lo conmina a hacer la estación, el negro de alpargatas que le vende el café se rasca el cogote antes de darle el vuelto del bolívar liso. Dos putas amanecidas disputan venenosamente al abrigo de un portón, no se insultan por un hombre sino por dinero, materialistas, están a punto de pegarse. Victorino se cruza con un raquítico policía municipal, desmirriado dentro de un uniforme azul que le viene ancho, Victorino contiene la tentación de arrancarle el revólver. Un trecho más adelante vislumbra una cara familiar, la de un tipo trepado a una motocicleta, está en espera de algo o de alguien, es un repartidor de panadería, ya se acordó. Los motociclistas de la ciudad forman una familia, los une una solidaridad de riesgos y de ruidos, un odio gremial a los peos carburantes de los autobuses y a las maldiciones rezagadas de los ancianos, Victorino fue en sus primeros tiempos motociclista de esos que arrebatan carteras y paquetes a las señoras en plena vía pública.

Estoy ladrando, llave, tírame algo.

El tipo lo mira desconcertado, el tipo ignora su nombre y su oficio, jamás había escuchado antes el metal de su voz, la cara sí, esa cara la ha visto antes muchas veces en movimiento, pero le recuerda otra cara contemplada posteriormente, quieta, quién sabe dónde, no se atreve a relacionarla con el retrato del hampón que han impreso día tras día los periódicos, además, leyó en no sé qué parte que el hampón había caído preso, lo leyó, esa seguridad lo ayuda a rechazar cualquier similitud que se le venga a la mente, la

mano no le tiembla cuando le tiende los cinco bolívares.
Te pagaré cuando te vuelva a ver, llave dice sinceramente Victorino.
Y sigue su camino, Blanquita, disparado hacia la pieza de tu amiga más íntima, se hace llamar Tania pero quién va a tragarse que le pusieron en la pila ese nombre de inmigrante polaca. Tania la que trabajaba contigo cuando las dos eran ficheras en el Edén, Victorino te sacó de esa mierda para montarte casa, Tania sabe la dirección de la cueva donde te has metido, ya lo verás.
Tania la sabe. Entrejunta la puerta, descalza y en fustán. El quién es lo tartamudea quejumbrosa, ha creído seguramente que era la policía, Tania debe tener sus cuentas pendientes, o un chulo descarriado que regresaba, o el panadero, le debe al panadero. Su temor se vuelve pánico cuando vislumbra que el visitante no es ninguno de esos peligros secundarios sino Victorino, Tania está enterada de todo, del asalto al supermercado, de la muerte (tuvo que matarlo) del italiano, de la aparatosa captura del asesino, el asesino la está mirando averiguador, Tania le secretea cantadito el nombre del hotel, El Lucania chico el Lucania, y le cierra la puerta encima, como si se la cerrara a la peste bubónica.
Debía haberlo sospechado, si no fuera un negro olvidadizo, porque en ese hospedaje se encamaron varios sábados cuando tú, Blanquita, eras todavía una fichera y no su mujer. El presunto hotel no pasa de casucha angosta y retorcida, aunque de dos pisos, atendida por una vieja paperuda y vestida de negro que es la conserje, la dueña o algo peor. Son escasamente las siete de la mañana, la puerta está cerrada por dentro con llave y tranca, a nadie se le ocurre solicitar posada a esta hora en el Hotel Lucania.
Al fin le abren. Ya no está al frente del negocio la gorda de luto sino un italiano que ha arrendado el hospedaje y apesta a gorgonzola. ¿Qué desea? El nuevo gerente no se ha preocupado en modificar la zarrapastrosa decoración que recibió, ahí están las mismas sillas de paleta, las mismas cortinas sarnosas, el mismo cromo del Libertador sobre un caballo blanco, ahora tordillo por los lunarcitos de las moscas el infeliz caballo. ¿Qué desea, señor? Una sirvienta flaca y despeluzada barre el pequeño patio con una escoba flaca y despeluzada, escoba y sirvienta se postulan como hermanas gemelas. ¿Qué desea, per la Madonna?
Esa señora no vive aquí, es la respuesta del italiano. Hiciste bien, Blanquita, en dar un apellido falso, los periódicos publicaron varias veces tu nombre junto al de Victorino, Victorino hace memoria de tu retrato, lo saca del bolsillo y se lo muestra al hotelero.
Es mi hermana, vengo de Río Chico con un encargo de la vieja para ella, urgente.
El italiano espía la foto, Blanquita, su dedo tieso le indica a Victorino un rincón del piso de arriba, el mismo cuarto donde se metían él y tú, calientes, después de manosearse la noche entera en una mesita de El Edén, Victorino sube la escalera cojeando, la caminata acabó de desgraciarle el tobillo, pero la sube en cuatro saltos, toca la puerta a puño cerrado, una, dos, tres veces, no le contesta tu voz, Blanquita, le contesta el berrido de un hombre:
¿Quién carajo molesta tan temprano? ¡No joda!
Aquella tarde Victorino conoció a Crisanto Guánchez, sin sospechar la trascendencia que el recién llegado, para esa época un indio conversador y desarrapado, llegaría adquirir en su destino. Victorino se había jubilado de la escuela como casi todos los días, ya Mamá se había resignado a su haraganería, ni que hablar de su padre Facundo Gutiérrez, hace más de un año que desapareció de la casa de vecindad, esta vez para siempre, con el odio de Victorino a cuestas.
Victorino bajó hasta el zanjón de la quebrada, en busca de Mono de Agua, su catcher. Mono de Agua no necesitaba jubilarse de la escuela porque jamás lo han inscrito en ninguna, ¿cómo se las arreglaría Narcisa sin Mono de Agua?, Mono de Agua recoge las chamizas, Mono de Agua lleva a los clientes la ropa lavada, Mono de Agua sube a

comprar el arroz y los plátanos, Mono de Agua la ayuda a lidiar con sus tres hermanitos, tres criaturas que corretean desnudas por entre los peñascos, con el culo cagado y comiendo terrones. Los cuatro hijos de Narcisa son tan distintos, nadie preguntaría si son hermanos, ninguno de los cuatro se parece a Narcisa, todos al padre, y resulta que el padre de cada uno no es el mismo.
A Victorino le gusta más el rancho de Narcisa, sucucho agazapado en los intestinos de un puente, que la casa de vecindad donde él vive, Mamá lo mira con indulgente desprecio cuando expresa tan irracional opinión en su presencia, qué muchacho tan disparatero. El rancho de Narcisa y Mono de Agua ha sido construido a retazos indigentes, búscate cartones y latas claveteadas para hacer las paredes, ¿y el piso?, el piso será mera tierra y lajas de la quebrada, ¿y el techo?, clavamos dos horcones, y una plancha de zinc mohoso para ponérsela arriba se consigue en cualquier parte, el corte raso del barranco sirve de muro al fondo. La quebrada no arrastra agua sino cuando llueve, pero ruge como un tigre de almagre si la lluvia es torrencial, encabrita sus caballos sucios, amenaza con llevarse los enseres de los pobres, a veces se los lleva. Sobre el puente rechinan los bandazos de los camiones y se desgañitan las cornetas de los automóviles. Sin embargo, Victorino prefiere esta gruta despeñada en un barranco, nunca la pieza de su casa de vecindad, idéntica a las otras veintitrés piezas, alineadas todas a lo largo de un pasadizo que parece el espinazo de una cárcel, Mamá no lo comprende.
¡Vamos, mi catcher, que hay partida!
Mono de Agua se levanta del petate donde acostumbra pensar y descansar mientras Narcisa enjuaga sábanas en una batea, rodeada de hijos desnudos y vecinas preguntonas. Mono de Agua se endereza de un brinco y sube en seguimiento de Victorino, toman la huella estrecha y empinada que nace al borde de la quebrada y muere allá arriba, al nivel del grito de los pregoneros. Victorino trepaba resueltamente. Mono de Agua lo seguía a tres pasos, cuando vieron descender por la misma vereda a Crisanto Guánchez, alias Cachirulo, de esa manera se presentó y de esa manera lo conocieron. Crisanto Guánchez les obstruía el paso, colgada la mano izquierda de un bejuco para evitar el desbarranque.
¿Ustedes viven aquí? dijo.
Se comprende al vuelo que este tipo es mayor que nosotros, piensa Victorino. No porque sea más alto y más mole, no lo es, sino por el crujido de la voz, por los huesos leñosos de la mano, por la manera de mirar sobre todo. Crisanto Guánchez era entonces un mulato aindiado, de nariz perfilada como los blancos, de ojos avispados y punzantes como los negros, una colilla apagada le desvergonzaba un rincón de la boca, vestía un pantalón de kaki desgarrado y una franela terrosa con un agujero sobre la tetilla derecha.
Yo vivo aquí mismo, bajo este puente dijo Mono de Agua por encima del hombro de Victorino.
Victorino y Mono de Agua, pitcher y catcher de la quebrada, subían a jugar una partida, los hijos del portugués del abasto habían prometido llevar una pelota nueva, aquel accidental encuentro con Crisanto Guánchez desbarató sus planes. Quiero hablar con ustedes, dijo. Desanduvieron la vereda a medio subir, se acuclillaron bajo la arcada del puente, Estoy jodido, dijo Crisanto Guánchez. Después contó su historia, Victorino y Mono de Agua la escucharon sumidos en un asombro respetuoso sólo interrumpido por uno que otro gruñido entusiasta de Victorino o por exclamaciones maquinales que interponía Mono de Agua y que no venían al caso, Ahí mi caballo, por ejemplo.
Primero me escapé de un reformatorio que queda llegando a Los Teques así comienza Crisanto Guánchez, una nube de razones justifican su fuga. Al reformatorio lo llevó su propia madre, ¿de dónde sacaba recursos para alimentarlo y para pagarle escuela?, ¿de

dónde sacaba fuerzas para enfrentarse a un quinteto de hijos sin obediencia y sin padres? Aquí por lo menos aprenderás a leer, te enseñarán un oficio, le dijo bajo los tamarindos que conducían al portón del instituto. Aprendió a leer, sí, porque las letras lo enamoraron, pero el oficio que le enseñaron sus condiscípulos en nada se semejaba a las artesanías que su madre había soñado. Aprendió a defenderse a navajazos de la maldad y de la justicia humanas, aprendió a fracturar un candado y a escalar una pared, una noche tumbaron entre cinco a la cocinera del reformatorio y la disfrutaron uno por uno, la punta de un cuchillo hincada en el pescuezo le aconsejaba no cerrar las piernas, aprendió a fumar lo que hubiera a mano y, una vez aprendidas tantas cosas, huyó de madrugada por entre pajonales y alambradas, se reintegró a Caracas ateniéndose a la vía semiabandonada de un ferrocarril. No volvió a dormir en su casa sino bajo galpones y aleros tolerantes, arrebujado en periódicos viejos, a merced de la curiosidad viscosa de las cucarachas.
Ahora acabo de echar una vaina mucho más arrecha sigue contando Crisanto Guánchez engallado, consciente de su hazaña. Esta vez se ha fugado de la Isla de Tacarigu'a, un inexpugnable digamos correccional para no decir cárcel, campamento confinado al ombligo de una laguna, donde lo trasladaron después de atraparlo a caballo sobre una bicicleta ajena. Allí encontró la aleccionadora compañía de los delincuentes juveniles más pájaros, y calabozos de castigo donde se dormía en cueros y se expiaban las culpas a pan y agua, y guardianes que repartían sin dolor de su alma latigazos y mentadas de madre, y una capilla con misa obligatoria y una bandera nacional para izarla todas las mañanas. Había que jugársela. Siete reclusos se conjuraron para poner agua y tierra de por medio, se zambulleron una noche oscura en el circuito dormido de la laguna, emergieron bajo los manglares de la isla vecina, más vivero de culebras que isla, siguieron nadando en silencio hasta las costas de una hacienda, no pudieron ir más lejos porque el uniforme de kaki los delataba. Fueron recapturados todos por los guardianes y pesquisas, menos Crisanto Guánchez que resucitó un domingo al borde de la carretera, Crisanto Guánchez encaramado un trecho a las lonas de un camión de carga, Crisanto Guánchez pidiendo limosna en las iglesias de los pueblos de Aragua, Crisanto Guánchez dormido tras el bahareque deshilachado de una choza sin dueño, Crisanto Guánchez presente para servir a ustedes.
¡Qué parrilla! dice Mono de Agua.
¿Y qué piensas hacer? pregunta Victorino triturando una hoja volandera que cayó al alcance de sus dedos.
Entró a la ciudad hoy en la madrugada, por Antímano. No había asomado la nariz fuera de esta quebrada en espera de alguien dispuesto a tenderle la mano, uno que no tuviera pinta de soplón ni de gallina, los ojos de Crisanto Guánchez apuntan a la frente de Victorino.
Necesito un amigo, un pana, un ecobio dice.
Lo vas a tener dice Victorino.

VICTORINO PERALTA

Al padre de Victorino, el ingeniero Argimiro Peralta Heredia, no hay mujer en florescencia, azucena soltera, magnolia casada, lila viuda, que le tienda la mano sin que él se le quede mirando a lo guardabosque de Lady Chatterley, en repaso de inventario, se diría que al borde de quitarse el pijama para acostarse con ella. Victorino nunca ha logrado explicarse de un modo satisfactorio cómo los maridos, los hermanos, los amantes, no le zumban a su padre una bofetada preventiva, jurídicamente inobjetable. Mami, por su parte, se estrella ante la enguantada dialéctica del acusado:
Pero Mami (usurpa un tratamiento que sólo Victorino tiene derecho a usar legalmente hablando), los celos a nuestra edad son un delito de lesa cursilería, a los cuarenta y cinco años sigues viendo visiones de colegiala, ¿cómo se te ocurre que? y al día siguiente le llegan a Mami orquídeas de incógnito, y ella sonríe crepuscularmente al darle las gracias, no tiene cuarenta y cinco sino cuarenta y ocho.
Victorino, en exiguos suspensorios por exclusiva vestimenta, se ha sentado en la banqueta del vestuario a contemplarse las uñas de los pies y a denigrar de su padre, Es un cínico, piensa. La uña del dedo gordo derecho es fuente de su máxima preocupación, mezquina y encajada de nacimiento, no hay doctor Scholl que valga frente al pulgar macrocéfalo y pensativo, arzobispo o banquero cuya calvicie desentona en la vecindad de sus nueve hermanos armoniosos, entallados, blancos, como espárragos enlatados. El ombligo es un grano de café agobiado por los orondos músculos del abdomen, frutecen desvaídas las tetillas sobre los dilatados pectorales, Victorino se acaricia con la palma de la mano el vello bermejo que le sombrea la muñeca, golpetea con los puños cerrados sobre los compactos cilindros de sus muslos, y usted, Malvina, prima y novia suya, permanece atrincherada en su terquedad de caja fuerte, ¿de qué le sirven a Victorino sus soponcios cuando la besa, ni su temblor de animalito con fiebre cuando le toca los senos, ni el pegadito molusco de su vientre, ni su ronroneo de gatica ovillada entre suspiros y palabras carnales, de qué le sirven si los dos están de pie, a la luz del mediodía y con la ropa puesta, Malvina?
Victorino, ya embutido en el overol azul, blancos los calcetines de lana e igualmente blancos los zapatos de goma, entra a trote de boxeador a la plataforma del gimnasio. Louis Bretón, el entrenador, desatiende levemente los ejercicios para ladearle un bon jour de recibimiento. Louis Bretón fue campeón peso pluma en Argelia, conserva atestiguantes recortes de periódicos a disposición de los suspicaces, pero la grasa del tiempo y los menús hispanoparlantes lo han convertido en un barrilete cubista, gruesos anteojos de miope le domesticaron la mirada agonística, dos muelas de platino le metalizan la sonrisa. Lleva pantalones azules y zapatos blancos como sus discípulos, si bien se diferencia de ellos en la escotada camiseta (en vez de overol corrido) que lo viste desde la cintura hacia arriba. Del nervudo pescuezo le pende una cadenita de oro, de la cadena una medalla: las eñgies de San Roque y su perro se aislan del mundo, refugiadas en la pelambre eremita que le enmaraña el pecho a Louis Bretón.
Ramuncho, Ezequiel y William, los tres compañeros predilectos de Victorino, yacen boca arriba sobre tablones enlodados, encogen y despliegan sus extremidades en ritmo de pistones acoplados al dispositivo de la voz (la voz imparte sus instrucciones amistosamente, como quien da un consejo, Las manos bajo la nuca y los pies alzados, vamos muchachos, flexión de los hombros a izquierda y derecha, póngale ganas, a tocarse la punta de los pies, no te aflojes Ezequiel, tú no eres de mantequilla) de Louis Bretón. El timbrazo de un reloj de pared desprovisto de números (es un reloj descaradamente mondrianesco: tres cuadrantes son amarillos y el otro rojo, el

secundario es una solitaria manecilla negra, dinamismo expresivo, boogiewoogie del tiempo, neoplasticismo en marcha) ordena un receso en el entrenamiento, huele bruscamente a sudor pero a sudor de gente bañada con jabón Pears, Ramuncho bufa incongruentes palabrotas sentado en posición yoga, se reanuda la práctica, ahora pedalean con las piernas en alto (cuando Louis Bretón grita Allez) una bicicleta imaginaria.

Victorino cruza por entre los caminos artificiales que tejen en el aire sus compañeros tumbados, le retribuye su bon jour al entrenador y dirige el trote hacia el sur del largo rectángulo, allá donde están hacinadas las barras y las pesas. Tendido de espaldas sobre una tosca chaiselongue forrada en cuero, Victorino elevará los brazos a viva fuerza, sus manos empuñan una barra de acero, a los extremos de esa barra se adaptan circulares pesas verdes. En el vértice del impulso enrojecen tensos los músculos del cuello, rechinan como bisagras los dientes apretujados, se deforman los labios en un rictus de aparente, o voluntario, sufrimiento.

Estoy duro, Malvina. En la substancia que consolida los músculos, no en la gelatinas fantasiosas del cerebro, reside la genuina inteligencia, si le damos a la inteligencia su rango de manantial de energía, nunca el de aguja remendadora de virginidades rotas y debilidades congénitas, pensaría Victorino. Victorino querría ver hasta qué límite los acompañarían la firmeza de carácter y la vocación humanística a esos Faustos de veinte años, con la espina dorsal torcida y corrimientos en las encías, si un insinuante Mefistófeles les ofreciera cambiarles los diez libracos que han leído y la estima innegable de sus profesores universitarios, amén de la consabida alma, por una musculatura y una salud como las suyas, por el derecho a mirarse en el espejo del baño desafiantemente desnudos, como él se mira. Se les irían al mismo carajo (perdóneme la confianza, Malvina) las aberrantes teorías, elaboradas al alimón por los moralistas y los sádicos con el propósito de. Victorino está duro, Malvina, y la convicción de su consistencia le basta para sentirse satisfecho de haber nacido y crecido. No se disminuye al amanecer bajo las toses quejumbrosas de los fumadores, sino respira libertad y frescura como los novillos y las plantas. No se despierta entre nubarrones de jaqueca y presagios funerarios como los bebedores, sino mira la mañana con pupilas impávidas y corazón en reposo. Abomina toda calamidad que marchite los tejidos, llámese nicotina, alcohol, masturbación, mesa de juego, enfermedad o tristeza, y por iguales causas abomina la moral corrosiva de quienes despilfarran su juventud, apergaminados prematuramente por el aburrimiento y la pedantería, entre textos de química orgánica y especulaciones filosóficas, rumiantes apersogados en los pesebres bibliotecas. En este instante levanta pesas de veinte kilos, Malvina, y podría duplicar el gravamen si lo apuran mucho, porque está duro y sus músculos responden al llamamiento de su voluntad. Victorino desearía aclararnos enseguida, Malvina, que esa fortaleza, más apropiadamente superioridad, la ha adquirido, no por don milagroso del Espíritu Santo sino gracias al sudor imperturbable de sus. Cada recién nacido, salvo los enclenques y los heredoalgo, trae a este mundo la posibilidad de edificarse torre, y torre se edificará siempre y cuando invierta las horas vivas en el cuajamiento de su mampostería. Qué puede preocuparle a Victorino que un competidor escriba versos, componga música o resuelva ecuaciones, si en la emergencia de ser hombre, desnudo el otro, desnudo Victorino, desnuda usted, Malvina, en el palenque de una isla desierta, será de Victorino el privilegio de tirarlo al agua, lo tirará, no tenga la menor duda, con sus yambos griegos y su gastritis, para quedarse en soledad con usted, Malvina. Bien pueden predicar sermones y pintar pajaritas preñadas los oradores y los periodistas, los curas en sus pulpitos y los tratadistas en sus tomos. Periodistas, oradores, tratadistas y curas no han servido hasta el presente sino para igualar arbitrariamente al débil con el fuerte,

armando al débil de cañones mortíferos y códigos leoninos, guiados por el frenesí de atizar la matanza entre los unos y los otros, etc. así pensaría Victorino si le diera por pensar. Estoy duro, Malvina, eso es todo lo que piensa, hace descender la barra sobre su pecho, sus pulmones se desahogan en un suiiifff esponjoso y agradecido.
William y Ezequiel se aproximan a los sacos que cuelgan del techo, giran en guardia alrededor de los torsos de cuero, amagan con la mano izquierda y descargan luego la derecha en oblicua y violenta travesía, se amparan la quijada con los guantes como si el zurrón bamboleante tuviera brazos para responderles. Louis Bretón los obseva, los asesora, mejora esajab, William, y tú, así no se mueven las piernas Ezequiel; siempre con su voz protectora y cortés. Victorino ha dejado las pesas en su sitio, ahora aporrea la pera negra del punching bag, la pera bate vertiginosamente contra la plancha de madera que la sostiene, el puño repercute riguroso y sincrónico, cincuenta veces tac como redoble de palillos en la membrana de un tambor de caja seca.
En el salón de las duchas se reúnen los cuatro. Victorino ha hecho girar la llave hasta su último viraje, el agua se estrella tumultuosa sobre su espalda y luego se despliega en comba de surtidor, Victorino sopesa como duraznos sus testículos remojados, le llega el grito de William por encima del tabique izquierdo:
¿Sabes la última? Esta noche hay pachanga casa del Pibe Londoño, nos negrearon, no nos invitaron.
Victorino cierra la regadera y descuelga la toalla del gancho. Entonces aparece, montada en pelo sobre las violas del agua que la vieron nacer, la voz gorgoteante de Ezequiel que redondea la noticia desde el tabique derecho:
Llamamos por teléfono al Pibe para sondearlo, se cortó todo, no dijo una palabra de la fiesta, Esta noche tengo un compromiso para estudiar álgebra, eso dijo el gran fulastrón de mierda, me cago en su álgebra.
Salen los cuatro al corredor a pasearse en conciliábulo, envueltos en sus toallas heroicas, vindicatorios senadores romanos. Parte narrativa: la honorable familia Londoño celebra los quince años de la Nena, ofrece una recepción bailable esta noche en sus salones, ha invitado a medio Caracas. Parte motiva: La familia Londoño ha decidido, tras un análisis concienzudo de los probables riesgos y de las posibles derivaciones, retener las invitaciones de ellos, los amigos del alma del Pibe Londoño, para liberarse de tenebrosas (camorra, traumatismos, árnica) consecuencias; y el infeliz Pibe Londoño, nuestro pana entrañable, ha aceptado sin chistar la indecencia discriminativa de sus progenitores. Ezequiel es estudiante de Derecho, no hay que olvidarlo.
De todos modos, vamos a esa fiesta sentencia draconianamente Victorino.
El inapelable veredicto provoca el despliegue de la risa insólita del acusador Ezequiel Ustáriz, una risa que se entreabre en pianísimo rumoroso, cabriolea en tempo allegro ma non tropo, culmina en exacordos de carcajada redonda, supertónica y dominante, desciende en andante cantábile, morendo en una coda viva de arpegios en carretilla.
Vamos a la fiesta y llevamos a Mona Lisa añade Victorino implacable.
¿A Mona Lisa? La risotada de Ezequiel Ustáriz se reproduce en toda su esplendorosa gama instrumental, sus tres compañeros la corean, jamás produjo tanto jolgorio el nombre de la modelo de Leonardo, Sí hombre, a Mona Lisa. Y Louis Bretón, ex campeón peso pluma de Argelia, también se ríe a lo lejos, sin saber de qué.
Estos cuatro atléticos mocetones que aquí veis, Ramuncho, William, Ezequiel y Victorino, son amigos jurados desde la época trepidante de las motocicletas. Victorino tenía entonces catorce años y aquella fue la primera batalla que le ganó a su padre, también a Mami que se embanderaba de súplicas y reproches ante la idea de verlo trepado a uno de esos aparatos infernales. Mami, tan enemiga de simulaciones y cabalas

no tuvo escrúpulos en fabricarse un taimado presentimiento:
He soñado varias noches seguidas, Victorino, que te morías en un choque, un accidente de tránsito, sangre, humareda, tornillos, algo horrible y enjugaba una lágrima para imprimirle mayor autenticidad a la artimaña.
Una mujer culta como tú, Mami, no debe creer en pesadillas, estamos en pleno siglo veinte le replicaba Victorino, y su argumento rebotaba favorablemente en los predios racionalistas del ingeniero Argimiro Peralta Heredia.
Tiene razón el muchacho decía el padre pero no le compraré la motocicleta suicida de ninguna manera, creer en sueños es ver el cielo por un embudo, yo sueño una vez a la semana que duermo con Sofía Loren, la maravilla de las maravillas, nunca me sucede en la vida real.
¿No os dije que era un cínico? Victorino se vio precisado a aprender la conducción de motos en la de William cuya familia, de ascendencia y convicciones inglesas, lejos de temerles se siente orgullosa de esos vehículos que tanto prestigio y beneficios proporcionan a la industria ligera británica. Una tarde irrumpió Victorino en el jardín de su casa por el sendero de los automóviles, montado en la moto de William, con los brazos abiertos como los bomberos acróbatas, Mami en el balcón se cubrió el grito con tres dedos espantadizos, al padre no le quedó otro armisticio sino comprarle una Triumph trepadora, color rojo hemorragia, la más voladora y piafante entre todas las motocicletas del Country.
Ser propietario y piloto de esa Triumph purpurina equivale al enterramiento en urna blanca de su niñez, bajo el macadam de una avenida. A los catorce años de edad ha nacido un nuevo hombre, Prometeo a caballo sobre un leopardo mecánico. Ni cuando su tío Anastasio lo lleve mundanamente a un burdel de Chacao y conozca por vez primera rincón húmedo de mujer (eso sucederá un año después de haber estrenado la motocicleta) disfrutará Victorino como hoy la convicción de su mayoría de edad, de su independencia de pensamiento. Nunca había experimentado antes tampoco la embriaguez producida por ese elíxir que rotulan Propiedad Privada y que tan profunda huella deja en la historia pública de las naciones y en la vida particular de los hombres. Los juguetes jamás fueron suyos sino instrumentos utilitarios que compraban sus padres para mantenerlo a distancia de sus coloquios adultos. Tampoco fueron suyos sino obligaciones, responsabilidades de sus padres, los execrables enseres escolares, ni las ropas que le impedían andar sinceramente desnudo por entre los bambúes que el calor acogota. Ni siquiera era exclusivamente suyo el perro hogareño, Onza, que respondía con humillada zalamería a sus maltratos y amanecía al pie de su cama en súplica masoquista de zapatazos. Ni la bicicleta esquelética que cualquier repartidor de botica carga entre las piernas.
La moto, en cambio, es pertenencia y vínculo, parte de uno como el sexo y los dientes, como la altanería y la voluntad. La moto es un ser infinitamente más vivo que un gato y que un canario: por amiga viva se le quiere con miramientos, por novia viva se le adorna con lacitos, por niña viva se le cuida con esmero y pulitura. Vengan a ver, jevas de todos los países, la Triumph roja de Victorino, con los manubrios en cornamenta que Victorino le ha adicionado, sin una mácula de grasa porque las manos de Victorino la acicalaron, con los parafangos espejeantes porque esas mismas manos de Victorino los cromaron, vengan a verla a paso de vencedores por las calles escarpadas que descienden de las faldas del Avila. Vengan a verla, intrépida y rasante en las curvas, obediente a la vibración de los antebrazos de Victorino como una potranca pura sangre. Vengan a verla, gavilán y relámpago en las rectas, aparearse estimulada por el puño derecho de Victorino al pelotón que la aventaja, situarse en un vuelo a la cabeza de todas, épica como el caballo de un cheik. Vengan a verla, rumbeadora y temeraria, bajando a media

noche por el viejo camino enrevesado que conduce al mar, poniendo a prueba la hombría y el instinto de su dueño. Vengan a verla, liberada de silenciadores y mordazas, erizando la mañana de viriles estruendos, despertando a los carcamales con su somatén de juventud. Vengan a verla, tronadora de gases y coraje, intimidando las alamedas con sus tiroteos de guerrillera. Vengan a verla contigo en el anca, Malvina que me anudas los brazos al pescuezo, Malvina que restriegas contra mi espalda los dos limones que te alborotan el suéter, Malvina que me gritas ¡Párate por favorcito tengo mucho miedo!, yo sé muy bien que no tienes ningún miedo sino ganas de abrazarme, Malvina.
Hagamos un safari, boys propuso William al trasluz ceniciento de un atardecer caluroso, la lluvia prometió visita y no había cumplido su palabra, un vientecillo de horno resucitaba periódicos leídos y hojas secas.
Hacía largo rato que los seis bostezaban en expectativa, maldecían el plantón de la lluvia, montados a medias en las motocicletas, un pie en el pedal y otro en la tierra. Aceptaron el programa cinegético de William sin sospechar por un segundo que de aquel safari se hablaría por muchos meses en el Este, que aquel esparcimiento deportivo les acarrearía el odio inquisidor de las damas católicas y el desprecio puritano de los caballeros consagrados, no obstante que nada logró probarles la Policía Judicial cuando el coronel Arellano los condujo desconsideradamente hasta ella. Por lo contrario, más les creyeron a ellos que a su acusador. Mayores visos de lógica que la denuncia gratuita del malhumorado coronel, presentaba el juramento de testigos oculares que prestaron ellos mismos, Ramuncho y el Pibe Londoño, juramento según el cual motociclistas fantasmas, Los vimos con nuestros ojos, demagogos negros de los barrios comunistoides, Qué facha tenían, habían sembrado sangre y muerte en los heléchos del Country y de La Castellana para vengar seculares agravios de raza y de clase.
El safari del cuento, que tan sensacionales dimensiones habría de adquirir a la media noche, se inició al morirse de gris la tarde, de manera divertida y trivial. Los seis corsarios fueron hasta sus casas en decomiso de armas. Al regreso hicieron inventario: dos rifles de cacería, capaces de matar a los tigres del Fantasma si se ponían a tiro, obtuvieron William y Ezequiel en los closets de sus tíos; el Pibe Londoño dio con un tercer rifle en las gavetas de su hermano mayor el hacendado; Ramuncho desenterró de un escaparate aquel esclarecido revólver de cañón largo que engalanó la Entura de su abuelo cuando éste fue Jefe Civil de Candelaria; Victorino pidió prestada, a la guantera del Mercedes Benz de su padre, una pistola browning impaciente y contemporánea. En cuanto al Turco Julián (para esa época andaba todavía con la patota, el muy hipócrita) no logró aportar sino una escopeta de municiones que, salvo los conejos y las palomas, no existía animal agreste que no se riera de ella. Victorino no recuerda cuatro años más tarde si fue la propicia aparición de la escopeta de municiones, o la antipatía que les inspiraba a todos el fox terrier de las hermanitas Ramírez, la circunstancia que los inclinó a iniciar la partida con una pieza de caza menor. El perrito se llamaba Shadow, desvirtuaba por gordo las características de su linaje pero era, eso sí, desdeñoso y sarcástico como la fox terrier que lo parió. La verdad sea dicha, todos los integrantes de la patota andaban, quien más quien menos, enamorados de las hermanitas Ramírez, unos de la mayor con su perfil numismático y sus crespos dibujados al carboncillo, los demás de la pequeña con su mirada de ópalo noble y sus manos tan sutilmente blancas como el aroma del jazminero. Y otra verdad aún más amarga también sea dicha, la efigie de ninguno de ellos pasó jamás por el pensamiento de las dos bellas cuanto presuntuosas habitantes de la calle Altamira. La mayor desfallecía de amores imposibles ante un retrato de sir Lawrence Olivier con una calavera en la mano, el monólogo desentonaba fúnebremente junto a los colorines sicodélicos de su estudio; la pequeña padecía martirizantes clases de piano, ningún recuerdo de muchacho varón era digno de

trasponer las alambradas de sus múltiples interminables engorrosos arpegios. Para Shadow (el contraste les emponzoñaba el domingo) todo se volvía desvelos y amapuches, shadowcito lindo, mi sol. Entre los brazos de ellas se plegaban como hojaldre las orejas triangulares del perrito; negra nube sobre las colectivas ilusiones amorosas era el lunar que le anochecía el ojo izquierdo a Shadow; Shadow los vigilaba a distancia con escrutadora socarronería de Scotland Yard; Shadow enderezaba la cola trunca como antena de superchería. La caza del fox terrier le fue asignada al Turco Julián, no en calidad de befa a su candorosa escopeta de municiones, ahora sí recuerda Victorino, sino porque el Turco era el más servil entre todos los adoradores de la mayor de las Ramírez, rondaba musulmanamente horas enteras la verja de la quinta, ella leía un libro de versos (o de cocina) a la sombra
de las acacias, ella estaba decidida a no enterarse jamás de la existencia del Turco Julián sobre la tierra, ingrata. Las hermanitas Ramírez andaban de cine o de concierto, en otra forma de poco le hubieran valido a Julián su astucia siria y su paciencia libanesa. Enjuego puso ambas virtudes ancestrales hasta lograr atraer la silueta de Shadow, desconfiado y alerta pero ahí estaba, atraerlo al claro donde apuntaba su escopeta de municiones. El primer disparo se estrelló en plena barriga, era demasiado gordo para fox terrier el pobre, le empedró un abanico de agujeros. Shadow trastabilló mal herido, dio un barquinazo ebrio contra los azulejos de la pared, gruñó un desafío agónico al agresor inesperado e invisible, una nueva retahila de plomo taconeó sobre el lunar negro que le cubría el ojo izquierdo, de su sagaz pedantería no quedó sino despojos. Las hermanitas Ramírez andaban de cine o de concierto, las barloventeñas del servicio chismorreaban en la cocina remota, ningún ser humano tuvo la oportunidad de presenciar (llorando) la troyana muerte de Shadow ante el portal de su casa.
Cinematográfica y esteparia, en cambio, fue la batida contra los doberman del doctor Fortique. Eran tres perros tan abstractos, tan indiferenciables el uno del otro que a nadie se le ocurrió ponerles nombre, troika compacta y ardorosa que restallaba como tres látigos negros cuantas veces pasos intrusos se aproximaban a la quinta del doctor Fortique. Se les hubiera supuesto perros esculpidos en obsidiana o basalto de no ser por las almendras furiosas de sus ojos. Aquella noche ladraron aguerridos al peligro que venteaban, se estiraron en galope ciego hacia el bosquecillo donde se atrincheraban William, Ezequiel y el Pibe Londoño con sus rifles. No escapaba a la refinada estimativa de los tres perros que se dirigían a una oscuridad sin cuartel, que navegaban aguzados hacia la muerte sus tres cabezas huesudas, sus seis orejitas recortadas, sus seis almendras de candela. El primer balín del rifle de William le entró en el betún musculoso del pecho al que venía a la vanguardia, sin que por ello sus compañeros vacilaran en la exaltación de la embestida, un doberman auténtico jamás rehuye el combate. Entonces Ezequiel falló su disparo. Ya estaban las dos bestias sobrevivientes a cinco trancos de sus enemigos cuando el Pibe Londoño le desbarató la frente al segundo de un balazo magnífico. Entonces se encendieron histéricas las luces de la quinta. El último salto del tercer doberman hundiría certeramente los colmillos espumosos en el pecho de William. No contó con el kirieleisón del viejo revólver de Ramuncho, su estampido aparatoso ensordeció la colina. El perro rodó, macizo y babeante, desviada su saña hacia los geranios donde quedó muerto, no disparé mi pistola, Malvina, porque no quería perdérmela, no quería perder un solo detalle de aquel despelote bajo el aguacero, la lluvia había comenzado a caer con reticente ternura. Los tres doberman de acero negrísimo, azules de impotencia, azules de muerte, quedaron tendidos sobre la grama húmeda como toros sacrificados en la arena de un circo. Ahora le corresponde a Victorino enfrentarse en duelo personal al pastor alemán del coronel Arellano. Un mechón negro le ahuma los lomos leonados, la cola es una airosa cimitarra rubia que

baja de la grupa hasta los jarretes, la lengua inconforme desborda los colmillos, lo llaman Kaiser. Pone tan esclava complacencia en obedecer Jas órdenes del coronel que éste ensalza a tambor batiente sus virtudes, Jamás he tenido un soldado más disciplinado bajo mi mando, dice. Pues bien, la oveja franciscana que los hijos más pequeños del coronel montan como pony y le dan de comer en sus manos regordetas, conviértese en acechante cancerbero si el más leve rumor palpita entre los naranjos de la cerca. Victorino lo incita desde la verja. Victorino presiente su masa vibrátil agazapada en las tinieblas, patiabiertos y expeditos los remos traseros, enhiestas la orejas de lobo, desenvainados los colmillos igualmente de lobo, es bisnieto de lobos. Victorino escucha ya su gruñido de sierra, percibe ya su huella elástica, cada vez más cercana, sobre la vereda arenosa, advierte ya su presencia infernal más allá de la reja donde él lo espera con la browning desnuda y anhelante. Victorino apunta en medio de los ojos con dedo fatalista de cazador de leones, el fogonazo centellea a la luz de la lluvia. Victorino huye vencedor, Victorino aterriza de golpe en el asiento de la moto, Victorino enciende la moto bajo el impacto de su salto. Sus cinco compañeros le preceden estrepitosos por entre chaguaramos y samanes, el coronel en pijama acudirá indagante, ¡Kaiser!, se imaginará en espejismo que Kaiser duerme displicente al pie del farol de la entrada, ¡Kaiser!, se enfrentará a la tragedia cuando se acerque y su linterna denuncie la sangre que fluye mansamente de la cabeza leonada, la sangre de Kaiser se apelmaza en coágulos sombríos sobre los cogollos de hierba.

VICTORINO PERDOMO

Cuando Valentín y yo entramos al corredor de Humanidades, ya Isidoro se había fumado tres cigarrillos metido en su chaqueta de excursionista (jamás ha trepado un cerro), montado en sus zapatos de jugar basket (ni como espectador ha pisado una cancha), Isidoro con sus bigotes desconsolados de indio peruano y su caminar valseadito de la misma raza, ninguna de esas apariencias se ajusta a la realidad, Isidoro es el responsable de la UTC que cooperará esta tarde con la nuestra en el asalto a la sucursal del Banco Holandés, Isidoro se desliza danzante tras de nosotros a lo largo del corredor, Fidel y sus barbas nos sonríen paternales desde las paredes, ninguno de los tres saluda a nadie, ni siquiera a los afiches de Fidel, ni siquiera a Mireyita, Mireyita nos mete la alcancía en la, sacude el menudo, nos increpa con voz de contralto, ¡Coopera con las guerrillas, pichirre!, apretamos el paso, Mireyita nos persigue un buen trecho, ¡Es para las guerrillas, camarada!, ¡Es para los presos, si le tienes miedo a las guerrillas!, finalmente se resigna, hablaremos más allá del edificio de las Residencias, ni un alma merodea por aquellos andurriales autónomos, a lo lejos se divisa una yunta de futuros médicos devorando su Anatomía, a lo lejos, hemos llegado, tengo yo la palabra.

Por esta puerta, digo, le expongo a Isidoro el encadenamiento de nuestros pasos, mi mano va y viene sobre el plano que he trazado en el cemento del piso, por esta puerta entramos el comandante Belarmino y yo. Por esta otra puerta, digo y la sirena de una ambulancia rumbea hacia el hospital universitario (me callo mientras pasa), por esta otra puerta aparecerán Freddy y Espartaco. A este cajero, digo y lo construyo con una cruz, lo pongo yo manos arriba. Y en este lugar, digo y la tiza se me quiebra al afincaría por segunda vez, está parado el policía que Belarmino va a desarmar. Este otro cajero, digo y ya voy por la tercera cruz, será controlado por Freddy, Freddy controla también a la mecanógrafa del fondo, la catirita que se va a desmayar según la opinión de Carmina. Mientras tanto, digo y ahora me sale un círculo, Espartaco deja en el suelo el maletín vacío y llega con la pistola montada a este punto, compañero, este punto es la oficina del gerente, la puerta entrejunta de la oficina del gerente. ¿Está claro?

Isidoro me concede una cabezada alicaída, en el lenguaje de su mímica quechua significa probablemente Está clarísimo.

Sigo en el uso de la palabra. Belarmino con su ametralladora y Freddy con un revólver en cada mano, ahora tiene el suyo y el que perteneció al policía, arrinconan sin contemplaciones a todos los presentes, los dos cajeros, la secretaria desmayada, el policía desarmado, el mensajero, cualquier cliente tardío. Para ese momento ya regresa Espartaco con el gerente exangüe y manos arriba, un queso de Flandes decidido a abrir la bóveda para salvar la calva, como en efecto la abre, es mía la tarea de trasegar los billetes, pasarán de doscientos mil bolívares según nuestros cálculos más pesimistas, los trasiego al maletín de cuero y a la bolsa de lona que trajo Espartaco, después no falta sino la dispersión, compañero.

¿En qué orden? dice el sonsonete desganado de Isidoro. ¿En qué orden? Primero salimos Espartaco y yo con la plata, inmediatamente Freddy y por último Belarmino, el comandante resolvió aguantarse un poquito, aterroriza con la metra, paraliza con sus gritos, Ya lo saben cabrones, si alguno intenta seguirnos le volamos los sesos desde la acera de enfrente. Salimos los cuatro en veinte segundos, los cuatro vamos caminando ligero pero sin correr, frenando los pies que tienen alas como los de Mercurio, y sonrío.

En ese orden llegamos al Chevrolet prendido donde nos esperan Carmina y Valentín, de manos cogidas como un par de novios, a veinte metros de la entrada principal, en este sitio digo.

¿Y después? dice Isidoro.
Tiene la palabra Valentín. Despliega sobre un pretil el plano de Caracas que trajo en el bolsillo, explica la trayectoria en eles y zetas que recorrerá el Chevrolet negro una vez que restallen los portazos anunciadores de nuestro regreso a los asientos. La ruta la ha transitado sesenta veces a pie, veinte en automóvil y diez mil en el cinematógrafo de la memoria. El hilo de Ariadna (Valentín es un caroreño especializado en símiles mitológicos, lo de los pies alados de Mercurio también fue ocurrencia suya, por eso sonreí cuando lo dije) ese camino es el hilo de Ariadna que nos conducirá hasta los carros robados por la UTC de ustedes, camarada Isidoro.
¿Y el tiempo?
Siete minutos para la operación del banco digo.
En otros 7 minutos los llevo al lugar donde ustedes están esperando dice Valentín.
Entramos al banco a las 4 y 27, ustedes nos reciben a las 4 y 41, ¿okey? digo.
Okey, dice Isidoro. Ya tienen dos máquinas en su poder, desde antenoche, con las placas cambiadas, además de la rufa legal, una de ellas estará parada a veinte metros del banco, cuidándole el puesto a Valentín, se lo cederá en cuanto nos vea llegar, dice Isidoro. Los esperamos en esta esquina desde las cuatro y media en punto, dice Isidoro y deja caer un dedo sobre un rincón preciso del mapa.
Estarán en esa esquina, pegados al paredón lateral del colegio de monjas, con la trompa de los carros orientada hacia el Sur, hacia el Cementerio, Valentín frenará a tres metros de ellos, los que llevamos el dinero nos meteremos en el automóvil de adelante, los otros en el de atrás.
Fíjense bien dice Isidoro. Espartaco y tú (habla conmigo), en el de adelante con el dinero. Belarmino y Carmina en el de atrás. Mientras que tú (habla con Valentín), te quedas en el Chevrolet con Freddy, nos sigues un rato, cuidas la retaguardia, ¿de acuerdo?
De acuerdo. Isidoro continúa con la palabra, a Carmina la dejarán después en una parada de autobuses, Belarmino se llevará las armas en un maletín, yo debo tener en el bolsillo tres bolívares para un carro de alquiler, a Isidoro no se le olvida nada. Por último pregunta por qué el comandante Belarmino, responsable de nuestra UTC, no vino personalmente a hablar con él. No era conveniente que lo vieran en el recinto universitario, le digo. Isidoro sonríe por primera vez, se va sin despedirse, se desvanece entre las matas, con sus bigotes desconsolados y sus zapatos inéditos de basket, parece un estudiante que ha perdido el curso por indolencia, por melancolía, tal vez por paludismo. En el acuartelamiento a las 12, le digo a Valentín, Okey responde Valentín y borra con la punta del zapato el plano que yo dibujé sobre el cemento, después se va en dirección contraria a la que tomó Isidoro, son las 9 y 30, Amparo.
Entonces me quedo en soledad contigo, Amparo, detrás del edificio de las Residencias, sediento de las 11 en punto para verte. No vacilo en confesarte que tengo un poco de miedo, un poco más de un poco, pero nunca te hablo de estas cosas, tú apenas sabes que leo folletos de Mao, que una vez me llevaron preso por dar vivas a la revolución cubana, quisiste irme a ver a la Digepol, no te pasa por la mente que soy un activista de revólver, ni mucho menos que pertenezco al aparato militar del partido, que intervengo en asaltos, que me juego la vida y otras partes del cuerpo sin tu conocimiento, a veces me vienen impulsos de contártelo, para que sepas qué clase de hombre es el tuyo, pienso entonces en los que presumen de héroes para darse postín con las nenas, para acostarse con, una porquería, no te cuento nada. Una noche soñó contigo, Amparo y esto tampoco te lo ha contado nunca, corrían los dos desnudos sobre el misterio de una playa desolada, los ojos de Victorino se orientaban por la estela de tus talones y por el ritmo de tus duras nalgas morenas, el asalto insidioso del mar les salpicaba de blanco las rodillas, un trío

de alcatraces testimoniales se empecinaban en perseguirlos, tú corrías cada vez más despaciosa, hasta que caíste de bruces sobre la arena, y el cuerpo de Victorino se derramó sobre el tuyo, diciéndote amor mío y besándote los rizos de la nuca, una melodía de voces negras se escapó del mar, esa música era un silábico réquiem excitante, un lujurioso salmo a la muerte. La operación del Banco Holandés ha sido cuidadosamente planificada, Amparo; solamente cuelga del techo una pregunta que todos quisimos hacer y ninguno se atrevió a soltarla en voz alta, ¿y si hay tiros?, si hay tiros, Amparo de mi alma, todo ese plan tan bonito se irá a la mismísima, habrá que inventar soluciones sobre el terreno, guiarse por los gruñidos del instinto, saltar por encima de un cadáver para evitar que salten por sobre el tuvo, tú comprendes, yo acudí de mala gana a aquella cursilona fiesta de cumpleaños, ¿te acuerdas?, acababa de librar con mi padre uno de esos forcejeos políticos deteriorantes, los muchachos del primer año de Letras me llevaron casi a rastras, me aparté distraído a lamentar bajo una enredadera los argumentos que no se me ocurrieron frente a mi padre (Lo grande de Lenin es que adaptó el marxismo a una nueva realidad), tú vestida de negro te acercaste con un vaso en la mano, y me invitaste a bailar, y te dije que no sabía, y replicaste que ese detalle carecía de, y me hundiste la luz de una mirada casi suplicante, y yo salí a arrastrar los pies como un profesor de antropología, en realidad no sabía bailar, y te pregunté de dónde habías sacado la idea de ir a tentar a un solitario, y tú contestaste descocada que así procedías cada vez que te gustaba un hombre, y yo ilícitamente celoso quise saber si eso de gustarte un hombre te sucedía con frecuencia, y entonces tú detuviste en seco el baile, y acercaste tus labios a milímetros de, y susurraste la más inesperada de las respuestas, Es la primera vez que me pasa, eso dijiste, y yo no te creí en lo más mínimo, porque tus ojos eran los más febriles de la fiesta, porque tu boca se entreabría como una, porque tus pezones no se resignaban al sostén, porque cada invitado que pasaba a tu lado se te quedaba mirando de una manera que, más aniquiladora que los tiros es una acción descubierta de antemano, malograda por una delación, ésa que un percance imprevisto no deja realizar, el prendimiento de uno como un pendejo, el desplome en la mugre de un calabozo bajo la afrenta de los culatazos, los insultos a la madre de uno, la cara escupida y las manos esposadas, la pateadura en las bolas para que hable, la boca ensangrentada por las manoplas para que hable, el cigarro encendido chirriando sobre la tetilla para que hable, el revólver amartillado en la sien para que, uno nunca sabe si le alcanzará la hombría, si soportará tanta verga sin hablar, Amparo, te juro que prefiero los tiros, la sorpresa padre me la causaste cuando te propuse, tartamudeando a la orilla de un campari, en un bar oscuro de Sabana Grande, que nos quisiéramos como Dios manda, y tú rezongaste sin mirarme que eras virgen, y agregaste que eso no constituía un impedimento insalvable, con esas mismas palabras rebuscadas, y me citaste, Te espero en mi apartamento a las 11 del día, a esa hora te dejan sola y emancipada, yo tampoco te creía lo de la virginidad, y nos quitamos la ropa como dos amantes acostumbrados a sus desnudeces y a sus, y resultó que efectivamente eras virgen, y desahogaste tu pequeño dolor en un gritico de ratón, y manchaste de rojo las sábanas, y comprendí que habías conservado ese, que lo habías guardado para encontrarte conmigo, fatalmente conmigo, y entonces, hoy iré a verte a las 11, no habrá nadie sino tú en el apartamento, Nicolasa anda de compras, tu madre no ha regresado del trabajo, me revuelven la sangre estas ganas de volver a entrar en tu, de recibir tu salivita entre mis labios, antes de hacerle frente a un trance tan jodido como el de esta tarde, y no te diré una palabra del asunto, Amparo, los únicos frutos de la revolución que maduran en tu patio son los versos de Maiakovsky y la sinfonía Leningrado de Chostakovitch, tienes una sensibilidad exquisita, Amparo.

Victorino se desploma, muerto, al pie de la arborescencia muda de la campana. El

espectro de Alonso Quijano, anoche comenzó a leer el Quijote, se filtra de las alcantarillas para acogerlo entre sus brazos ilimitados. El vigilante y su sombra se desplazan jadeantes sobre la cal de las paredes. El vigilante atribuye al principio el derrumbamiento de Victorino a cansancio, luego vislumbra arrestos insurreccionales, Párese Perdomo, Que se pare le digo. Al palpar finalmente el hielo desvalido de sus sienes, la severidad de su corazón sin latidos, el vigilante acobardado grita para no quedarse a solas con aquella muerte. Una algarabía imprevisible remolca prematuramente la mañana hasta los corredores del Liceo. Los internos acuden envueltos en sus cobijas de onanistas, uno enciende las luces del vestíbulo, otro escapa campanilleante de vilezas en solicitación de autoridades. El cadáver de Victorino escudriña la llegada hegemónica del Director, allá viene bufando.
¡Está muerto! balan en manada sus compañeros, y el director se desvencija bajo las miradas escrutadoras, y por las arterias de su pluma fuente corre tinta de alevosa culpabilidad.
¡Pedimos que se le avise inmediatamente a la familia! ¡Pedimos que lo examine un médico! aulla Villegota, el mejor amigo de Victorino, Villegota hirsuto y cejijunto.
La muerte de Victorino, su propia muerte, ha sido para él un regocijado pasatiempo hasta el momento en que Villegota, su mejor amigo, pronuncia la frase protestatoria y afectiva. ¡Pedimos que se le avise inmediatamente a la familia! La visión del llanto pujadito de Madre decapita sus ensueños macabros, Madre llorando, es preferible no morirse. Hace una hora que ejerce de espantapájaros bajo la campana del patio, le falta otra hora para que el amanecer reglamentario desgaje sobre su cabeza los tres tañidos infamantes del desayuno. Este castigo es la consecuencia inevitable de la noche en que Melecio, su vecino de cama, denunció el escondite de sus cigarrillos, Debajo del colchón, bachiller. Al mediodía siguiente convocó el Director al alumnado en masa, le escupió públicamente a Victorino las palabras más ignomiosas de su argot pedagógico, ¡crapuloso!, ¡degenerado!, ¡corrompido!, por una simple caja de Capitolio. El asunto quedará zanjado, pensaba Victorino, al no más tropezar a Melecio alejado del caserón del Liceo, en un recodo del pinar o tras la columna de bambúes, y fajarse a puñetazos con él hasta cobrarle en glóbulos rojos, más equitativo sería un diente, la delación. La pelea fue pareja porque Melecio es duro, asimila castigo, aprendió no sé dónde a esquivar los golpes, contraataca como un carnero cuando menos se espera. No andaba por las vecindades de la capilla, allí fue el agarrón, ningún pacifista que los aplacase, intercambiaron carajazos e injurias durante un sudoroso cuarto de hora, Victorino logró finalmente cosechar hemoglobina como recompensa a un directo a la nariz de Melecio, él también obtuvo sangre de Victorino gracias a un cabezazo en el mismo órgano olfativo. Cuando se avecinó a salútos negros la sotana del padre Pelayo, Victorino había conseguido derribar a su adversario sobre un entrecruzamiento de bejucos, mantenía sus uñas enclavadas en el pescuezo soplón, en aquel luminoso segundo la contienda comenzaba a decidirse. El padre Pelayo se desenfrenó en clamores bíblicos ("Ajustaos a la regla y entrad en vosotros, pueblo rebelde", Sofonías, 2, 1), se agachó a separarlos con sus manos apestosas a penitencia y a chorizos extremeños.
El castigo vil ha sido para Victorino, la palmadita al hombro para Melecio, en este instituto educacional se ensalza el espionaje como la más sublime de las virtudes, se sanciona la rebeldía como el más oprobioso de los vicios. Madrugada tras madrugada amamanta Victorino sus odios al pie de la campana, dos horas diarias en deliberación de venganzas con los brazos en cruz, tirita de frío si los pinares resoplan exóticas resinas otoñales, lo constipa la lluvia si la muy puta desfallece oblicua sobre sus zapatos.
Victorino retorna al punto de partida. Muere repentinamente en la raíz de esta campana, su cadáver se arrepiente ante la perspectiva de echarle leña al llanto pujadito de Madre.

Ella le escribe cartas apesadumbradas, no se resigna al pensamiento de saberlo encerrado, qué se va a hacer, no existía para ella otra salida decente. El padre de Victorino, el comunista irreductible Juan Ramiro Perdomo, continúa (ya lleva esta vez cinco años sobre sus costillas) preso en una cárcel lejana, Madre realizaba milagros con su sueldo homeopático de maestra de escuela, sobre su endeble cabeza revoloteaban circularmente: el alquiler de la casa, los zapatos de Victorino, la luz eléctrica, el sueldo de Micaela, los libros de Victorino, la cuenta del abasto, las encomiendas para Juan Ramiro. No había otra solución, Victorino interno, Madre aceptaba la filantrópica hospitalidad de tía Socorro. En mi casa hay siempre una cama para ti y un puesto en la mesa, dijo tía Socorro, es muy prudente tía Socorro. Tiene una hija de la misma edad de Victorino, se llama Conchita y suspira sin motivo, una vaga inquietud obligó a tía Socorro a abstenerse de decir dos camas, dos puestos en la mesa.
Ha comenzado a llover y la luz del amanecer se rezaga estancada en las vitrinas del agua. El vigilante repasa por las cercanías de Victorino, verifica al desgaire si sus brazos se mantienen estrictamente horizontales, si sus pies se aparean en posición de firme, cumple órdenes prusianas del Director. Victorino se caga en Dios de vez en cuando, insectos imaginarios pululan en las coyunturas de sus codos, un peso inmaterial le adolora los hombros, a cada rato desarticula la tensión militar para aliviar su desventura, desmonta los brazos durante varios segundos, al menos el vigilante de hoy no ha resultado tan hijoeputa como el Director apetecía.
Rojita, el interno de tercer año bajo cuya custodia funciona la farmacia del Liceo, se ha levantado a estudiar temprano. Victorino divisa allá lejos su afanada miopía bajo el halo de un foco, la nariz incrustada en una Física de tapas marrones. No es que Rojita sea un estudiante aplicado, qué va a serlo, sino que el examen de Física tendrá lugar pasado mañana, es tentador presentarse con un puñado de páginas recalentadas, por si uno está de suerte y se las preguntan ¡Ah, Rojita!, disfruta de un bien ganado prestigio de incorregible, fuma clandestinamente como Victorino, empedra sus discusiones de obscenidades, prodiga zancadillas siniestras a los vigilantes en los amistosos partidos de fútbol, se masturba como un árabe. Paseando por entre pinos y neblinas, Victorino y Rojita afilan a dúo su desarraigo, cultivan solícitamente su justiciera inquina al Director, a sus esbirros de mierda, a su sistema troglodita de enseñanza, a estas barracas cuartelarias que él (el Director) denomina arteramente Liceo. De una de esas caminatas carbonarias nació el proyecto de volar el edificio.
En las gavetas de la farmacia que Rojita regenta yacen platónicamente los elementos esenciales, la espesa nitroglicerina de amarillentos reflejos, el polvo de ladrillos anaranjado y sutil. Dos alquimistas bisónos se escurren a hurtadillas hasta el trascuarto de la farmacia, combinan sus substancias al abrigo de las horas más insospechables, se valen de las mañanas en que el padre Pelayo reparte panecillos remuneratorios a los alumnos que comulgaron, o de ciertos domingos previa renuncia al ambicionado permiso de bajar al pueblo. Consagrados en cuerpo y alma a la preparación de la maléfica panacea, así la llama Rojita, declinan excursiones a Carrizales con derecho a zambullirse en el río y eluden procesiones de Corpus Cristi con oportunidad de pecar evaluando voluptuosamente el vaivén de las nalgas de las feligresas. Al cabo de tres meses de laboratorio, atesoraban en su rudimentario polvorín seis reverendos tacos de dinamita, provistos de mechas greñudas y de una incorruptible avidez expiatoria, ¿verdad Rojita?
Emplazaron escalonadamente los cartuchos, guiados por la aguja de sus agravios, de sus aborrecimientos. Uno quedó tras la puerta batiente de la cocina, humillado por el tufo abyecto de los pellejos de los frijoles agusanados. Otro se arrebuja entre los encajes del altar mayor, disimulado bajo un libraco cómplice del padre Pelayo, cómplice de su misa

forzosa que encallece las rodillas de los alumnos y satura sus conciencias de dudas y divagaciones sacrilegas, no hay fe que resista tanta rezadera, padre Pelayo. La tercera bomba aguarda su momento escondida en el aula donde el bachiller Arismendi explica con pérfido cinismo las prerrogativas constitucionales de los ciudadanos bajo los regímenes democráticos. Y la última, la de mayor tamaño y poderío, la más esmerada y cariñosamente elaborada, esa madura sus intenciones bajo la silla cuasi gestatoria del Director, el Director no estará sentado ahí en la aurora libertaria de la explosión, ya lo saben, pero la voladura del solio vacío será una ceremonia de edificante simbolismo ético, ¿verdad Rojita?

El estallido superó sus más destructivas esperanzas. Eran las seis de una timorata tarde de octubre, los internos paseaban en ida y vuelta los corredores, concluidas las clases, a dos dedos del campanazo de la cena. Rojita y Victorino desaparecieron sigilosamente, se plegaron fantasmales a las paredes, rumbo a sus respectivas mechas, Rojita encendió las dos suyas en el norte, Victorino arrimó la luz de una cerilla a las otras dos en el sur, desanduvieron la ruta hasta reencontrarse en el tramo inicial del corredor, se reintegraron sin afectación a las conversaciones y disputas, Como te venía diciendo, Lo que no acepto es el fusilamiento de Piar, fueron alígeros y sincrónicos, nadie se dio cuenta de la correría. El primer reventón resonó en la cocina, su resoplido de volcán aventó las puertas de tela metálica, orquestó una erupción en fugato politonal de cacerolas y platos de peltre, la visión chamuscada del cocinero brotó de los escombros enmarcada por llamas y alaridos. A renglón seguido se escuchó el estruendo recóndito que desintegró el interior de la capilla, Se jodio la Virgen del Carmen, gritó Villegota. Rojita y Victorino vivieron unos cuantos segundos patéticos en la rígida espera del tercer zambombazo, les volvió el alma al cuerpo cuando su arrebato desencuadernó las puertas de la Dirección, hizo caer de espaldas a dos alumnos raquíticos de segundo grado, no dejó utilizable ni una astilla de la silla del tirano. Que la bomba destinada a los dominios del bachiller Arismendi no llegara a estallar, achaquémoslo a las fallas en su elaboración, o a imperfecciones en el acoplamiento de la mecha, ese fue un contratiempo secundario que no alcanzó a marchitar los laureles de la proeza nihilista, ¿verdad Rojita?

A Rojita le dio pánico, y a Victorino también, cuando aún la conjura no había salido de sus preparativos verbales. Fue una verdadera lástima, ahora lo lamenta Victorino bajo la cuchilla y el silencio de la madrugada. Jamás fueron más allá de copiar la fórmula de la dinamita y de mirar enamoradamente hacia las probetas transparentes cuyas curvas azules les coqueteaban desde las vitrinas de la farmacia. Ninguna divinidad adversa podrá impedir, en cambio, la muerte de Victorino bajo la campana, una abolición que lo libere, en primer término, de la comida que en este chiquero sirven bajo la imposición disciplinaria de comérsela, La sopa es obligatoria, Perdomo, tómese la sopa. ¿En qué mercado de escarnios encuentra el cocinero, lo de cocinero es un decir, esos pellejos briznosos, esos frijoles habitados, esas arepas correosas?, piensa. Madre manipula sus sartenes, de pie frente a la cocina de gas, de espalda a los manteles inmaculados donde Victorino se acoda con un cubierto empuñado en cada mano. Madre ha seleccionado para el almuerzo un trozo de cerdo jugoso y gordo, Victorino oye crepitar la deliciosa tocatina, un allegreto de cebollas fritas se despliega en volutas hasta el sensible corazón de uno. Se acerca Madre con la chuleta dorada establecida en el centro de una gran bandeja blanca, custodian su fragancia un escuadrón de papas fritas y una pareja pretoriana de pimentones sanguíneos. En ese instante conmovedor tañen, doblan sobre el duelo de Victorino, los tres campanazos que convocan al simulacro de desayuno. Qué difícil es morirse, piensa.

VICTORINO PÉREZ

Victorino abrió la puerta de un puntapié y se fue hundiendo gradualmente en su desgracia. El primer infortunio, la blusa machucada sobre el asiento de la silla, las faldas barriendo el suelo como bandera en derrota, el primer infortunio fue un vestido rojo de mostacillas que Blanquita no descolgaba desde hacía mucho tiempo, Victorino llegó a pensar que lo había empeñado, lo había vendido, lo había regalado en el vecindario. Su segunda fatalidad fue desviar el rostro demudado hacia la cama.

La cabeza de Blanquita destrenzaba guirnaldas de vaselina y pachulí sobre la almohada, por toda vestimenta la cubría un túnico sumario que concluía bastante más arriba de las rodillas y dejaba entrever la pelambrera del sexo. Al lado de la cabeza de Blanquita se erguían en ángulo agudo unos pies de hombre envainados en calcetines blancos. El sujeto estaba tendido en dirección contraria a la ritual, no le tapaba el cuero otra cosa sino aquellos calcetines de primera comunión y unos calzoncillos jockey pernicortísimos.

Victorino reconoció sobre la marcha a un mestizo a quien apodaban el Maracuchito, no se le sabía oficio, porque ni ladrón era. El Maracuchito malbarataba noches de sábados recostado al mostrador de El Edén, su indolencia goajira dejaba entibiar la cerveza en el vaso, ninguna música lo indujo a la tentación del baile, veía pasar con pinta de chulo avezado y tolerante a las ficheras que cruzaban apremiadas hacia el baño, Crisanto Guánchez aseguraba que era un sapo a sueldo, que suministraba informaciones a la policía, pero jamás pudieron comprobarse esas acusaciones, Crisanto Guánchez no creía en nadie.

El Maracuchito también lo reconoció a él, un maretazo de sangre en las fosas nasales le advirtió bruscamente al Maracuchito el funesto atolladero en que se había metido. Aquel semblante indignado que adquirió cuando alguien tocó perentoriamente la puerta, transformóse en rebrillar de rata acorralada, en esfuerzo por anular un pánico que le sería mortal si llegaba a agarrotarle los pasos. Había vislumbrado la intención de los dedos de Victorino al deslizarse crispados hacia el bolsillo del pantalón, había visto blanquear la cacha de la navaja en la semipenumbra, había escuchado el clic premonitorio de la hoja al abrirse. Intuyó que su única, aventurada, riesgosa, pero única escapatoria estaba en la luz de la puerta, no obstante la mano armada de Victorino que le bloqueaba el camino. Su instinto de conservación, o su lógica indígena que filtraba en goterones, le indicaban que el peligro mayor residía en la permanencia expectante dentro del cuarto, a Victorino le crecería la ferocidad a medida que se prolongara el testimonio del agravio, a Victorino se le endurecería el aplomo a medida que amainara su sorpresa, paralizarse acurrucado en la oscuridad era resignarse a morir degollado como un marrano. El Maracuchito se escabulló de la cama en calzoncillos jockey y calcetines blancos, resbalaba estampillado a la pared, trataba de acortar palmo a palmo los dos metros malsanos que lo separaban de la puerta. Avanzaba con los ojos clavados en el puño negro que apretaba la navaja y, cuando ese puño se adelantó relampagueante, el Maracuchito retrocedió en retorcido repliegue de látigo o de llama, el filo heridor cortó el aire a milímetros de su ombligo. Del intestino le brotó una voz miserable:

¿Me vas a matar por una fichera, mi hermano, por una puta vulgar? dijo un renacuajo baboso y pálido, adherido a la madera rosada de un aguamanil.

Y por haber dicho esa vaina no lo maté, Blanquita, a él no le faltaba razón cuando alegaba que tú no eras sino una fichera, una puta vulgar aunque para mí eres mi mujer, pero ese sentimiento mío no tenía él por qué conocerlo, por haber dicho esa vaina Blanquita, en vez de clavarlo sobre las tablas del aguamanil, le grité: ¡Coje tus

pantalones y vete corriendo, coñoemadre!, y él no se lo hizo repetir dos veces, brincó como gavilán sobre la silla, engarzó los pantalones y la camisa de un manotón, desapareció pata en el suelo, a los zapatos ni adiós les dijo, desapareció por la puerta del cuarto, por las escaleras, por el portón del hotel, no lo paraba nadie hasta los cerros del Guarataro.
Victorino le puso entonces atención a tus quejidos, Blanquita, un chorrito que parecía nacer bajo los ladrillos del piso:
No me vayas a matar mi amor te juro que no hice nada malo te lo juro por mi madre yo sé que no me vas a creer me emborraché anoche en El Edén para acordarme de ti me emborraché completamente tú sabes mi amor que me da mucho miedo dormir sola cuando tengo tragos en la cabeza me parece que me van a salir los muertos entonces le dije al Maracuchito que me trajera a este hotel y él se quedó a dormir conmigo era muy tarde yo con los pies para abajo y él con los pies para arriba yo sé que tú no me vas a creer mi amor no hicimos nada malo te lo juro por mi madre que está muerta no me vayas a matar.
Se equivocaba Blanquita. Victorino nunca había pensado matarla sino dibujarle un par de navajazos que le dejaran en el cuerpo la rúbrica eterna de la jugada que le había hecho mientras él estaba preso. Le rebanaría del primer viaje una tajada del seno que se le asomaba por la sobaquera del túnico, un seno de tembloroso pezón endrino, se fue acercando poquito a poco al revoltillo de sábanas donde ella moqueaba, la epidermis de Blanquita olisqueó el descenso silbante del hierro, se escurrió como anguila hacia la pared, apenas pudo arañarle la teta, un arañazo que le sacó sangre, es verdad, pero tan superficial que ni marca le dejaría.
Así quedó, encallejonada entre la navaja de Victorino y la pared, de espaldas y desguarnecida, lagrimeando todavía palabras inútiles, No he hecho nada malo, No me mates mi amor, y el túnico se le había arremangado por encima de las caderas, y sus nalgas mulatas lo instigaban, dos tinajas desnudas y frescas sus nalgas mulatas, y decidió en justicia cortarle el culo de banda a banda, y esa vez no podía fallar, y no falló, formó una cruz perfecta con la rajadura natural y el rejonazo de la navaja. Blanquita no pudo contener un grito de loca, se arrepintió en seguida de haber gritado, los asuntos de ellos no debían trascender de las cuatro paredes del cuarto, hasta ese momento había jipeado y suplicado en voz baja, el arreglo de cuentas era asunto de ellos dos y de más nadie, ¿Me quieres matar, mi amor?
La cortada de las nalgas no se quedó en rasguño como la otra sino se hundió en un surco largo y profundo de carnicero. Allá adentro palpitaban tejidos de un hermoso color dorado. La sangre escandalosa embanderaba las sábanas y ennegrecía rosetones en el colchón, una gotita de tinajero empezó a picotear sobre los ladrillos. Las manos de Blanquita lograron capturar la muñeca derecha de Victorino, la de la navaja, y se abrazaba a él sacudida por las cinco palabras que repetía como un viejo fonógrafo, No me mates mi amor, No me mates mi amor, No me mates mi amor hasta que Victorino se bebió la sal de tus ojos sin darse cuenta, él nunca ha querido a nadie como te quiere a ti, Blanquita, por quererte tanto perdió la cabeza cuando te halló acostada con otro hombre, y por quererte tanto le duele en el corazón esa herida espantosa que te cala las nalgas, y tu sangre es un trapo que borra todo lo que hiciste, y te besa la boca que todavía sabe a menta y a tabaco, y llora como un pendejo junto contigo.
El italiano escenifica a Sparafucile al pie de la escalera, bajo de ópera rígido entre las bambalinas cochambrosas del corredor, Victorino desciende penosamente los peldaños, el pie lujado no ha dejado de dolerle, la mujer herida baja apoyada en sus hombros.
Per la Madonna! Che hai fatto?
El perfil del italiano se ha vuelto mascarón de proa, madero absorto ante la huella roja

que los talones de Blanquita empozan en su recorrido.
Carogna, che non sei altro!
Victorino la encamina con esmerada dulzura hacia el zaguán, la deja recostada al marco del portón como un objeto, dos transeúntes la observan al pasar sin discernir si es mujer baldada o maniquí mortuorio, los gestos desmesurados de Victorino detienen un taxi.
¡Llévatela al puesto de socorro que tiene una hemorragia, maestro!
El chofer le conoció en los ojos que no era una simple hemorragia sino una puñalada, por las dudas lo ayudó a tenderla en los asientos traseros, Blanquita estaba tan pálida que ni hablar podía, ni para quejarse tenía aliento, ni para la despedida sacó ánimos, Victorino le entregó al chofer la moneda que le había prestado el motociclista y le repitió apremiante:
¡Llévala al puesto de socorro rápido, maestro!
El hombre le disparó una mirada rencorosa antes de arrancar, se leía en el aire lo que estaba pensando. Amanecí salado, esa mujer me va a manchar de sangre los asientos, ya me los manchó, si la policía se entera, se va a enterar, me voy a ver metido en un lío de interrogatorios y citaciones, pero arrancó de todas m.meras, el carro dobló la esquina con Blanquita adentro, Victorino se quedó sembrado en medio de la calle, se le olvidó que la sangre le empapaba los pantalones, se sentía abandonado como un caballo muerto, Blanquita, te quiero mucho, ¿qué necesidad tenías de echarme esta vaina?
¿Te acuerdas de don Santiago? dice sorpresivamente Victorino por decir algo, pretende liquidar un silencio que ha adquirido peso y dureza de mineral, quisiera arrojar un puñado de ceniza sobre la luz envenenada que burbujea en la mirada de Crisanto Guánchez. Salmodian los gallos sus primeros cantos en la ventana abierta que da al barranco.
¿Te acuerdas de don Santiago?
Crisanto Guánchez se acuerda con nitidez de don Santiago pero no responde, como no respondería a ninguna otra pregunta. Don Santiago era un gallego afable y servicial, aguantador discreto como no hay otro, que ellos frecuentaban al iniciarse en las raterías. Victorino consintió en robar pequeñas cosas, no por vocación precisamente, ni porque le interesase su pertenencia, sino como un modo de hacerse digno de la estima de su nuevo amigo Crisanto Guánchez, garafaldo pirao de la isla de Tacarigua. Por ejemplo, el azar estacionaba una bicicleta colorada al costado de una calle medio desierta, ¿dónde diablos se habrá metido el propietario legítimo?, era sencillo echarle la pierna encima y alejarse cemento abajo con la mayor naturalidad. Al taller de don Santiago se entraba por un húmedo zaguán destechado, ruedas oxidadas y tuberías inconexas se recostaban a las paredes musgosas, había que atravesar dos puertas y zigzaguear un laberinto de metales ociosos antes de llegar a la pajarera donde don Santiago trabajaba con gallega tenacidad, sus alicates y martillos no conocían de domingos ni de días feriados, enaltecido por sus proceros bigotes blancos y por sus anteojos trepados a la frente, ¿quién se atrevía a sospechar que no se hallaba ante el más honorable de los ancianos? Uno comparecía a su presencia con la bicicleta en la mano, fingiendo los afanes de quien solicita la reparación de una pieza maltrecha, don Santiago justipreciaba la pata de goma al primer vistazo, ¡Te doy veinte bolívares por ella!, uno discutía que se trataba de una Raleigh casi nueva, don Santiago mejoraba la oferta si estaba de buen humor, uno salía por el zaguán sin bicicleta y silbando un porro barranquillero, Se va el caimán. De limarle las señales distintivas, de pintarla de un color menos escandaloso, de desfigurarla y revenderla quién sabe por cuánto, de tales pormenores se encargaría don Santiago, para eso cultivaba influyentes relaciones y disfrutaba del respeto público.
¿Te acuerdas de la americana de Bellomonte? Victorino recurre a una evocación que en toda otra ocurrencia, incluso cuando mal durmieron una semana presos en el retén

Planchart, ha tenido la virtud de hacer sonreír a Crisanto Guánchez. Esta vez no sonríe sino permanece mirando el techo con tozudez de cadáver. Un murciélago desprovisto de su noche embiste contra las paredes recién clareadas.
Para la época de lo sucedido con la americana de Bellomonte ya no eran unos indios despojadores de bicicletas, no señor, para esa época no muy remota se habían especializado en el arrebatamiento de carteras femeninas. Justamente don Santiago les dispensó la confianza de fiarles una motocicleta legal, pagadera en futuras mercancías ilegales. Victorino conducía la moto en pos de la mujer y su cartera, Crisanto Guánchez iba encaramado a la parrilla trasera del vehículo, se apareaban a la perseguida en un tramo de poco tránsito, era más bien zarpazo de jaguar el manotón que dejaba a la mujer sin cartera, Crisanto Guánchez y el botín corrían a reencontrar la moto de Victorino diez metros más allá, Victorino aceleraba la marcha, una ruidosa humareda encapotaba los gritos de la víctima, daba risa el estupor de los escasos testigos.
La americana salió de un banco de Bellomonte con ese aire de supremacía que desparraman las mujeres solteras cuando han cobrado un cheque substancioso. Era una manzanota rubia y marcial, entrevista en las pantallas de televisión al frente de los bomberos neoyorquinos o del carnaval de Nueva Orleans. Victorino disfrutaba del seguimiento, porque la americana se gastaba unas nalgas merecedoras del Premio Nobel y de la legión de honor. Acontecimiento inusitado fue que el lamparazo de Crisanto Guánchez no lograra desprenderle la cartera o el brazo, la americana era campeona de tenis o de algo más hombruno, Crisanto Guánchez se vio precisado a colgarse del objetivo y arrearle a la aguerrida dama una patada de tal tonelaje que la obligó a soltar simultáneamente cartera y llanto, quedó gritando en correcto inglés, Pólice!, Pólice!, como si estuviera en Picadilly Circus. Y si regocijada fue la escena del atraco, aún más risueño fue el desenlace: abrir el cuero en una curva del ferrocarril de Palo Grande, enfrentarse al soplo perfumado de una suma jamás soñada, en papiros de quinientos bolívares rozagantes y recién firmados, qué mantequilla. Compraron trajes elegantes de casimir inglés, se codearon con militares y abogados en los cabarets, Victorino vio a Blanquita por primera vez en El Edén, más vale que no, Crisanto Guánchez se enamoró de una catira cucuteña que le contagió apasionadamente su blenorragia.
Este otro Crisanto Guánchez, derrumbado sobre excrementos secos y grietas tentaculares, aplastado por la soledad flotante de una casa vacía, fijos los ojos en las vigas del techo, no desea acordarse de nada. Una parábola de sangre le baja desde los labios abotagados hasta la nuca, una diagonal a cuchillo le rotura el pecho desnudo. Esta casa perdida entre las peñas de un barranco no la alquila nadie, ni siquiera las parejas fornicadoras se atreven a improvisar tálamo aquí por temor a las culebras, tan sólo la habitan las alimañas y la visitan los hampones en conciliábulo.
La noche que concluye para ellos en la media luz de este amanecer afrentoso, comenzó como fecha solemne de su primer robo formal, su primer atraco a mano armada, su graduación como ladrones de oficio. Tras la fama ganada por sus habilidades en el arrebato de carteras, fue consecuencia lógica que ayer en la mañana se les acercara Caifas, caminaban sin rumbo cierto por entre los cajones de Quinta Crespo, se acercara Caifas y les dijera: "Necesito dos choritos empingados para una movida, ¿le echan bolas?".
Le echaron bolas. Pero el atraco en sí, que tanto los emocionó en el curso de sus preparativos por tratarse de su primera experiencia en compañía de choros veteranos, ya ni valía la pena mencionarlo. En la mente de Victorino quedará archivado ese atraco como la vaga reminiscencia de un western vulgar: gran plano general en picada de una calle de Santa Mónica, plano medio de una casa de abastos, un hombre de bigotes pluviales se empina en actitud de correr la cortina metálica, primer plano de Caifas

entrando en campo, Caifas punza con la trompa de su fuca la barriga del bodeguero, plano medio, Crisanto Guánchez y Victorino vacían en un dos por tres el dinero de la caja registradora, zoomin lento sobre los tres asaltantes que le dan mil coñazos al bodeguero, Caifas lo magulla con la cacha del revólver, cióse up del bodeguero cuando comienza a hablar, exterior, auto estacionado en la esquina más próxima, plano general, música de tensión, cióse up del Cubano al volante, cámara dentro del carro, a través del parabrisas se ve la calle en foco, la cámara regresa al interior de la casa de abastos, plano medio de un rincón de la estantería con cajetas y frascos, entran en campo los tres asaltantes, dentro de las cajetas encuentran los billetones, contracampo, en primer plano los asaltantes con el botín, salen a la calle, el bodeguero queda tendido en el suelo, la sangre que le mana de la cara va oscureciendo la blancura de un saco de harina, exterior, primer plano del Cubano visto a través del parabrisas, el Cubano tira el cigarrillo y enciende violentamente la máquina, durante todo el plano se oye el ruido del motor, plano medio de los tres asaltantes corriendo al encuentro del auto, primer plano de ellos al abrir las portezuelas y entrar, panorámica con movimiento del auto, el auto cruza a la izquierda en la tercera bocacalle, comienza un dollyback lento, gran plano general de la calle desde la misma posición en que comenzó la secuencia, música triunfal. La secuencia se enturbia emborronada por la sangre que a él también le corre, rayada por el dolor de la clavícula maltrecha, por las quemaduras y contusiones que le jaspean el pellejo. En cuanto a Crisanto Guánchez, ése no desea recordar absolutamente nada.

La pesadilla comenzó, la asquerosa cabronada comenzó al traspasar el umbral de esta casa abandonada entre los riscos de un barranco. Hasta el polvo de estos aposentos descendieron ellos dos, a la zaga de Caifas y el Cubano, tras haberse liberado de la máquina en una arboleda solitaria. Venían a repartir el botín, una ceremonia inviolable. De repente brotaron de la sombra dos hombres más, esas caras nunca las había visto antes Crisanto Guánchez, esos nombres jamás los había escuchado antes Victorino, no habían participado en la movida pero aportaban para festejarla tres botellas de ron y un paquete de seconal sódico, exhibían exaltados las pastillas rojas a la luz de una linterna que el más corpulento, cocotero de alto, chimpancé de ancho, zarandeaba en cadencia de minería.

Victorino y Crisanto Guánchez aceptaron un violento trago de ron para no dejarse ver los pañales, pero rechazaron las pepas de seconal a riesgo de desmerecer ante sus curtidos compañeros. Después se sentaron en un ángulo del cuarto, ya vendría a su tiempo la distribución equitativa de los billetes, ¿Qué hora será, Victorino?, él calculaba la una y media de la madrugada. Caifas, el Cubano y los dos extraños bebían a pico de botella en el extremo opuesto, referían en embrollo historietas soeces, comenzaban por el desenlace y después no hallaban qué agregar, ponderaban con carcajadas idiotas sus eructos y sus pedos. Inesperadamente se callaron. En mitad del bronco silencio uno de los dos intrusos, el que los otros llamaban Perro Loco, dijo:

¡Hagamos uso de los dos nonatos!

Victorino y Crisanto Guánchez tomaron aquellas palabras como una chanza bestial de borrachos, les parpadeó un segundo la esperanza de que no fueran sino eso, ellos no eran dos nonatos, dos chamos nada más sino también dos socios que habían arriesgado la libertad y la figura en un negocio de hombres, como hombres estaban ahí agachados en calmosa espera de su legítima participación en las utilidades.

Pero a la proposición de Perro Loco respondieron los gruñidos aprobatorios de los otros, Perro Loco era un degenerado cuya expresión se hacía más malignamente mongólica bajo los ramalazos del seconal, ya Caifas venía hacia ellos irracional:

¡A quitarse la ropa, muchachos, que hay jaleo!

Victorino y Crisanto Guánchez, impelidos por el peligro, se lanzaron en escurrimiento

gatuno hacia la puerta, encontraron al gigante de la linterna parado al centro de ella, a rodillazos y empujones les taponó la fuga, lo llaman Buey Pelúo. Victorino intentó echarse al bolsillo su destreza para sacar la navaja, una sola manaza de Caifas le esposó ambas muñecas. El Cubano y Perro Loco se llevaron a rastras a Crisanto Guánchez, de nada le valían sus retorcimientos y sus maldiciones, Suéltenme cabrones, Victorino quedó solo y gusano frente a Caifas y Buey Pelúo.

¡Primero van a tener que matarme! los dos hombres ciegos de ron y seconal no vieron que Victorino estaba gritando una enfurecida verdad, le arrancaron la ropa a pedazos, lo arrinconaron desnudo contra las tinieblas, a sus tentativas desesperadas de morder o zafarse respondían con puñetazos que resonaban sobre las costillas de Victorino como paletadas de tierra. Caifas decía gangosamente:

Vamos, negrito, hazlo por las buenas que de todos modos lo vas a hacer.

Buey Pelúo le torcía el brazo izquierdo en V sobre la espalda, se lo doblaba hacia arriba en pequeños empujones intermitentes, así le escalonaba un sufrimiento agudo y desgarrante.

¡Ay, mi madre, me están partiendo el brazo, grandes carajos!

Hazlo por las buenas, negrito contestaba Caifas.

La lucha duró unos cuantos minutos, ¿quién sabe cuántos?, los dos gigantones borrachos le astillaron el tabique de la nariz, le fracturaron la clavícula, Caifas le quemó la piel de los testículos con un tabaco prendido, Caifas le desgarró el nacimiento de las nalgas con sus uñas enconosas, Victorino comprendió amargamente que lo iban a matar, sintió afluir a la garganta un buche de desamparo y asfixia que no podía ser otra cosa sino la muerte.

¡Vengan para acá! se oyó un pujido inesperado del Cubano en el cuarto vecino.

Solamente en ese instante lo soltaron medio desmayado, quedó con los labios verdosos sumidos en el polvo, mascullando venganzas y mentadas de madre, Me hubieran tenido que matar cabrones, luego se perdió en una neblinosa inconsciencia, le llegaban a ratos lejanas risotadas procaces de Caifas, el dolor de la clavícula no le permite desmayarse de un todo, la casa abandonada recupera su muerte y su misterio.

Se fueron con el botín, treparon la madrugada con sus mugientes curdas a cuestas, dejaron olvidada la lámpara entre botellas vacías, por esa luz soñolienta se guía Victorino, Crisanto Guánchez yace extendido sobre un charco de sombras, malherido y sangrante como él. La blasfemia de Crisanto Guánchez impreca a las alturas, no logró soportar tantos tormentos, tanto dolor que no acababa nunca, casi lo estrangularon.

Crisanto Guánchez, vejado y escupido no recuerda más, no presta atención a los subterfugios compasivos de Victorino, casi lo estrangularon, le torcieron las bolas, no pudo más, ahora no desvía del techo una contemplación inexpresiva de cadáver.

VICTORINO PERALTA

Victorino ha traído el Maserati para que lo bauticen los ojos de Malvina, a Malvina se le han humedecido las palmas de las manos igual que si él hubiera venido en burro o en trineo, lo importante es que haya venido, ella lo ha esperado desde el desayuno vestida de blanco, ha simulado regar los capachos del jardín. Malvina es alta, casi tan alta como Victorino, cultiva violetas en las ojeras, de esas que ya no se estilan, mira pensativamente. Está enamorada de Victorino desde la primera vez que trepó a la parrilla de su motocicleta, el algodón de su franela le alborotó los senos recién nacidos, para ese entonces ella chupaba caramelos de menta y leía con ardiente credulidad las tiras cómicas, Victorino podría ser Superman, o Mandrake, o Popeye, lo que él quisiera.
A medida que crecieron los dos, a Malvina se le ahondó el sentimiento y se le oscurecieron las ojeras, sobre su conciencia pesan dos años de besos culposos y de caricias prohibidas, Victorino se empeña en ir más lejos, hasta el límite nada menos, se lo ha suplicado muchas veces, ha intentado hacerlo sin suplicárselo, pero ella lo conoce muy bien, le adivina los reflejos del alma, desde el cumplimiento de la posesión no la querrá igual, no por prejuicios sino porque no la querrá igual como no quiere igual a las cosas cuando ya le pertenecen, ella está segura, por eso se debate suspirando fiebre entre sus brazos, Malvina se muere por abrirse como una almeja bajo las rodillas insistentes de Victorino, No seas mala mi amor, él la besa como besaba el rey Salomón, le pide la dulzura que ella quisiera darle, no puede darle. El resto de la vida de Malvina no vale la pena, un bachillerato en colegio de monjas francesas (Je vous salue, Marie, pleine de gráce, Le Seigneur est avec vous, etcétera), un piano amaricado por los valses románticos menores, dos amigos cuarentones de la familia que pretenden casarse con ella, la lectura intoxicante de novelas rosas antes de dormirse, su madre no le permite leer novelas con espinas, hoy es el cumpleaños de Victorino y esta es la hora en que no ha venido a verla, lo único trascendental bajo las nubes es el forcejeo pecador entre los brazos de Victorino, los no y no y no trémulos que le espesan el aliento y le siembran de violetas las ojeras.

Victorino deja el Maserati en la avenida y se acerca a Malvina que lo añora enmarcada por margaritas y heléchos, nimbada por el perfume mundano de los malabares, competida por la aristocracia puntillosa de las orquídeas. Entran en la casa, ya Malvina deshojó asombros y lisonjas ante las formas rutilantes del automóvil, Es algo de ensueño, atraviesan un frágil sendero de capodimontes y limones, el arroyo cardenalicio de las alfombras los conduce hasta la biblioteca.

No me invitaron a la fiesta de los Londoño dice él, se detiene ante la puerta, le cede el paso. Entonces yo tampoco iré, dice ella, la respuesta que él había previsto.

La biblioteca es la viscera más sosegada de la casa, vagabundea en su ámbito un efluvio de pergaminos y gamuzas, de Harún Al Raschid y Víctor Hugo, la ventana azulenca domestica el claror del patio, es imprescindible encender las luces si se quiere diferenciar las doradas letras mortecinas, si se pretende descifrar los lomos herrados de los libros. Victorino y Malvina no encienden las luces.

Un único cuadro cuelga en la penumbra del salón, ejerce su patrimonio acuartelado entre el brocado de la cortina y la caoba de los estantes, es un retrato del doctor Jacinto Peralta Heredia, abogado de nacimiento, ex senador de la República, directivo y accionista de compañías anónimas, propietario y señor de esta casa, padre de Malvina, tío de Victorino. Su luminaria jamás se apaga dentro de la estancia, el sol cernido que trasciende del patio se empoza casi íntegro en sus rasgos preclaros, al atardecer las criadas encienden un hilillo de neón que le contagia su resplandor enfermizo, no le permiten quedarse a solas ni un segundo con sus terciopelos interiores. Los conceptos

jurídicos fluyen en espirales de la despejada frente, los cupones bancarios pregonan su liquidez en el oriente de la gruesa perla que le manumisa la corbata negra. Es un óleo académico pero expresivo, obra de un pintor español debidamente afamado, retratista de Alfonso XIII y de la Bella Otero, don Jacinto Eulogio no arriesga su fisonomía a las pinceladas anarcoides de los artistas nativos.
"Todo triunfo es fruto de un largo y mantenido esfuerzo" (es el retrato quien dispara los aforismos), el corpóreo don Jacinto Eulogio, acaparado por el trino de los teléfonos, el ronroneo de las juntas directivas, el correteo de los cocteles a los matrimonios, a los divorcios, a los entierros de sus innumerables amigos, el don Jacinto Eulogio de carne y hueso carece del reposo requerido para un apacible filosofar. "Un voluntarioso y concienzudo esfuerzo es mi biografía, he levantado este hogar con una sola pero virtuosa hija, no dilapido la indilapidable fortuna heredada de nuestro padre, esto lo digo por mi hermano Argimiro, ni la desaprovecho en lirismos visionarios como Anastasio, mi otro hermano, el menor, Anastasio le ha dado por improvisar industrias en un país irreparablemente prestamista. Mis depósitos personales el retrato de don Jacinto Eulogio deplora in pectore que el pintor no lo proveyera de una sonrisa boyante de reserva en el British American Bank, ¡después de lo de Cuba uno no sabe lo que puede ocurrírsele a esta negrada novelera que nos circunda!, bueno, mis depósitos personales montan a 840.807,83 dólares colocados al 8 y 5/8 por ciento anual, el informe lo recibí hace una semana, aún recuerdo las cifras con lujo de decimales, tengo una memoria justiniánica".
Victorino y Malvina encauzan sus anhelantes hormonas, costeando sillones de cuero y enciclopedias abrumadoras, hacia el trasfondo de la biblioteca donde una muralla de textos jurídicos erige su gnosis amparadora. ¡Va a comenzar el juego, damas y caballeros! Malvina frontal y codiciosa se ha arrinconado voluntariamente, de espaldas a los anaqueles romanistas, sólo los heliotropos de su aliento la separan del equipo contendor, el balón está situado en el centro del campo, el arbitro escruta su cronómetro y pita, el centro delantero entra en acción.
"El resto lo tengo colocado en acciones inconmovibles e hipotecas precavidas. Y es justicia añadir sigue perorando el retrato ciceroniano de don Jacinto Eulogio que la médula esencial, digamos el sésamo ábrete de mis éxitos, ha sido mi habilidad para captar en sus fibras más íntimas la psicología de este país, mejor dicho, la psicología de la gente que manda en este país, a saber: los generales de uniforme, los políticos pragmáticos y las compañías (también mandaban los latifundistas in illo tempore, hogaño han devenido vejetes de buena familia, momias antisépticas, mendicantes de subsidios, ¿a quién se le ocurre conspirar con un hacendado de cacao pudiendo hacerlo con el gerente de la Standard Oil?) petroleras. Psicología del general de uniforme: la aspiración institucional del general de uniforme es infundirnos miedo, ergo, hay que tenérselo. Psicología del político pragmático: al político pragmático es preciso demostrarle que uno es capaz de jugar tantas cartas al mismo tiempo como las que él juega, o sea, las cuarenta del paquete. Psicología de las compañías petroleras: ninguna, no tienen psicología sino lógica, adaptémonos a su lógica".
Victorino y Malvina se han emulsionado en un beso que las trompetas del apocalipsis no lograrán destrenzar. Ella siente reptar la lengua de él bajo la suya como una pequeña serpiente deliciosa y cálida, otea el deslizamiento de una mano corsaria en abordaje de sus senos, desgonza su primer no desmayado y condescendiente. La otra mano de Victorino le ha aprisionado dulcemente las nalgas, punto de apoyo para impulsar el vientre de ella hacia su raíz de hombre, Victorino interrumpe a medias el beso para humedecerle sobre los labios una procesión de posesivos contradictorios: mi reina, mi perrita, mi albaricoque, mi anafe caliente, mis pelitos queridos, mi diabla suelta, mi

santa, mi amor.
"Además la efigie de don Jacinto Eulogio se prodiga parlanchina y sociológica en este lúcido mediodía de noviembre que le telegrafía mensajes de optimismo a través del velado cristal de la ventana uno de los basamentos capitales de mi solidez ciudadana, de mi peso específico nacional, es un hecho concreto aparentemente abstencionista: nunca me he propuesto ser ministro, nunca he sido ministro, nunca seré ministro. ¡Cuántos porvenires espléndidos se han frustrado en Venezuela, precipitados por esa manía tontivana de repantingarse en un Cadillac negro con matrícula de números dígitos! Un hombre público que se estime no tiene derecho a comprometer con ningún gobierno su reputación hasta el extremo de aceptarle a ese gobierno una cartera ejecutiva. Pensad, amigos míos, en las responsabilidades, complicidades solidarias que las funciones ministeriales acarrean. La conciencia del ministro de Comunicaciones carga con un porcentaje de los cadáveres que aporta al régimen el ministro del Interior; el buen nombre del ministro de Justicia es subsidiario de los cráteres que inhabilitan el sistema carretero del país; sobre los hombros del ministro de Sanidad gravita una cuota considerable de los contrabandos que ingresan a través de las aduanas celestinas. Y si el día menos pensado cae el gobierno, lo derroca un cuartelazo como suele suceder, a la media hora bajan las turbas de los cerros, ansiosas de saquear la biblioteca del ministro de Relaciones Exteriores y de orinarse en sus Utrillos y en sus porcelanas chinas. Amigo del gobierno siempre, ministro jamás. Tal sería el emblema que orillaría los flancos de mi escudo, si en nuestro país se acostumbraran esas güevonadas heráldicas".
Las caderas de Malvina se adaptan al ritmo de Victorino, la cadencia los lleva por encrespados mares de agua miel, ella le clava las uñas dementes en la espalda, arrulla como paloma versos que no ha pensado, sacude sus pétalos mojados contra los huesos combatientes de Victorino, él se quema en, dame tu boca amor que la he perdido, muere conmigo amor que ya estoy ciego.
Ahora se enfrenta al trance irrespetuoso de pasarle por delante, con los pantalones evidentemente empegostados, al retrato de su tío Jacinto Eulogio, ¡adelante Victorino!, él estará sumido en los tremedales del Derecho Canónico, o se hará el desentendido, si Dios quiere.
ni cuando invitaron a pasear en sus pintorreados automóviles a tres maricones callejeros, la más loca del trío solfeó en aceptación arrumacos inadmisibles, "gracias, colegas de la jailaif, hermanas nuestras!", los tres maricones se pavoneaban bajo las arcadas desprestigiadas del Centro Simón Bolívar, era medianoche, los acarrearon hasta el hoyo 18 del club Valle Arriba, allí los dejaron en cueros a merced de una llovizna banderillera de frío y humillaciones, cruzados a correazos los culitos contranaturales, embadurnadas de pintura negra las barriguitas rastreras;
ni cuando despeñaron a empujones desde el repecho de la avenida hasta las profundidades de la piscina (al día siguiente hubo necesidad de utilizar una grúa portuaria para restituirlo a la superficie) el Rolls Royce majestuoso del doctor Echenagucia, sanción merecida a la nociva pedantería del millonario, los llamaba vandálicos adolescentes inadaptados, en sus intermedios de brid
ge, los llamaba bandas delictivas de la clase alta y otras bolserías por el estilo;
ni cuando trasegaron el contenido de doce latas de asbestina roja al tanque corporativo que suministra agua al Country, los tubos de todas las quintas comenzaron a desembuchar un líquido sanguinolento, ellos mismos se encargaron de propalar que el agua había sido envenenada rencorosamente por los extremistas, y nadie se atrevió a bebería, ni a bañarse, ni a usar el bidet durante varios días;
ni cuando irrumpieron a lo pirata en un banquete solemne de la aristocracia judía, los rabinos llegaban de la sinagoga, llegaban enlevitados y quejumbrosos a presidir una de

sus comilonas ancestrales, ellos salieron disparados hacia la calle con la punta del mantel entre las manos, rodaron por tierra las ánforas samaritanas, el pan ácimo, el huevo quemado, la raíz amarga, el cuello de pollo, las tortas de nueces, todo rodó por tierra junto con las amenazas más perversas de Ezequiel y Jeremías;
ni cuando brindaron hospitalidad prometedora en sus vehículos a dos laboriosas caminadoras de la Avenida Casanova, una rubia falsa y la otra ecuatoriana, las llevaron bajo quimeras de pie nic nocturno por una carretera rudimentaria que trepa los contrafuertes del Avila, las obligaron a sumergirse en el más intrincado de los matorrales, alimentaron una pira lustral con sus enaguas profesionales y sus zapatillas infatigables, las abandonaron desnudas y descalzas en aquel espinero, a manera de despedida las previnieron humanitariamente: ¡Tengan cuidado con las culebras que son mapanares!;
ni cuando oficiaron una bacanal babilónica en la mansión benemérita de la familia Bejarano, padre madre hijos andaban por Grecia en champú cultural, la casa quedó custodiada por un mayordomo portugués nacido en el siglo de las luces de carburo, ellos le atornillaron un candado exterior a la puerta del cuarto donde el octogenario adormilaba sus saudades, liberaron el champagne de las tinieblas de la cava, Mona Lisa con sus dos amigas (tan escolopendras como ella) desenfrenaron un strip tease con acompañamiento estereofónico y bachiano de La Pasión según San Mateo, al amanecer se cagaron coreográficamente en las alfombras persas;
ni cuando ocuparon posiciones estratégicas en el balcón del Cine Altamira, Frank Sinatra cantaba Strangers in the night o cualquiera de sus plagios, Ramuncho lo interrumpió con un eructo de hipopótamo, a esa señal Ezequiel y el Pibe Londoño derramaron gallinas cluecas y líquidos pestíferos sobre las cabezas de los espectadores de patio, la garganta alucinante de Ramuncho gritó ¡Terremoto!, ¡Corran, terremoto!, Victorino abrió la manguera de incendios para irrigar duchas terapéuticas sobre las histéricas fugitivas;
ni cuando se llevaron hasta un lugar cualquiera de El Junquito a dos imprudentes alumnas del Colegio Americano, las obligaron a beber una mezcla de ron con tequila capaz de emborrachar a un coronel trujillano, después les hicieron de todo a las catiritas beodas, menos lo principal para evitarse complicaciones;
ni cuando Dalila Montecatini, tras haber sido confidente de la patota y novia de William, convirtióse de buenas a primeras al puritanismo, Dalila Montecatini iba de casa en casa hablando horrores de ellos, No los inviten a esa fiesta, Son unos malandros, entonces ellos la desgajaron a codazos de su Volkswagen en una tarde vindicatoria, la arrastraron según las normas de la TV a una casa desalquilada, la amenazaron con acribillarle los senos, el bestia de Ramuncho esgrimía torquemádico ante sus narices unas tijeras de jardinería, ¡Pídenos perdón de rodillas!, ¡Bésanos los zapatos uno por uno!, ¡También los de William aunque no se hablen!, Dalila Montecatini se postró mahometana para defender la integridad de sus teticas;
en ninguna de esas jodas históricas se ha divertido tanto el alma deportiva de Ezequiel Ustáriz, estudia tercer año de Derecho en la Católica pero tiene un alma deportiva, como en este auto cross competido encarnizadamente en los peladeros de más allá de Prados del Este.
Te regodeas en evocar otra vez la epopeya y añades nuevos detalles que los inventas, Ezequiel, o quizás los olvidaste en la versión anterior.
Victorino y William dice Ezequiel levantaron en La Castellana un Mustang color crema, recién salido del cajón que lo trajo de Pittsburgh o de Chicago, los números del cuentakilómetros no llegaban a 100, el cuero de los asientos olía a zapato sin estrenar, No es una máquina sino un arcángel mecánico, Ezequiel. Únicamente los americanos

dominan la ciencia de insuflar a los metales esa elegancia aerodinámica, esa ordenación de Paolo Uccello. ¿Quién sería su dueña, Ezequiel? Supongamos: una dama despreciativa que hace pupú en francés, esconde los dedos en perfumados guantes negros, despilfarra las tardes en aspaventeras visitas de pésame, En Caracas ya no se puede vivir con este desorden, opina.
Nosotros por nuestra cuenta dice Ezequiel, el Pibe Londoño y yo le echamos bolas a un Mercedes Benz, no tan nuevecito como el Mustang, pero también casi virgo, modelo de este año, equipado a todo meter, aire acondicionado, radio Telefunken, tocadiscos Philips, salta a la vista que su dueño es esclavo de la buena música, Ezequiel, dispone de medios económicos para escuchar el Andante de Júpiter a 80 kilómetros por hora. ¿Quién sería el dueño, Ezequiel? Supongamos: un médico que cobra ocho mil bolívares por cada operación de apendicitis, luego consuela cínicamente a la paciente que gimotea a orillas de la anestesia, No se preocupe, señora, esto es algo tan sencillo como sacar una muela, ocho mil bolívares, está podrido de plata.
Cogimos la carretera que tuerce hacia Prados del Este, usted sabe, después de la plazoleta dice Ezequiel. Victorino iba adelante fajado con el Mustang, yo le iba atrás con el Mercedes, a la cola echaba el bofe la camioneta de panadería full de jueces y testigos, no quería perdernos de vista la camioneta de panadería.
¿Qué panadero loco, Ezequiel, qué amasador de aberraciones se atrevió a prestarle su vehículo de reparto a Ramuncho?, porque era Ramuncho en persona quien lo conducía.
Como era más de medianoche dice Ezequiel el tráfico no fue problema, en el cerro se nos acabó el macadam, caímos en un camino en construcción, los obreros dejaron dos linternas prendidas, cojonudas para punto de largada de nuestra prueba de velocidad, en el primer round nos dieron una paliza, salimos con el rabo entre las piernas, no lo niego.
No es posible derrotarlo, Ezequiel. Victorino era un desencadenado demiurgo de polvo y estridencias, las ruedas del Mustang se desplazaban a brincos de venado por entre terronales y desniveles, el Mercedes Benz se rezagaba plúmbeo y señorial, la carrera concluyó en seco frente a la mole difusa donde el camino se volvió cerro, Victorino acató en última instancia el clarín avizor de William, ¡Frena que nos matamos!, pero ya te había vencido, Ezequiel.
Entonces dice Ezequiel, habló con un énfasis hipócrita de la adversa confrontación preliminar, ahora se engalla sinceramentenos abrimos al terraplén para saber quién era quién en la pega decisiva, nos pusimos.
La sabana es un circo atestado por la impalpable muchedumbre de la noche, la sabana los llama, Ezequiel. Están listos para iniciar el juego bizarro que calibra el aguante real de las hermosas carrocerías, de los capós y guardafangos, de los perendengues que encubren el alma grasienta de las máquinas. La fe del Pibe Londoño te apuntala desde el asiento vecino, Ezequiel; asegura el Pibe que, si bien es cierto que los jerarcas alemanes asesinaron a millones de hombres en los campos de concentración (ancianos, mujeres y niños con nietzcheana preferencia, Ezequiel), no por ese motivo han dejado de ser expertísimos fabricantes de automóviles. Tú compartes su confianza en el milagro industrial alemán, Ezequiel, pero no olvidas que el antagonista del Mercedes Benz no es esta noche otro artefacto Equis sino Victorino al comando de ese artefacto. La audacia, la seguridad en uno mismo, equivalen a las tres cuartas partes de la pelea ganadas, desde el rey David hasta Fidel Castro, y esos son los ingredientes de Victorino, Ezequiel.
Nos pusimos frente a frente dice Ezequiel a veinte metros de distancia, el cornetazo de la camioneta de panadería daría la señal, Ramuncho la dio y.
Se embisten a mediana velocidad, tú esquivas el topetazo inminente, Ezequiel, lo esquivas a escasas pulgadas del navio burriciego que viene en sentido contrario, hiciste bien, Victorino nunca pensó apartarse, tan rasante es el cruce que el garfio derecho del

parachoque deí Mercedes se lleva en claro el guardafango trasero del Mustang, un clan clan pordiosero se arrastra por la sabana, le diste duro, Ezequiel.
Comprendí la importancia de un segundo carajazo dice Ezequiel y me devolví en semicírculo cerrado.
Las ruedas del Mercedes chirrían exasperadas sobre el tierral, bravo, Ezequiel, tu viraje violento sorprende a Victorino a mitad de la extendida elipsis que había planeado, la poderosa quilla del Mercedes se estrella contra el capó del radiador del Mustang, lo retuerce en pliegues de acordeón humeante y quejumbroso, lo jodiste, Ezequiel.
Con eso sobraba para dejarlo fuera de combate dice Ezequiel pero se trataba de Victorino, un rodillazo del Pibe Londoño me informó que el Mustang venía persiguiéndonos, ¿sería el fantasma del Mustang, verdad?
En efecto, Ezequiel, a tu espalda se oye el bufido jadeante del motor aporreado, se oyen los alaridos anglosajones de William, cualquiera pensaría que es Rudyard Kipling en acoso de indígenas. Tú intentas vanamente alejarte del envión, Ezequiel, rechinan desfondadas las costillas del Mercedes, el Pibe Londoño se va riesgosamente contra los cristales, por poco se parte la frente, un olor pertinaz a gasolina vertida serpentea entre las sombras. Pero aquella arremetida, Ezequiel, es tan sólo el último aliento de pelea que se saca Victorino, no de la máquina vencida sino de sus propios. Tú logras desprenderte del amasijo en un nuevo desgarramiento de cables y tornillos, las linternas de la camioneta de Ramuncho enfocan en la lejanía un guiñapo cremoso, un derrumbado gallo de riña, un agónico manantial de agua hirviente de cuyas entrañas emerge Victorino maldiciendo a George Washington personaje totalmente ajeno a aquellos sucesos y en seguida sale William por la misma portezuela, la otra es una lámina ciega y tumefacta que no volverá a abrirse jamás.
Pretendimos celebrar la victoria con una vuelta triunfal del Mercedes por los bordes del terraplén dice Ezequiel pero también el Mercedes se había vuelto mierda, a los veinte metros se quedó parado, se quedó parado, imponente pero inservible como la estatua de un general, Ezequiel. Los pasajeros de la camioneta, con Ramuncho a la cabeza, acuden a la ceremonia ritual de repartirse los despojos. Tú, el victorioso, te has reservado la radio resonante del Mercedes, el Pibe Londoño carga con dos neumáticos banda blanca, se los merece, Ramuncho hurga las entrañas del Mustang en cirugía de órganos susceptibles de transplante, los testigos hacen su agosto, a excepción de un catire exterminador, éste se concentra a descuartizar los cueros ostentosos de los asientos con una navaja barbera que se saca del bolsillo del pantalón, libera cerdas y resortes sin propósito utilitario, por joder no más. ¿Qué se hizo Victorino, Ezequiel?
Victorino dice Ezequiel y no disimula su satisfacción se fue por entre el polvo y la oscuridad con las manos vacías, no estaba acostumbrado a las derrotas, no sabía lo que era perder una, lo alcanzamos a la media hora, le ofrecimos un puesto en la camioneta, insistimos, discutimos, No seas terco, No seas pendejo, qué palabras tan perdidas, tuvimos que dejarlo solo con su arrechera y el amanecer.

VICTORINO PERDOMO

Me esperas temblorosa como la piel de una potranca antes de la carrera, Amparo, yo me desamarré de militancias y de preocupaciones a la puerta de tu apartamento, dejé mis ideas dobladas como un periódico debajo de una botella de leche, dejé en el ascensor el minúsculo pizarrón de mi memoria donde está dibujado el plano del banco y la posición exacta de los cajeros, dejé también mi furor juvenil que reclama escombros y cenizas para edificar la justicia sobre la pureza del guarismo cero. Yo desnudé, imaginaba haber desnudado mi mente de importunas vestiduras, antes de desnudar mi cuerpo de telas convencionales para enfrentarme virilmente a ti que me abriste la puerta con tus manos olorosas a jabón y a ternura, envuelta en una bata de flores azules, alumbrada por una sonrisa que, por el camino vine exprimiendo recuerdos, reconstruyendo gozos y orgasmos, tantas muertes vividas en tu compañía desde el mediodía en que salpicaste de rojo tus sábanas y anunciaste la rasgadura del himen con un pequeño grito de ratón. Por el camino vine pasando revista a nuestras primeras torpezas, yo te enseñé a hacer el amor, yo aprendí contigo a hacer el amor, un alambique de curiosidad y deleite convirtió nuestras timideces iniciales en refinamientos, fuimos descubriendo un bosque denso y dulce de cuyas secretas brasas nadie nos había hablado, cuya descripción no habíamos leído en libros ni contemplado en pantallas de cine, Amparo de mi alma. Ahora no existe comisura de tu cuerpo que yo no haya conocido y saboreado, no existe arista de mi cuerpo que no hayan transitado tus manos y tus labios, has inventado palabras con tu cabeza presa entre mis rodillas, he bebido tu savia y tu sudor a la sombra de tus sollozos, hemos calcado las actitudes de los animales y de los dioses, hemos quemado nuestras jaleas blancas en una misma llama, hemos gemido bajo un mismo relámpago de leche y delirio.

Después del largo beso húmedo junto a la ventana, Amparo, caminas silenciosa hacia tu cama, te despojas de la bata florida, te extiendes morena desnuda desafiante en mitad de la blancura. El comandante Belarmino desarma al policía de guardia, un mulato ladino que le entrega el revólver sin mirarle la cara. Yo me quito la ropa lentamente, Amparo, dejo caer los calzoncillos a mis pies, mis sentidos me llevan a tu querida mariposa negra, a tus muslos serenos que la custodian, a las puntitas de tus senos endurecidas por mi presencia, a tu boca entreabierta y tus ojos cerrados, a ti, Amparo, la rosa entera. Tras los cristales del Chevrolet negro se entrevé el perfil tenso de Valentín, a su lado Carmina suspira con la beretta de cuarenta tiros entre las piernas. Voy hacia ti descalzo, tú adivinas mis pasos sin abrir los ojos, me reciben tus brazos extendidos, tu boca revolotea a caza de la mía, me muerdes tiernamente las palabras, me atraes hacia el fogaje de tu vientre. Yo le coloco el revólver a un milímetro de la frente, le grito ¡Levante las manos que es un atraco!, el cajero aterrado se. De golpe me sacude un presentimiento, Amparo, no voy a poder cumplirte, todo lo que hagamos será tiempo perdido, ineficaces tus caricias, inválidas mis armas, yerta mi sangre, carajo.

Y así sucede. Tus dedos no logran entender el lacio reposo que palpan, tus muslos desconocen la desvaída indiferencia que los desaira. ¿Te sientes triste?, preguntas. ¿Te sientes lejano? preguntas. ¿Te sientes enfermo, amor mío? preguntas, te ciñes como, yedra a mi sudor, tu boca se desenfrena dentro de la mía, toda tú eres un inmenso deseo desplegado, no voy a poder cumplirte, estoy seguro, Amparo, maldito sea.

Algún ángel te aconseja dejarme en paz, Amparo, te levantas sin ruido, mis ojos intimidados ven como se aleja tu espalda morena, te detienes pensativa junto al tocadiscos. Inunda tu cuarto una música que ha sido cómplice predilecto de nuestras más desvergonzadas entregas, de nuestras confesiones más serviles, de nuestros juegos

más indecorosos. I can't say nothing to you but repeat that Love is just a four letter word, canta Joan Baez, su canción adquiere esta vez profundidades de salmo, congoja de elegía que ahonda mi trauma, mi único consuelo es saber que esta vaina va a finalizar pronto, dentro de unos minutos estaré lejos de aquí, me duelen las sienes, se me ha secado la garganta, lejos de aquí.

Pero tú no te resignas, Amparo, todavía desnuda y cavilosa enciendes un cigarrillo y te envuelves en humo, ahora estás de frente, la luz vermeer de la ventana cabrillea sobre tus senos, aplastas sobre el mármol de la mesa el cigarrillo recién encendido, vuelves hacia mí segura de tu esencia y de tu mojadura de mujer enamorada y de tu aroma y de tus manos. ¿Y si hay tiros?, si hay tiros será necesario saltar por encima de un cadáver para impedir que salten por sobre el tuyo, cono. De nada vale, Amparo, el cosquilleo de tu lengua en mis oídos, los capullos de tus pezones retozando a ras de mis labios, la ondulación suplicante de tu cuerpo sobre el mío, me causas daño físico en el sexo estrujado y afligido, te digo una vez más Hoy no es posible, tú replicas tercamente Siempre es posible, y así luchas contra mi desaliento hasta que te convences de que no es posible.

Entonces has mirado el reloj. Falta muy poco para el regreso de tu madre, ya salió del trabajo, subió al autobús, viene rodando por entre semáforos y pregones, Vístete ligero, me visto más ligero de lo que pensabas, lo importante es encontrarse lejos de aquí, sufrir o resignarse pero lejos de aquí, tú sonríes afectiva sencilla adorable reconfortante: Qué tonto eres, te espero mañana a esta misma hora, chico, ¿y si hay tiros, Amparo?

(Hubo una época idílica en que todos estuvimos de acuerdo, nemine discrepante, nadie lo imaginaría al vernos tirándonos de las greñas, existió verídicamente aquella Jauja del espíritu, aunque usted no lo crea, lector escéptico, le explicaré. Todos a una nos sentíamos hasta la coronilla del dictador, quosque tándem esa vaina, un regordete engreído, mediocre, cruel, que se creía Napoleón y no alcanzó al ombligo de Tartarín cuando le llegó la hora de demostrar qué tipo de héroe francés le correspondía. Lo bochornoso fue que logró infundirnos pánico bíblico, tan armado hasta los dientes andaba, tan decidido a perpetrar crímenes se mostraba, tantos había perpetrado. Pero el día menos pensado el rebaño se volvió avispero, y lo tumbé, lo tumbaste, lo tumbó, lo tumbamos, lo tumbasteis, lo tumbaron. Y al despertar nos sacudió la euforia fuenteovejúnica de haberlo tumbado, como una tribu africana que danzara alrededor del hipopótamo muerto acribillado por sus flechas. El señor ateo salió a pasear del brazo con el señor obispo, y el señor obispo compartió su chocolate con el señor ateo, Sírvase una taza más. El compañero capitalista palmoteo con efusividad indulgente las espaldas sudadas del compañero obrero, y el compañero obrero le pidió la bendición al compañero capitalista. El camarada joven se postró vasallo ante la experiencia canosa del camarada anciano, y el camarada anciano cantó loas a la rebeldía barbuda del camarada joven. Los militares cortaron miosotis en los jardines públicos ante el asombro civilista de las maritornes. Los campesinos llevaron sus niños al banco para que arrojaran cacahuetes a la Junta Directiva que les hacía guiños sandungueros detrás de la reja. La inmarcesible Liberté degeneró en diosa de medio pelo, la apetitosa Egalité se unió al menoscabo de su hermana, los incensarios perfumaron exclusivamente a los pies de la tercera, la excenicienta, mademoiselle Fraternité, signorina Unitá, miss Concord, fräulen Einigkeit. Entre tanto, el dictador fugitivo trasegaba nostálgicos tom collins en el bar del hotel Fontainebleau, Miami Beach, revisaba las cifras de sus depósitos bancarios, sumaba dólares con francos suizos, pasaban de 120 sus millones, y se reía, se reía, como el espíritu burlón de un poeta español llamado Emilio Carrere, injustamente olvidado).

Estamos sentados los tres a la mesa, como antes, ante el humo aldeano de la sopa y la

mansedumbre de los panes. Mi padre, Juan Ramiro Perdomo, ha regresado de su cárcel lejana, aureolado por un prestigio público que jamás ha solicitado. Los periódicos hablan de su estoico comportamiento en las torturas, de cómo afrontó los salivazos del interrogatorio, el hambre y la sed dosificadas con la intención de ablandarlo, los filos metálicos que le tasajeaban los pies, no le puso atención a las preguntas viles, los mandó al carajo, esa fue su única declaración. Los periódicos hablan también de sus años de reclusión en la cárcel de Ciudad Bolívar, allá sembró hortalizas, enseñó gramática, historia, geografía a los presos del pueblo. Sus amigos vienen a visitarlo, lo abrazan orgullosos de ser sus amigos, le dicen Eres un verdadero comunista, ese es el único elogio que le satisface oír.

Porque mi padre, Juan Ramiro Perdomo, no hace alarde de las prisiones que ha sufrido, no les atribuye rango de proeza, las considera un accidente que ha podido ocurrirle del mismo modo a cualquier otro de sus compañeros de fila. Justamente por eso es que yo digo en todas partes, sin que me lo pregunten, Juan Ramiro Perdomo es mi padre. Está sentado a la cabecera de la mesa, entre Madre y yo, desdobla su servilleta, se sirve la sopa que Madre ha cocinado con verduras y amor, y dice:

¡Cuéntenme cosas! ¡Cuéntenme cosas!

Quiere enterarse de los grandes acontecimientos que ocurrieron en el mundo durante su ausencia, cómo y cuándo los soviéticos lanzaron el sputnik, qué fue lo que dijo Kruschef contra Stalin en el veinte Congreso, él estaba preso e incomunicado, a su celda no llegaba sino el ladrido de los perros. Madre lo va informando con su dejo de maestra de primaria, a veces me cede la palabra:

Ese otro asunto lo conoce Victorino mejor que yo.

Mi padre quiere saber minuciosamente cómo tumbé, tumbaste, tumbó, tumbamos, tumbasteis, tumbaron al dictador. No se da cuenta de que él, desde su calabozo, participó en el derrocamiento con mayor contundencia que nosotros los de afuera. Fueron ustedes, los presos, quienes en realidad lo tumbaron. Yo, Victorino Perdomo, estudiante de segundo año de Sociología que se batió a pedradas contra las ametralladoras de la policía, pequeño burgués que subió a los cerros para incorporarse a la furia endemoniada del populacho, yo hacía eso por sacar mi preso, porque a toda costa quería hacerme digno de mi preso, por más nada.

No idealices, Victorino, no idealices dice mi padre. Explícame más bien cómo los sindicatos deshechos pudieron organizar una huelga general, quién agrupó a los intelectuales, en qué forma se solidarizaron los marinos, de dónde sacó armas el pueblo.

Con ayuda de Madre le hago frente a aquel castañeteado de interrogaciones. Madre se ha transformado en viviente aleluya, ha florecido completa como los bucares, quemó su tristeza en las calles junto con los cromos del dictador que los demás quemaban, nunca la sospeché capaz de soportar sobre sus frágiles hombros el Peso de tanta dicha. Su nerviosidad de quinceañera la hace más linda, se levanta sin ton ni son de la mesa, regresa escoltando a Micaela que trae en alto como la cabeza de Jokanahan aquellas chuletas de cerdo cuyo recuerdo me suscitaba alucinaciones en el Patio del internado, se ríe en semitrino cuando mi padre (mi padre nunca ha tenido gracia para las tertulias caseras) arriesga tímidamente una respuesta que aspira a ser chistosa. Sin embargo, allá en la buhardilla de la alegría de Madre creo sorprender un candelabro parpadeando, acaricia los cabellos de mi padre melancólicamente como si temiera perderlo, acaricia mis cabellos como si temiera perderme, se le van a escapar dos lágrimas de asustada felicidad, se escapan.

VICTORINO PÉREZ

A Dios gracias la casa de vecindad donde Mamá vive todavía (Mamá no ha dejado un día de amasar arepas) no queda lejos del Hotel Lucania, Victorino se siente en condiciones de llegar hasta allá cojeando y maldiciendo, pegado a la pared como los perros sarnosos, empapados los pantalones negros con la sangre de Blanquita, manchada la franela en cuyos grises el rojo resalta delator, no son sino doscientos metros escasos, Victorino conoce de memoria la trayectoria propicia para evitar encuentros a esta hora de la mañana, al doblar la esquina se desliza a lo largo de la tapia anodina (casi una cuadra entera sin una sola puerta) de un depósito de materiales y máquinas, luego atraviesa la calle, deja atrás un recodo comercial que aún no ha despertado de un todo, desfila cabizbajo ante tres ventanas inevitables de gente conocida, finalmente se escurre en el pasadizo de la casa de vecindad, la gorda del número 1 está durmiendo, no ha tropezado a nadie que se fijara en él, aparta con un hombro la cortina de cretona, entra en la pieza de Mamá como si volviera otra vez de la escuela, ella está cocinando tal como la dejó hace tres años, desvía la cabeza del humo y ve al hijo plantado en el centro del cuarto, se acerca enmudecida y lo besa en la frente, él dice con voz aniñada (solamente la ha usado en su vida cuando se dirige a ella) Quiero cambiarme de ropa, Mamá no hace preguntas, se limita a sobar las manchas de sangre para indagar si hay heridas debajo de la humedad, se sosiega al comprobar que la sangre no es de Victorino, entonces se lava las manos en el fregadero, abre el baúl oscuro que persiste inalterable junto a su cama, comienza a remover prendas de hombre, Victorino se quita la franela gris y los pantalones negros, hace de esos trapos un bulto y lo tira debajo de la mesa, espera en calzoncillos que Mamá encuentre lo que busca, ella le tiende unos pantalones de kaki que lo quedan un poco anchos y una camisa moradoarzobispo a la cual también le sobra tela, Victorino ignora a qué hombre perteneció esa ropa, tampoco siente la curiosidad de preguntarlo, Mamá llora sin aspavientos, él simula no advertir sus lágrimas, ella desmonta de una repisa la lata de Quaker donde guarda sus monedas, se las entrega íntegras a Victorino, quince bolívares, ambos comprenden que él no puede quedarse bajo este techo sino el tiempo preciso, será el primer lugar allanado por la raya, ya estuvieron aquí varias veces cuando mató (tuvo que matarlo) al italiano, él se pone la holgada ropa ajena, guarda los quince bolívares en uno de sus nuevos bolsillos, Mamá lo sigue hasta la cortina de cretona para despedirlo, Jesús te ampare, y son las únicas palabras que ella pronuncia durante.
Victorino toma un carro libre, transmite al chofer la dirección que le dio Camachito en la cárcel, ya en Pro Patria ha madurado la mañana, el sol tiñe vetas de naranjas sobre los árboles estériles de la plazoleta, una niña pálida y vestida de amarillo juega a hablar sola sentada en un quicio, las señas de Camachito corresponden a una vergonzante (son de madera hermética y no de cristal exhibidor las coberturas de las vitrinas) quincalla o sastrería, detrás del mostrador de aquel negocio indefinido está agazapado un sujeto de edad no menos indefinida, unos anteojos de anticuario le bailan sobre las narices agresivas, escucha la algazara de un aparato de radio que al nivel de su cabeza ruge noticias, Victorino Pérez, enemigo público número uno de la sociedad, se fugó aparatosamente, hoy en la madrugada, del retén de la Planta, gane plata fácilmente con la Lotería de Oriente, poco más o menos lo había previsto Victorino, la radio seguirá dando gritos hasta el mediodía, después le tocará escandalizar en letras descomunales a los periódicos de la tarde, y a los de mañana por la mañana con su retrato prestigiando la última página, Victorino se acerca al encogido comerciante, le dice que viene de parte de Camachito, el otro adivina en el acto la identidad del visitante, se le paralizan las ideas, la radio vuelve a hablar con ensañamiento, el temible hampón fugitivo anda armado, la vida sabe mejor con pepsi, el hombrecito se acurruca aún más pequeño

detrás del mostrador, a duras penas recupera la voz para llamar con acento andino o bogotano a un dependiente que trajina en la trastienda, ¡Judas Tadeo!, atiende o debería atender al nombre de Judas Tadeo, ¡Judas Tadeo!, el patrón se pone un sombrero de fieltro negro que lo enviuda, dice (en forma impersonal, no se sabe si a Victorino o a Judas Tadeo que acudió arrastrando los pies al sexto requerimiento) Regresaré dentro de diez minutos, y escapa acelerado de la tienda, Victorino no se intranquiliza, el que se fue no puede denunciarlo sin arriesgarse a una investigación de sus propios asuntos, ¿Dónde conoció usted a Camachito?, la radio ha vuelto a chismorrear la noticia de su fuga, la repetirá cuarenta veces antes del almuerzo, Judas Tadeo es un indio medio memo, jamás escucha lo que dicen las voces fantasmales de la radio, se consagra a despachurrar parejas de moscas eróticas sobre las tablas del mostrador, Victorino se sienta en una silla que nadie le ha ofrecido, Judas Tadeo lo mira de soslayo y sonríe, sonríe como si estuviera en el secreto, no está en el secreto pero manifiesta la aparente complicidad de los idiotas, nadie entra a comprar en aquella tienda desprovista de mercancías visibles, por la acera se aleja un vendedor de lotería ofreciendo a gritos un insulso número sin sietes, ha transcurrido más de media hora, el hombre de los anteojos anacrónicos reaparece tan atribulado como partió, no se quita el sombrero, le dice nerviosamente a Victorino ¡Vamos!, vuelve a tomar la calle, Victorino lo acompaña cojeando y maldiciendo. El atribulado guía lo conduce a una casa del mismo barrio, entreabre la puerta una mujer con frontispicio y peana de prostituta, no se levantan del sofá los dos hombres que están en la salita, los muebles son insolentemente verdes, dos cuadros equilibran las paredes: un negro boxeador en guardia y un rubio Corazón de Jesús desprevenido, huele a café con leche y a mentolatum, Victorino se deja caer en una de las butacas superverdes, los dos hombres lo miran con escudriñadora simpatía, uno tiene el párpado derecho hinchado y rígido como un huevo de gallina, al otro le faltan más dientes de los que conserva, Victorino inicia la amistad diciendo que le duele mucho el tobillo dislocado, el desdentado le pide que, Quítate el zapato y la media para darte un masaje, la Prostituta aporta solícita un cajón que servirá de apoyo clínico al Pie descalzo, el masaje consiste en un restregón inhumano que le hace ver las estrellas (Aldebarán, Casiopea, el cinto de Orion, Arturo del Boyero, aunque Victorino no conozca los nombres), Victorino suple el llanto inaccesible con carajos reventones, el desdentado masajista vuélvese mueca de pierrot indigente que lo compadece de rodillas, el tipo de sombrero negro no se ha separado de la puerta por donde entraron, Victorino sudoroso y dolorido lo llama con un gesto, Vaya a buscarme a Crisanto Guánchez, le dice, lo encontrará en tal sitio y a tal hora, le dice el sitio y la hora, al aguantador se le anima el semblante por primera vez, ha vislumbrado la perspectiva de consignar al indeseable en otras manos, desaparece a saltitos y sin despedirse, los cuatro restantes se sienten reconfortados por su ausencia, la mujer trae el café con leche que aromaba a lo lejos y un puñado de galletas, el desdentado muestra las encías en una parodia de sonrisa, el del párpado ovoide bulle por expresarle él también al perseguido su profesional admiración, va hasta el cuarto vecino, regresa con un tierno e imprevisible almohadón, sobre esa blandura coloca Victorino el talón de su pie lujado, el desdentado desenfunda dos pitos de marihuana, le ofrece uno al amigo reciente, ¿Quieres?, Victorino sí quiere.

He aquí el primer arrebato de Victorino Pérez descrito por un novelista que llama cannabis sativa a la hierba (en vez de llamarla en orden alfabético: chicharra, chucho, gamelote, grifa, grita, Juanita, macolla, machiche, mafafa, malanga, maloja, manteca, marabunta, maraña, maría, maría giovanni, maría la o, mariangia, marihuana, marillón, mary warner, material, matraca, mierda, monte, morisqueta, mota, pelpa, peppa, pichicato, pitraca, rosalía, rosamaría, rosario, shora, tabaco, todo, trabuco, tronadora,

vaina, vano, vareta o yerba), el novelista la llama cannabis sativa, o kif, hachish, pura literatura, y apenas conoce de sus efectos lo que leyó en un folleto de toxicología:

Extraer un cohete de nombre Victorino de una piedra de nombre Victorino fue un proceso que jamás terminó de cumplirse porque siempre quedaba un fragmento de Victorino sentado en la poltrona verde reverde, en tanto el resto de Victorino se alcanforaba por los remolinos verticales del sueño. Por ejemplo, el antebrazo derecho, unido maritalmente a la antebraza derecha de la poltrona, ese trozo de Victorino no llegó a participar jamás de la aventura etérea sino se mantuvo en todo instante baldado en la salita ruin, ni siquiera se dio por enterado cuando Victorino regresó de su astronaucia y se incorporó al cubito y al radio que había abandonado durante tan descomedido tiempo. En cambio el cráneo (que es, según el reverendo padre benedictino Francisco Rabelais, la parte más importante del cuerpo humano después del viejo y noble pene) de Victorino se dedicó a crecer desmesuradamente, al par que estallaban las proporciones del cuartucho y el espacio imaginario se expandía como una madre superiora insuflada por una bomba de bicicleta. El cráneo Alicia de Victorino emprendió un viaje portentoso por el país de las, un país sin homo sapiens ni paisajes, sin expresiones ni onirismos, habitado irreductiblemente por colores, geometría, espacio, tiempo, materia, movimiento, recreación, multiplicación, difusión, cinetismo palante, compadre Soto. En cuanto al Corazón de Jesús, que infundadamente había sido entronizado en las paredes de aquel ambiente nefando, aprovechó el entrevero para difuminarse en ondas taumaturgas, diluirse en las intimidades cristalinas de la atmósfera, subir a los cielos, sentarse a la diestra de Dios Padre Todopoderoso, etcétera. Victorino no es ningún negrito escapado de lajusticia ordinaria sino una máquina de inmensas extremidades voladoras (salvo el antebrazo derecho que dejó en tierra como constancia de su lealtad al género humano) y motorizada frente librepensadora y libremiradora. Bermellones azafranados glaucos ígneos opalinos cárdenos lacres alazanos carmelitas perlinos (jamás en su puta vida ha oído Victorino esas palabras, pero las está mirando) colores le dan la bienvenida, espirales parábolas elipses circunferencias lemniscatas (¿cómo puede saber Victorino, que nunca fue a la escuela, el nombre de las curvas que recorre?) determinan su trayectoria hasta lanzarlo a los cuatro vientos vuelto generatriz de un prisma mansurrón y cabeceante. ¿A quién carajo era que le dolía el tobillo? Nunca a Victorino Pérez, ése está disfrutando la más epicúrea de las anestesias que reside en la sabrosura de saberse anestesiado, sentir el corazón de mermelada y una cancioncita sin sentido patinando al compás de la sangre:

"como sé que te gusta el arroz con leche en la puerta 'e tu casa te pongo un baile",

sin embargo le duele el tobillo. La prostituta anfitriona a quien apodan la Venadita, y no por la ligereza de sus cascos sino por los deslices subsidiaros, se ha desnudado exclusivamente para Victorino, se culipandea enmarcada por el dintel que se abre al sol del patio, los brazos en alto para mostrar las axilas y diagramar con sus tres nidos negros un incitante triángulo de pelos nocturnales, el sostén rosa pálido que le oculta los senos malgasta su inocencia sobre la piel aceitunada, también se quita el sostén, a Victorino se le engrifa el libido, está dispuesto a echársela al pico sin pedir licencia a los dos amigos que fuman sentados en el suelo, la aparición doliente de Blanquita le arruina la intención. Blanquita surge a los primeros compases del ballet del quirófano, un encamisado le lava la herida con suero fisiológico, otro le liga los vasos rotos con hilachas sacadas de tripas de animales, un tercero le sutura la piel con fibras de algodón, el último le hunde en los blandos una inyección antitetánica, al final se marchan en indolente pas de quatre, la dejan reposando boca abajo, adhesivos le cuadriculan las nalgas, una bolsa de hielo es la montera del culo, ¡ole! A más de dos kilómetros de distancia las cosas suceden tal cual Victorino las está mirando en su refugio de Pro

Patria, tan sospechosa telepatía lo impulsa a regresar prudentemente a sus terrenales limitaciones, brujerías ni de vaina, Victorino. El prisma se funde en generatriz, la generatriz se desplaza hasta hacerse tangente de, la tangente se ovilla en lemniscata, la lemniscata se parte en dos círculos, uno de los círculos se achata en elipse, la elipse se despliega en parábola, la parábola se retuerce en espiral, la espiral desciende vaporosa al cerebro que la engendró, el cubito y el radio de Victorino recuperan el cuerpo cabal de Victorino, el Corazón de Jesús se reintegra resignado a su pared, la Venadita le guiña un ojo (a Victorino) desde la puerta que se abre al sol del patio, no era cierto que se había quitado la ropa, ¿no hay más yerba?

Segundo arrebato de Victorino Pérez:

El malandro del párpado hinchado saca del bolsillo una cajita de fósforos, es mafafa lo que tiene adentro, lía un tabaquito, él mismo se lo enciende a Victorino, es una madre para él. En este segundo viaje Victorino se somete al asalto (acuden por su propia voluntad, no las llama como perritos) de cosas pasadas que vuelven a suceder sin cambiarse una coma, idénticas, las vive por otra y mismísima vez. Tal es el caso de la muerte del italiano (tuvo que matarlo), Victorino había conseguido tejer un petate de olvido sobre ese trago amargo, al menos sobre sus detalles más jeringosos, qué vaina, hoy resucita el episodio completo sobre la cal de la pared, como si un proyector estuviera denunciando sus movimientos a cámara lenta, ahí está la calle.

Son las seis de la tarde de un miércoles de ceniza, Victorino estuvo anoche bailando y bebiendo con Blanquita en el Palacio de los Deportes, ella tenía medio antifaz sobre los ojos y un lunar pintado en la barbilla, una botella de Caballo Blanco servida con hielo y soda los dejó sin lana, ciento veinte bolívares le cobraron esos ladrones, esta mañana amanecieron vaciados los bolsillos de Victorino, nublada su pensadora, decidió tirar un atraco para resarcirse de los vejámenes, Crisanto Guánchez se negó a acompañarlo, no le gusta trabajar a la luz del día, mucho menos con los nervios destemplados por la pea de la noche antes, Crisanto Guánchez sabe lo que hace.

Victorino ha escogido la sastrería del italiano porque está situada en la barriada de Caracas donde él aprendió (en la escuela no aprendía un sebo) a jugar pelota cuando desertaba de la escuela, es un baqueano en las complicaciones de este arrabal, a los veinte metros de fuga doblará la esquina, el estacionamiento de carros limita al fondo con una quebrada que ha explorado trescientas veces, un trecho más allá volverá a subir a la superficie, habrá desembocado en un bloque de apartamentos, ese laberinto de paredes y escaleras es también pan comido para él, ni Dick Tracy le seguirá las huellas después de la operación atraco, ni ese detective de la televisión, el de la cuerda floja.

Sin embargo, cuando se para a contemplar los casimires ingleses (de Maracay) que cuelgan en la vidriera, el roce de una mano invisible y fría (bajo cero) en las mochilas le indica que el asunto va a salir torcido, siempre le ha costado caro a Victorino no hacerle caso a los presentimientos. Son cobardía disfrazada, dice, los hace huir a sus cuevas como cucarachas, ahí está su error, el italiano de la sastrería se lo queda mirando desconfiado y sargento, es la hora del cierre, Victorino no tiene aspecto de cliente que viene a tomarse las medidas.

¿Qué desea? pregunta malencarado.

Victorino está a punto de responderle Nada, a punto de dejar el achaque para otro día, pero se le encorajina el Victorino que nunca se echa para atrás, ¿Te chorreaste, negro? Y en vez de escurrir el bulto debajo de un pretexto (¿Me puede prestar el teléfono un minuto, señor?) cualquiera, saca de un manotazo el revólver, se lo enfrenta a la altura de la corbata, le grita en ráfaga las consignas de rigor, ¡No te muevas que es un atraco!,

¡Levanta las manos o te meto un tiro!, ¡Suelta el reloj y lo que tengas encima!
Pietro Lo Monaco, que así se llamaba el sastre según los periódicos de mañana, levanta las manos pero se obstina en clavarle unos ojos desafiantes de camisa negra. ¿Cómo puede imaginarse Victorino (también lo sabrá por los periódicos de mañana) que este no es un sastre común y corriente, ni un campesino siciliano metido a sastre, sino un ex combatiente, o ex criminal de guerra, ex futbolista de los que juegan con uniforme y réferi, ex ciclista de los que corren numerados, profesor de trucos y zancadillas para derrengar al prójimo? Victorino engatilla el revólver, ¡Pon tus cosas sobre el mostrador!, el hombre comienza por el reloj y el anillo de matrimonio, no deja de mirar a Victorino con vitriolo de enemigo mortal, ¡Pon también la cartera!, y él no le obedece, amaga un tic raro de kárate, a Victorino no le queda más camino que zamparle un tiro en una pierna para quitarle los brinquitos japoneses.
La verdad es que ya el atraco falló, como falla todo atraco desde el momento en que suena un disparo, el único interés de Victorino es la huida, ya el atraco falló, Pietro Lo Monaco ha saltado cojeando a tapiarle la salida a la calle, ¡Estúpido, voy a tener que matarte si no me dejas pasar, bestia!, el italiano no lo oye, no quiere oírlo, se arma de unas tijeras enormes, se atraviesa ante la puerta con su metro noventa de altura y su pechóte de Mussolini, Victorino tira al suelo las prendas que el otro había colocado sobre el mostrador, le ofrece una paz honorable, ¡Ahí te dejo tus vainas!, ¡No me obligues a matarte!, ¡Déjame salir!, no quiere oírlo, el peligro avanza hacia él con sus tijeras asesinas, Victorino no se explica cómo este cretino logró salvar el pellejo en la guerra, ¡El destino me lo tenía reservado a mí, cono!, piensa, apunta filosóficamente al centro del pecho, le mete un balazo que lo tiende patas arriba. Antes de salir disparado, y para justificarse ante la historia, Victorino intenta arrancarle la cartera del bolsillo trasero del pantalón, Pietro Lo Monaco agonizante defiende sus liras que todavía son bolívares, las defiende con furioso apego a los bienes de este mundo que abandona.
El episodio concluye cuando Victorino se abre paso por entre los curiosos y sus miedos, dos mil moscas acudieron a la rica miel de los disparos, ¡Me dejan pasar o los mato a todos!, ladra Victorino, el grupo se abre en dos tajadas como el Mar Rojo, un minuto después se arrepentirán de su prudencia, saldrán en bandada a perseguirlo, ¡qué esperanza!, ya Victorino es un microbio perdido en los recovecos de la quebrada, me agarraron el sábado, tres días después, Blanquita, en la querencia tuya.
Después de aquella nítida reconstrucción del asesinato (tuvo que matarlo, ya lo vieron) del italiano, la cámara visual de Victorino se sepulta en una bruma montañosa. Su vida pasada presente adquiere una velocidad histérica, un alma que lleva el diablo de film que se devuelve se enrolla tintineante en las bobinas del proyector, los días se convierten en pelusas de segundos, las millas en virutas de milímetros, Victorino no logra redimir un recuerdo redondo de aquel torbellino de espacios y tiempos trastocados, su adolescencia arisca se fusiona gratuitamente con su infancia contemplativa, el asalto al supermercado concluye en una partida de perinola en la casa de vecindad, el cuerpo amortajado de Blanquita lo llevan a enterrar las hormigas, el escalamiento de una quinta en La Florida remata en el espinazo de un puente donde aparece Crisanto Guánchez por primera vez, recién escapado de la isla de Tacarigua. La pantalla se aquieta ante la evocación de Crisanto Guánchez, un domingo de ramos se reproduce en las paredes, tan fatal como el miércoles de ceniza en que falleció sin sacramentos el sastre italiano Pietro Lo Monaco.
La noche anterior habían asaltado una venta de tostadas en su momento estelar de público, la colecta les produjo tres mil doscientas muñas en efectivo, once pulsos, catorce leras repletas de papeles de identidad y fotografías sentimentales, y una fuca de uno de los clientes que era sapo pero le faltaron los indispensables para sacarla.

Victorino y Crisanto Guánchez están sentados frente a frente en la pieza de este último, ya se han repartido honestamente el botín, un religioso cincuenta por ciento para cada uno, el revólver ha sido catalogado como común e indivisible instrumento de trabajo. Victorino aprovecha el mutismo de comprensión que los allega, se decide a exponerle al socio un plan que ha venido callando pensando retorciendo masticando digiriendo sangrando desde hace tiempo. Se relaciona con un oscuro suceso sobre el cual no han cambiado en tres años una palabra.

Llegó la hora de vengarnos dice Victorino, su léxico sufre la perniciosa influencia de los dramas televisados. Yo les he seguido como un perro los pasos a esos cuatro cabrones, al Cubano se lo cargó a tiros la raya en un asalto por el Cementerio, a Buey Pelúo se lo tragó la tierra hace un año, anda por Colombia, algún día vuelve el coñoemadre, ya verás.

Crisanto Guánchez, bronco perfil de pedernal, no lo interrumpe.

Pero Caifas y Perro Loco están jodidos en La Leona, pagando una condena de dos años, es muy sencillo, pana, dejamos caritativamente que la jara nos eche el guante, se pondrá muy contenta, nos anda buscando, estamos en lista también para El Dorado, somos una fija, tú lo sabes, para allá nos mandan en cuanto nos tengan encallados, de bola a bola, pana.

Crisanto Guánchez, ensimismado bronce de cadáver, no lo interrumpe.

Ahora no somos choritos de quince años, ni estamos desarmados, ni serán dos contra uno, yo despacho a Caifas mientras tú le das bollo a Perro Loco, todo bien combinado, pana, la misma noche allá en La Leona, a puñalada limpia, a chuzo limpio, ¿qué te parece, pana?

Crisanto Guánchez se levanta del taburete donde está sentado, se endereza como un juramento, habla con una voz ulcerada que Victorino no le conocía.

No te acepto que menciones lo que pasó esa noche, no se lo acepto a nadie, no pasó nada esa noche, ¿sabes?, ¡no pasó nada, carajo!

Y regresa a su resentimiento de pedernal, Victorino comprende que el más pequeño comentario suyo agravaría la situación, no quiere agravarla, Crisanto Guánchez lo mira con un odio que nunca le ha tenido, le nace en este momento el odio y le durará las dos horas que faltan para. El domingo de ramos se corta porque Victorino regresa dando tumbos de sus nubes grifas, lo acompañan unas ganas alegres de pelearse a puños con alguien, lo acompaña más adentro un hambre sobrenatural, un hambre de cien náufra
gos, el tobillo le duele igual que antes, un silbido de la Venadita florece entre los ruidos prometedores de la cocina, qué hambre tan arrecha tiene.

Tocan la puerta. El pierrot desdentado salta despavorido y acezante desde su rincón, dijo que se llamaba Guillermo, salta como rana. Victorino lo tranquiliza:

Abre sin miedo, es mi amigo Crisanto Guánchez.

Pero aquel Santo Tomás sin dientes no confía en adivinaciones metafísicas, se acerca sigiloso a la puerta, comprueba la realidad por un agujero, es Crisanto Guánchez por supuesto.

Crisanto Guánchez se secreteó con Victorino más de media hora. Volveré a las siete de la noche, dijo al despedirse, y volvió tal como había prometido, a las siete en punto, esta segunda vez el desdentado, se llama Guillermo, se adelantó a abrirle la puerta sin desconfianza. Ya no siento el dolor del tobillo, pensaba Victorino, se había tragado no sé cuántas aspirinas, dormitó veinte minutos derrumbado sobre el mullido instrumento de trabajo de la Venadita, el afectuoso desdentado lo ayuda a levantarse y a caminar hasta la puerta, Victorino sale de la casa apoyándose en el hombro de Crisanto Guánchez, la Venadita le dice adiós con una sonrisa que es el postrer testimonio de su ducal (de Guermantes) hospitalidad, pegado a la acera trepida levemente un Oldsmobile

azul recién capturado en La Rinconada, su ex propietario es un hípico empecinado, sobre el piso del carro se mezclan en desorden revistas de carreras y fotografías de caballos en el recinto de vencedores, Victorino conoce de vista al individuo que está al volante, lo ha oído mentar elogiosamente por Crisanto Guánchez, tiene un apellido inglés o trinitario que en este instante Victorino no recuerda, Robinson o algo así o Matison, al lado del conductor está sentado Careniño que lo saluda con un silbido de arrendajo, Victorino se desliza a lo largo de los asientos posteriores, su rodilla choca con la de otro tipo cuyos rasgos se pierden en la oscuridad, Victorino reconoce la voz en cuanto le habla, es el Curita, lo llaman el Curita porque se persigna antes de cada atraco, en El Edén estuvo a punto de pelearse a cuchillo con él, la discusión fue acerca del poderío de cada uno con una puta debajo del esqueleto, el Curita se cree muy macho, Siete polvos seguidos, gritó, mejor es olvidarse esta noche de aquel inconveniente, fueron vaina de tragos, Crisanto Guánchez evitó, la pelea, se metió por el medio cuando ya los fierros estaban afuera, Crisanto Guánchez los reconcilió un mes después, ahora el Curita va sentado a su lado, el Curita le facilita amistosamente el trueno que le hace falta, es un cañón largo reglamentario de policía, Victorino comprueba al tacto las, Crisanto Guánchez disimula una ametralladora corta entre las piernas. ¿Y tú Careniño? Careniño lleva en el bolsillo una pistola belga último modelo, ¿Y tú Curita?, el revólver del Curita es un Colt 38 sin estrenar, Vamos en góndola, el inventario lo realiza a viva voz Crisanto Guánchez mientras el Oldsmobile abandona las calles pobretonas de Pro Patria, trepa una loma árida para caer en San Martín, atraviesa las avenidas frondosas de El Paraíso, trastabilla dentro del tráfico en Puente Hierro, los faros de los otros carros y el neón de los comercios le caen encima como llovizna, por fortuna este Oldsmobile es una máquina insospechable, patente de pasajeros sin tacha, a Dios gracias todos (menos Victorino con su camisa moradaarzobispo) se han vestido como para apadrinar un matrimonio, lo mejorcito que tenían en el closet, Victorino se disminuye discretamente entre Crisanto y el Curita, toman sin inmutarse la ruta del Este, con el arsenal que llevamos, Blanquita, me sale que vamos a un achaque en grande, no me molesto en preguntar un carajo, Blanquita, estoy resteado.

El hombre de la nariz ganchuda se disponía a cerrar la puerta de la joyería, un dependiente lo acompañaba con sumisión de sacristán, Victorino y Crisanto Guánchez saltaron desde la sombra, ¡Espere un momento!, Victorino ya no cojeaba ni volvería a cojear en su vida, su mano derecha agarró al dueño de la joyería por la raíz del cuello, lo empujó rabiosamente contra el escaparate de los relojes, los riñones del dependiente latieron bajo la presión de la ametralladora de Crisanto Guánchez, el Curita se lanzó en picada sobre la caja registradora, Careniño rompió el vidrio de una vitrina con la cacha de su pistola, las manos de Careniño se afanaron rastreando collares y sortijas a través del boquete, el revólver de Victorino fue timoneando los pasos del dueño hacia el trasfondo del local, ¿Dónde guardas los papeles?, Crisanto Guánchez abandonó al dependiente y se sumó a la pesquisa, ¡Habla o te jodemos!, el hombre callaba, ¿Dónde están los papeles, cabrón?, Victorino lo golpeó en la cabeza con el mazo del revólver, un gusanito de sangre le coloreó el marfil de la calva, Crisanto Guánchez le entrompó la metra en las costillas, entonces el hombre de la nariz ganchuda usó los ojos despavoridos para señalar la escalera que conducía a los altos, que trepaba a una disimulada buhardilla, subieron detrás de él, la ametralladora de Crisanto Guánchez le apuntalaba las nalgas mosaicas, el dinero de las ventas mayores estaba atesorado en una caja de cuero negro, la caja de cuero encerrada en la gaveta de un escritorio, el escritorio lo está abriendo el joyero abrumado por la congoja de quien se desgarra voluntariamente las entrañas, Crisanto Guánchez deja la ametralladora en tierra para recibir el dinero, Crisanto Guánchez consagra dos minutos a amarrar al tipo con nudos

indescifrables de bulto postal, después lo amordaza, sus ojos de Habacuc quedan relampagueando profecías entre las patas del escritorio, "El Señor Dios es mi fortaleza y El me da pies ligeros", Crisanto Guánchez lleva las armas cuando descienden la escalera, Victorino acuna en sus brazos la caja de cuero, abajo está el dependiente en quietud irreparable de faraón embalsamado, ha sido un trabajo primoroso del Curita, mecate de cien vueltas en los tobillos, las muñecas de ecce homo cruzadas sobre el vientre, un trapo enmudecedor bajo la nariz, Careniño ha atiborrado de joyas su maletín, Victorino sale en primer término, luego Careniño, de tercero el Curita, Crisanto Guánchez cubre la retaguardia, pegado a la acera el Odsmobile trepida suavemente, Madison se endereza de su fingido sueño y se aferra al volante con ambas manos, la calle se despliega solitaria y provinciana, apenas una obesa pareja matrimonial contempla una vidriera en la acera de enfrente, ha sido un lindo golpe, ¿verdad Curita?, la macolla debe pasar de los treinta mil, ¿verdad Victorino?, Me voy a gastar toda mi parte en putas, dice Careniño acariciando las redondeces del maletín, Yo le compraré un rancho a la vieja, dice el Curita hipócritamente, Todo en Etiqueta Negra y putas, insiste Careniño, los demás no hablan de sus proyectos, yo me voy a Colombia por un tiempo, Blanquita, si estos cabrones de la Judicial me ponen la mano, Blanquita, me van a desgraciar a palos, yo los conozco, me largo a Colombia, lástima que tú estés herida en un hospital, te llevaría conmigo a bailar cumbia, qué gozadera, Blanquita, en Santa Marta.

Victorino arrebata de un manotón la ametralladora que yace muda junto a la cadera de Crisanto Guánchez, del cadáver de Crisanto Guánchez para ser más exactos. El tiro fue en la nuca, un balazo de esos que no conceden indulgencias de Ay mi madre, traen la muerte escriturada desde que los vomita el fusil. Victorino hace trizas la ventanilla posterior del carro con la culata de la metra, se pone a disparar por entre el tragaluz de vidrios rotos.

Un atraco tan limpio, una faena tan concienzuda como fue la de la joyería, quién iba a imaginarse este desenlace, acorralados por cinco, más bien cincuenta patrullas, por un hormiguero de policías que tiran a sacarte las tripas, pataleando como ratas en la trampa de una calle ciega, no hay salida para ninguno, salvo para Careniño que ha huido por los tejados con el maletín de joyas y la caja de cuero, tampoco hay salida para Careniño, será un milagro de la Providencia si llega.

Habían dejado muy lejos la joyería, y los guiños publicitarios de Sabana Grande, y el vivac circular de la Plaza Venezuela, y los estadios ululantes de la Avenida Roosevelt, ya el Oldsmobile enfilaba hacia las murallas del Cementerio, hacia el sitio donde se dispersarían para encontrarse de nuevo al clarear la madrugada. En la Roca Tarpeya, en el rancho de la Negra Clotilde, repartimos el botín, nos bebemos un par de botellas, tú, Curita, te quedas a tirar con ella como siempre, dijo Crisanto Guánchez. La Negra Clotilde los esperaba contando los minutos, embullada por sus tres pecados capitales favoritos: la avaricia, la lujuria y las ganas de beber ron.

Victorino dispara sin esperanzas, con el entrecejo arrugado de los violentos y los labios crispados de los temerarios, el David del Bernini con una ametralladora entre las manos. La tartamuda es una bicha francesa, una Hotckiss que chisporrotea alegremente su mensaje. Victorino se ve obligado a apartar de un codazo el cadáver de Crisanto Guánchez que se le viene encima, le estorba los movimientos con su hemorragia pegajosa y su petrificada pesantez. El Curita dispara el revólver de vez en cuando desde la portezuela izquierda. Ni hablar de Madison, herido desde la primera ráfaga, se queja broncamente, esgarra doblado sobre el aro del volante.

La culpa fue de Madison, quién iba a sospecharlo. Madison tan veterano, tan verraco, tan sangre fría, no existe en el hampa criolla otro chofer que lo iguale en el trance de

conducir una huida. Madison esta noche perdió la serenidad como un principiante, parece increíble. Se toparon con una radiopatrulla que venía de Los Rosales, una inofensiva patrulla en recorrido de vigilancia rutinaria, jamás se habría fijado en ellos si Madison no se desgobierna, aceleró sin necesidad, dobló atolondrado a la derecha en la primera esquina, no hizo caso de la luz roja, se metió contra la flecha.
El pobre Madison tiene un tiro feo de venado en la espalda, vomita sangre de bruces sobre el volante, lo sacude un ronquido sincopado y agónico. Careniño ha huido con el botín, autorizado por todos en un esfuerzo desesperado por salvar algo de aquella tempestad de plomo. Estas fueron las últimas palabras de Crisanto Guánchez: "Tú, Careniño, sal en carrera, llévate el maletín, llévate los billetes, métete por aquella puerta, súbete al techo, corre, después veremos, corre..." y ahí fue que le entró el balazo en la nuca. Careniño obedeció las órdenes del jefe muerto, le sacó cuatro lances a las balas, se perdió en el hueco de la puerta, anda por los tejados, sería un milagro de la Providencia si se salva, el barrio entero está cercado por los matones.
Fue por eso, porque se comió la luz roja, porque se metió contra la flecha, que la patrulla entró en sospechas y se decidió a perseguirlos, al principio como quien no quiere la cosa, luego aumentó la velocidad a medida que Madison aumentaba la suya, ¡No sigas contra la flecha, estúpido!, ¡Cruza a la izquierda, animal!, pero Madison no oía los gritos de Victorino y de Crisanto Guánchez, había dejado de ser Madison. Hasta que la patrulla se quitó la careta, enfiló contra ellos a cien kilómetros, puso a chillar la sirena, les hizo el primer disparo, ¿qué le pasaba a Madison?
Está ahí mal herido, acaso muerto, ha dejado de quejarse, ya no se mueve el pobre Madison, todo por su propia culpa. Se escucha una maldición estrangulada del Curita, ¡Se me acabaron las balas, cono!, un segundo después hace lo que tenía pensado, abre la portezuela, se lanza al descampado. Los faros de un carro militar lo iluminan arrodillado sobre el cemento, chillando, ¡Me rindo!, ¡Me rindo!, ¡No me maten!, ya va a llorar. Victorino ha quedado solo dentro del automóvil, Crisanto Guánchez está muerto, Madison también está muerto, Victorino sigue tableteando su ametralladora, definitivamente solo, definitivamente.
La patrulla pedía refuerzos con la sirena, con el relampagueo de las luces del techo, con los radiotransmisores, sembraba alarma y pedía refuerzos. Era más rápido el Oldsmobile que el automóvil policial, comenzó a tomarle ventaja, se le perdía de vista, la sirena se desgañifaba enfurecida. Madison había recobrado el dominio de sus nervios, pisaba el acelerador como un Fangio, era el mismo Madison de. El Curita disparó dos veces su revólver contra los perseguidores, dos candelazos que les aconsejaban ser más precavidos. La fe en su buena estrella retornó al corazón de Victorino, se iría a Colombia por un tiempo. Careniño volvió a pensar que se gastaría su cuota del botín con las putas.
El Curita sigue arrodillado y gritando ¡Me rindo! pero no le hacen caso. Victorino se ha acostumbrado al silbido fugitivo de las balas, al chasquido de las balas contra los latones del auto, no cesa de apretar el disparador, ya no sabe por qué ni para qué. A Blanquita no le llega el sueño, a la oscuridad su cama de hospital no llega el sueño, tampoco Mamá duerme esta noche, ambas oyen tiros lejanos, gritos de muerte, creen oírlos. Victorino regresa de la quebrada donde conoció a Crisanto Guánchez, debajo de aquel puente se hizo pana suyo para siempre, ¿te acuerdas, Crisanto, mi hermano? El loro de don Ruperto iza sus palabrotas por encima de los disparos, de los insultos de los policías, de la negrura estruendosa de la noche, ¡adiós, hijoeputa!, grita el loro.
Un maleficio del diablo, un ensalmo de brujas pesaba sobre el alma de Madison, no hay otra explicación. Ya las luces de la patrulla no eran sino una llamita borrosa, ya los policías se habían resignado a no alcanzarlos. ¡Se nos fueron esos carajos!, cuando

Madison desvió el Oldsmobile a toda velocidad hacia el tragadero de esta calle ciega, taponada, sepulcral. A un tris del escape la fuga se pasmó en frenazo impuesto por una pared conminatoria. La Judicial, la Digepol, la Policía Municipal, la Guardia Nacional, el Ejército, todos los cuerpos armados de la República han acudido a librar aquella batalla desigual e implacable. Crisanto Guánchez está muerto, Madison está muerto, el Curita ha roto a llorar porque no toman en cuenta sus voces de rendición, Victorino se ha vuelto loco, definitivamente loco con una ametralladora sin balas entre las manos, más allá de los tiros burbujea la música obsesiva de una radio, "ese toro enamorado de la luna", quisiera confesarte una cosa, Blanquita.

VICTORINO PERALTA

Hola Xiomara no te la pierdas te llamo tan tempranito son las siete me levanté no más para contarte el fiestón de los Londoño me iba muriendo los quince años de la Nena Londoño tú sabes ¿te acuerdas como se sacaba los mocos en la clase de matemáticas? y en la de geografía también a ti no te invitaron porque no vives en el Country sino en Las Delicias supongo yo pero te felicito gorda porque te salvaste de un chó de espanto y brinco qué impresión con estriptís y todo qué bochorno lo que se llama el escándalo del siglo muérete que yo llegué tempranito con Papi y Mami porque sola con mi hermano Julito no me dejan ir a ningún Julito se vuelve una etiqueta pegada a la botella de güisqui se le olvida que soy su hermana ¿okey? la verdad es que desde que llegó la Nena Londoño a mi casa hace una semana con los moños cogidos y la invitación en la yo tuve un presentimiento de que algo fu iba a pasar en esa movida te digo que imagínate tú Xiomara llegamos tan temprano que no estaban sino los parientes de la familia y algunas muchachas y los enanos Castrillo tan feítos los pobres que si no madrugan no paran pieza en toda la noche te lo juro espérate un momentico me han entrado ganas de hacer pipí debe ser la tisana que estaba aguada pero ya vuelvo no cuelgues ya volví Xiomara como te venía diciendo la casa de los Londoño estaba iluminada a todo meter cágate niña con dos policías uniformados en la puerta que para nada sirvieron cuando se formó la tángana cónchale y la Nena Londoño de lo más bonita por primera vez en su vida hay que reconocerlo se gastaron un platal en el vestido importado de París de Francia qué delirio creo que de Cristian Dior blanco bordado en pedrería y los zapatos que ni Gres Quéli ni Yaquelín pues yo fui de rosado un vestidito de lo más sencillo ¿okey? pero de lo más elegante lo hizo la modista de Mami que cose pepeado te contaré ponte pálida no se lo digas a nadie Xiomara yo he hecho ultimadamente un levante chévere cambur un muchacho buenísimo Superman con el coco pelado porque entró hace poquito a la Universidad a la Católica espérate un momentico después te cuento había carné de baile como en los tiempos de mi abuelita los papas de la Nena Londoño encuentran eso de lo más chic una cursilería es lo que es esa pendejada qué desastre en lo que Mami vio repetido cuatro veces el nombre de mi bachiller en el carné se llama Járold un nombre de muerte ¿verdaíta? pues Mami me armó el primer zaperoco de la noche ella es muy fregada antes de tomarse la tercera champaña después ni hablar se vuelve mantequilla de cariño sabrás que el bufé era del otro mundo un sueño tú siempre tan tragona Xiomara de brío que estabas pensando en el bufé te haré la lista en orden alfabético en el orden que ocupaban en el mesómetro va verás pavo de carne blanca pavo de muslo déjame ver cabeza de cochino con sonrisa rosbif que fue lo que yo comí te lo juro lomito flotando en champiñones pescados con su pollina rubia de mayonesa jamón que es un poco rule ensaladas dulces y agrias y el pasticho que no falla espérate se me olvidaban los langostinos con esa salsa que sabe a pasta de dientes todo aquello en una mesa despampanante elegantísima gloriosa yo hice la cola con mi pelón con Járold ¿ya te dije el nombre? y serví para los dos rosbif para mi pasticho y lomito para Járold y vino tinto por supuesto para Járold muérete que Dalia hizo la cola como seis veces qué impresión le sirvió a seis muchachos distintos a ver si le perdonaban lo gordita le perdonaban lo fastidiosa a ver si la sacaban a bailar la pobrecita Dalia siempre pedaleando tú sí que eres no me digas que todavía suspiras por el Cabezón qué esperanza sí niña sí estaba en la fiesta el esmoquin le quedaba caótico de la patada debe ser de su papá el doctor que es todavía más kilúo que él óyeme tranquila el Cabezón ni se acercó al bufé gorda del bar no lo arrancaba nadie qué sabrosura palo y palo toda la noche soborna a los mesoneros le sirven primero que a

toditos y eso que el señor Londoño por orden de la señora Londoño ella es la que manda tú sabes el señor Londoño dio orden de cortar el güisqui pero el Cabezón siguió al pie de la caña como si tal cosa gorda mejor será que lo olvides para siempre tuyurs claro Xiomara claro que la Billo completica y otro conjunto para tocar en los intersets la Billo se mandó por primera vez con música yeyé me iba muriendo de besitos nada de jamoneo pecaminoso mucho menos había mucha luz mucha gente claro que la de los ojos verdes tú comprendes la novia del pueblo ni me atrevo a nombrarla por si los teléfonos están ligados esa nunca pierde tiempo que va despegada por arriba por abajo un horror una estampilla qué desorden todos los muchachos quieren bailar con ella el próximo set conmigo el próximo set conmigo se la arrebatan la llaman la muslo de oro a Trini ay chica se me fue el nombre no se lo digas a nadie bueno gorda cuando fui al baño Xiomara me encontré que había congreso estaban tres muchachas haciendo pipí en serio fumando en serio pero también estaba Leonorcita inventando un dolor de cabeza para disimular el pavo que había comido estaba Mimí con su veintiúnico vestido el azul celeste tú lo conoces y estaba también Inesita viendo a ver qué se llevaba qué indignación no hay donde ella vaya que no se le pierda algo a la dué casi siempre son tonterías es verdad un perfume un bibeló una polvera la que se va a armar no quiero ni pensarlo qué emoción cuando se desaparezca un collar de brillantes la pobre Inesita no puede controlarse mi pelón opina que es cletómana clectómana qué sé yo a mí me huele que es ladronaza te lo juro deja el pujo Xiomara que ahora te cuento gorda pero muérete que lo más chévere era la piscina bombillitos azules y rosados qué divinidad le pusieron plantas flotantes en el centro lotos como en el Japón con un cisne algo de locura parecía una película de Yúl Bríner otro pelón bello qué impresión tengo debilidad por los pelones bueno mijita voy con la bomba figúrate tú que habíamos picado la torta yo me comí mi pedazo y el de Mami ella no come dulce después de la quinta champaña iba por la octava cáete de espaldas ya habían repartido el cotillón se oía aquel escándalo de piticos chicharras gurrufíos cerbatanas que sonaban tutu ranitas que sonaban cuacuá llovían las serpentinas y los papelillos no tocaba la Billo sino el conjunto de repuesto en ese momento era un valse ¿a quién se le ocurriría pedir un valse? una música tan fu tan espérate Xiomara espérate vuélvete a caer de espaldas de repente bajó por el cerrito que viene de la avenida principal qué desastre de repente nada menos que una mujer en pantaletas ay chica sin sostén ni nada más arriba con las tetas afuera unas pantaletas rojas con encajitos negros una cosa horripilante ponte amarilla era esa mujer que llaman la Mona Lisa la misma después supe el nombre porque me lo dijo el Tite baja descaradamente por la grama del cerrito la Mona Lisa casi en cueros Xiomara todo el mundo se quedó mudo de entonces ella dijo en alta voz meneaba las nalgas al borde de la piscina ella dijo gritando ¿Aquí es el bonche del Pibe Londoño? qué va no venía sola qué iba a venir sola detrás de ella la Mona Lisa bajaron nada menos que Victorino Peralta en calzoncillos y Güillian el inglesito y el loco Ramuncho tú los conoces bien todos en calzoncillos me aterro desnudos de la cintura para arriba presumiendo de sus músculos gorda moles de tanto hacer pesas y esas caras de malandros yo nos los puedo ver ni en pintura a los de la patota acaban con las fiestas se creen superiores se creen Papa Dios bestias es lo que son no te la pierdas parece que no los invitaron los negrearon resolvieron vengarse cobrársela Xiomarita lo peor era que nadie se movía unos miraban aquella desgracia con curiosidad otros estaban paralíticos de miedo ensuciados chorriados nadie reaccionaba de repente salió el doctor Londoño de allá adentro fúrico vuelto un energúmeno los insultó bandidos inmorales salgan inmediatamente de esta casa y se le fue encima a los patoteros ay Xiomara qué locura Victorino le puso la mano en la pechera al doctor Londoño al papá de la Nena el dueño de la casa niña estaba de frac cayó entre los lotos y el cisne parecía un pingüino un oso

polar qué barbarie no te rías Xiomara tú si que eres aquello daba ira rabieta desesperación la China Gordielles se soltó a llorar como loca un ataque de purita histeria tú la conoces Ramuncho un monstruo es lo que es la agarró por los hombros ¡pum! también la tiró al agua no te rías me iba muriendo la pobre China flotando entre los lotos con su vestido blanco de velitos qué agonía igualita a Ofelia dijo mi pelón ¿quién será esa Ofelia? y también fue a parar a la piscina un viejito baboso de esos que llaman la generación del 28 y a mister Güilquinson le metieron un piñazo que por poco le parten la quijada y después corrieron por la puerta principal tumbando jarrones tumbando mesitas arrancando cortinas la Mona Lisa adelante Victorino corrió de último porsia unos salvajes es lo que son ¿okey? no Xiomara qué va niña los policías no aparecieron por ninguna parte los papas de las muchachas gritaban delincuentes cuando ya se habían ido gritaban ésta la van a pagar cara los vamos a demandar los vamos a denunciar por la prensa con nombres y apellidos les vamos a caer a tiros uno hasta sacó el revólver cuando ya se habían ido qué gracia cuando ya se habían ido ninguno va a hacer nada te lo juro mijita son los hijos de sus mejores amigos más vale echarle tierra a las cosas olvidarse de ¿cómo van a pelearse con el doctor Argimiro Peralta Heredia y con don Filiberto Ustáriz? porque también estaba Ezequiel Ustáriz en la joda esa yo los odio a los patoteros abusan de su musculatura pelean sobre seguro con ventaja gozan ridiculizando a la gente después corren en el fondo son unos yo los odio a muerte ay chica se me olvidaba contarte que a Járold mi pelón también lo tiraron al agua figúrate tú estaba estrenando un esmoquin que le queda bello no sabe nadar figúrate tú el chofer de la casa tuvo que sacarlo respiración artificial qué desesperación ¿verdad que dan ganas de llorar gorda? chao gorda me muero gorda chao.

Victorino los dejó celebrando a carcajadas y codazos el naufragio de la fiesta de la Nena Londoño, la Mona Lisa había renunciado para siempre a sus vestiduras, cabalgaba desnuda por las avenidas del Country, Lady Godiva a horcajadas sobre la moto de Ramuncho, Victorino los dejó celebrando, enrumbó el Maserati carretera panamericana arriba, neblina arriba, hasta más allá de Los Teques, hasta más allá de Los Colorados, hasta más acá de Guayas, hasta una hondonada donde duendes en gavilla, que siempre andan sueltos por los valles de Aragua, o quizás ruidos congénitos del monte, le ordenaron devolverse. El Maserati iniciaba el descenso cuando Victorino encendió sin premeditación la radio, fluyó inesperadamente de los metales la Filarmónica de Berlín, fluyó inesperadamente de las maderas la Sinfonía Fantástica, era una música desconocida para Victorino, el desfogue romántico de los violines le impidió apagarla, cuando se serenaron los violines lloró la trompa aislada y melancólica, Estoy jarto de toda esta vaina, pensó Victorino, Victorino tiene que irse de este desdichado país, Malvina, de este embrión de país, de este feto de patria conservado en un frasco de alcohol, se llevará el recuerdo de usted por único equipaje, tomará un trasatlántico de nombre Malvina, navegará por mares con sabor a Malvina, bajo cielos color Malvina, hasta puertos donde nadie sepa quien es, hasta suburbios, donde los relojes digan doce veces Malvina para anunciar la medianoche, y usted permanecerá viva y sepultada en esta cárcel con pretensiones de país, gladiolo de la misa de doce, lirio de la cancha de tenis, clavel de la barrera de sombra, tulipán de la canasta, nomeolvides de las discotecas, virgo potens, virgo clemens, virgo prudentísima, hasta que se case, hasta que la casen con uno de esos cuarentones amigos de la familia, doctor en leyes, o ingeniero civil, o miembro de la Bolsa de Caracas, bolsa de Caracas, jamás presenció Caracas una boda tan, Victorino tiene que irse de esta caricatura de país, Malvina, la iglesia reventaba de música y de luces, qué linda está la novia, parece un arcángel la novia, usted camina majestuosa por entre los murmullos de las viejas y las frases del órgano, ¿Acepta usted por esposo?, Victorino recibe la noticia en Copenhague, la tropieza en un

periódico del mes pasado, diciembre, sobre una mesa del consulado, viene su foto de azahares y una lista abrillantada de invitados, Victorino preferiría la tarjeta de entierro, ha fallecido cristianamente la señorita Malvina Peralta Ulloa, qué golpe tan recio, qué dolor en el pecho, pero es más llevadero que, tiene que escaparse de este país, Malvina, por mares color Malvina, hasta muelles brutales donde le den trabajo de estibador, beberá ginebra pura en tabernas olorosas a brea y aserrín, de brazo con los marineros y las prostitutas, les hablará de una prima y novia suya, ellos se burlarán obscenamente de sus lamentaciones, Victorino estrellará su vaso sobre el cobre relumbroso del mostrador, tiene que marcharse de este horrible país, Malvina, con el recuerdo suyo por único equipaje, con su dulce recuerdo, Malvina. El rasgo del arpa aparece entre los violines como una tórtola viuda que cantara bajo la lluvia, al conjuro de la batuta de von Karajan se trenza la arrebatada tolvanera del valse, el Maserati desovilla armoniosamente las curvas de la montaña, Es una mierda todo y yo mismo soy una mierda, pensó Victorino, el embrollo lo descubrieron aquella noche en que usted celebraba su fiesta de cumpleaños, Malvina, Victorino se puso a bailar con usted toda la noche sin saber por qué, él tenía una novia llamada Lucy que rompió a llorar desconsoladamente cuando los vio bailando de ese modo, no es correcto que cosas así sucedan entre primos hermanos, en otra época a usted le gustaba treparse a su motocicleta, se apretaba contra su suéter y él sentía en la espalda el calorcito de sus senos, en otra época se bañaban juntos en la piscina, Victorino nadaba silenciosamente debajo del agua para brotar de pronto entre sus, en otra época usted no lo llamaba Victorino como todo el mundo sino Jefe Indio, ¿por qué Jefe Indio?, pero no descubrieron el embrollo sino aquella noche de su fiesta, Lucy sollozaba bajo las palmas del jardín, quería morirse, Victorino bailaba con usted y con usted, cada vez más cerca, cada vez más olvidados usted y él de los ojos que los rodeaban, parece increíble que dos primos hermanos, Victorino tiene que desaparecer de esta tierra hosca y emponzoñada, la gente mira con rencor de prestamista, por donde uno camina no pisa sino estiércol y odio, bejucos de odio, pajonales de odio, Victorino tiene que huir de este país, Malvina, bailaba con usted y la besó en la boca, nadie les importaba, Mami no íes quitaba la vista desde su mesa, ¡dos primos hermanos!, Mami pálida y asombrada entre botellas de champaña y candelabros, Lucy había desaparecido, Victorino la llamó por primera vez Mi perrita linda, su corazón giraba incendiado a los pies de usted como un trompo perpetuo, tiene necesidad de su cuerpo, Malvina, debe escaparse de este país, su corazón gira que gira a la sombra de sus ojeras, salir a remo y vela de este país, de este pobre país. El oboe y el corno inglés desgarran sus cuitas pastoriles, resucita la mañana sobre los valles, renace la luz entre los ijares colosales de los cerros cercanos, amuralladas catedrales verdes irrumpen de la sombra, toros de cielo negro vadean esteros grises, toros de cielo negro se empotreran en dehesas azules, se erige rescatada de la noche la tornadiza cartografía de las nubes, de los barrancos sube un olor a hierba recién cortada, un olor a cañamelar cimbrado por el viento, un olor al resuello de los inmensos árboles floreados, la flauta y el clarinete revolotean por entre el espigueo de los violines, cuántos verdes distintos acuden al llamado, desde el verde desvalido que amarillea en la ladera próxima hasta el verde ronco y misterioso que negrea en los remotos cangilones, irse de este país, dar la espalda a estos acicalados paisajes de regadío, renegar de estas mórbidas laderas oportunistas, Se cansa uno, no jo, pensó Victorino, usted y su impenetrable vientre enamorado, Malvina, si Victorino se quedara con usted en este país, si renunciara a su realenga libertad, si pisoteara sus principios que le ordenan ser diferente a los demás, si se domesticara para vivir a la sombra de usted como un cocker spaniel, orejón y peludo como un cocker spaniel, el padre de Victorino les regalaría de matrimonio una espléndida finca arrebujada en este despilfarro de verdes,

el padre de usted les abriría una linda cuenta en el National City Bank, don Victorino Peralta criador de caballos pura sangre, don Victorino Peralta criador de becerros holstein y de pollitos W. horn, ese es él, su bella esposa Malvina Peralta de Peralta montada en una yegua baya, esa es usted, qué apabullante felicidad, qué fastidio rural, Malvina, Victorino prefiere escaparse de este país, viajar con el recuerdo de usted bajo el brazo como un portafolios, que le den una puñalada en una taberna de Rotterdam, él no es sino un patotero triste, Malvina, la juventud es la más confusa de las tristezas, él la llama desde la deprimente soledad que enfrenta el motor de su automóvil, usted no le responde, le responde el redoble de las nubes pizarra que se aglomeran allá lejos, la llama nuevamente porque tiene hambre de su cuerpo, Malvina, le responden tan sólo las nubes oscuras con su trémolo de cuatro timbales, la llama y la llama desde sus torreones claudicantes, Malvina, ni siquiera las nubes sucias le responden, Victorino tiene que huir de este silencio. Victorino aceleró la velocidad del Maserati, apremiado por el baquetazo de los timbales, por el contraluz guerrero de las trompetas, por el rezongo enconado del contrabajo, arrastrado por el brisote de todos los arcos, sometido a la constante acentuación de la Marcha al Cadalso, el Maserati desplazaba raudales de aire impávido, contra los cristales morían crucificadas las mariposas amarillas, el Maserati era un relincho de plata que bajaba de la montaña como la voz de Jehovah, ¿Soy o no soy el grande de la patota? pensó Victorino, sí es, Malvina, Victorino Peralta enciende un fogón para quemar los caletres del bachiller en filosofía, a Victorino Peralta le dan vómitos las componendas falderas del hijo de familia, Victorino Peralta le tira una trompetilla a las poses heroicas del joven revolucionario, Victorino Peralta se caga en el raquitismo y en la inspiración del poeta hermético, Victorino Peralta no tiene otra profesión sino el orgullo de no tener ninguna, duro de pectorales, Malvina, duro de bíceps, duro de maseteros, duro de corazón si viene al caso, propietario y piloto de esta máquina prepotente que obecede a sus manos y a sus pies y a sus gritos, Malvina, como un burrito de panadería. Los cauchos desafinan en las curvas, los cauchos chillan azuzados por la zalamería del fagote, espoleados por el pizzicato neurálgico de los violines, el velocímetro marca 110 cuando pasan al viejo Dodge cremoso, 120 cuando pasan al Buick azul, 125 cuando pasan al Cadillac negro, Victorino maneja con una precisión invulnerable, la izquierda en las 11 de un reloj imaginario, la derecha en las 3 de un reloj imaginario, 130 cuando pasan al camión de carga que pretendía estúpidamente no dejarse pasar, el camionero grita una insolencia que se la lleva el viento, Soy un machete pelado como volante, pensó Victorino, Victorino tiene sobrado derecho a correr a 140 kilómetros por hora, Malvina, Victorino domina este tremendo Maserati como si fuera un burrito de panadería, Victorino lleva grabada en el cerebro la explicación de cada tuerca, de cada alambre, de cada gota de gasolina, y luego la pericia de Victorino, sus músculos sus reflejos sus nervios, este descenso a 150 kilómetros por hora es un pasatiempo tan inofensivo como el paseo de un bebé en su cochecito de encajes, Victorino logrará algún día fugarse de este país, Malvina, disputará verdaderas, disputará auténticas carreras de automóviles, en Monza y en Le Mans, Victorino Peralta de casco y sonrisa, la insuperable estrella suramericana, el nuevo Fangio, ramos de flores y besos de muchachas rubias a la llegada, lástima que se haya matado el campeón inglés en la última curva, lo asaltan los fotógrafos, Malvina, lo arrinconan las buscadoras de autógrafos, Victorino Peralta ha batido el record mundial gritan los altavoces, Malvina, eso sí será correr contra los relojes y contra la muerte, no esta excursión de aficionados, esta procesión a 160 podridos kilómetros por hora, repitiendo una ruta que conoce como la palma de sus manos, Malvina, en una aparatosa máquina ornamental que domina como un burrito de panadería. De repente comenzó a llover sobre los campos y sobre el macadam, Victorino había corrido al encuentro de las nubes

pizarra que se aglomeraban en la lejanía, al encuentro de un aguacero hosco que ahora caía sobre él en grandes goterones sesgados, greñas de pantano se desprendían del cerro y atigraban de ocre la carretera, el limpiaparabrisas desbarataba espesas telarañas de agua, los platillos de la Filarmónica de Berlín rechinaron a la luz de un relámpago, Victorino no disminuyó la velocidad, no era necesario disminuirla, no era, en la curva donde pusieron el cartel de la Orange Crush, ahí fue la cosa, las ruedas traseras del Maserati perdieron adhesión, los cauchos patinaron sobre el cemento húmedo, la mole violenta del automóvil se ladeó en diagonal buscando el talud del cerro, Victorino sabía perfectamente que en esos casos no se frena, no se frena jamás en las derrapadas, Victorino
cambió la velocidad, Victorino pisó el acelerador, era la maniobra indicada para evitar el encontronazo a la izquierda, para evitar el despeñamiento a la derecha, Victorino la ejecutó limpiamente, entonces brotó de la lluvia, entonces apareció en sentido contrario aquel autobús color violeta atestado de pasajeros y gallinas, desbordante de niños y canciones, Victorino enfurecido por su puerco destino dio un manotón violento al volante, el Maserati torció su embestida hacia el precipicio, Victorino no, Malvina, miperrita linda, carajo, Mami, pensó Victorino, los aterrados pasajeros del autobús color violeta sólo vieron un relincho de plata que cruzaba el tejido de la lluvia, los niños del autobús enmudecieron para escuchar un estruendo de yunques y trombones que daba tumbos entre los peñascos hasta detenerse en un clamoroso rígido iracundo acorde final.
Pero la sinfonía no había terminado, Malvina. En virtud de un milagro de Orfeo, hijo de Apolo, o en su defecto de Santa Cecilia, esposa de San Valeriano, la Filarmónica de Berlín continuó tocando en la entraña del abismo, en medio de un amasijo de heléchos aplastados, hierros retorcidos, humareda y despojos, sí, Malvina, despojos. También sonaba el estrépito del aguacero pero tan vocinglero que costaba trabajo precisar si era rumor del agua o algazara de brujas empecinadas en celebrar un inadmisible aquelarre matutino en torno al cadáver de aquel adolescente. El aguacero estridente y burlón (la lluvia montada en palos de escoba) decía con extravagancia goyesca de clarinete requinto:
Tú pensabas escapar de este hermoso país, pobre muchacho muerto, usaremos tu semen como ungüento para empinar nuestras tetas flácidas, usaremos tu sangre como bálsamo para alisar nuestras nalgas arrugadas, tu semen mezclado con belladona y mandragora, tu sangre perfumada con opio y cicuta, pobre muchacho muerto que soñabas con desertar de este maravilloso país.
Fue preciso que acudiera el viento en alegato de los restos de Victorino, un viento tan encarnizado que no se sabía si era el viento o si hermandad de frailes encapuchados que entonaban la más nefaria versión del Dies Irae que imaginarse pueda:

Dies irae, dies illa
solvet saeclum in favilla,
Lucifer con su morcilla se frota la rabadilla,

eran los frailes del viento juramentados para malograr el aquelarre de las nubes.
Las abominables hechiceras se hallaban en manifiesta desventaja a esa hora temprana, sin murciélagos ni tinieblas, bajo esa luz del día refractaria al vuelo de las escobas, y a las misas negras y a las tarantelas sicalípticas. Para complemento, desde una ermita solitaria repicaron, en auxilio de los monjes oficiantes, las parcializadas campanas del papa romano.

Dies irae,

dies illa solvet saeclum in favilla,
Lucifer con su morcilla
se rasca la rabadilla.

Judex ergo cum sedebit
quidquid latet adparebit
debéis alzarle el rabebit
para besarle el culebit.

Huyeron finalmente en ritmos encabritados las brujas de la lluvia, vencidas por la implacable solemnidad del canto llano. Escampó a todo lo ancho del valle. Un arcoiris de postal azucaró los cielos. En jaspeada gritería descendían por las vertientes los pasajeros del autobús, encabezados por sus niños cantores, y descendían con ellos los trajes rojos de los bomberos, y el verde oliva de los guardias nacionales, y los pañolones blancos de las campesinas, una muchedumbre bajó por las Vertientes en un tutti orquestal, para asombro y desbandada de las lagartijas. Ahí sí terminó el concierto de Berlioz, Malvina. El pajarraco negro que se había posado en la frente apaciguada de Victorino, huyó en un aleteo rastrero y grotesco.

VICTORINO PERDOMO

El aire y los objetos adquieren olor de archivo en esta casa. Además, hace un calor ondulante de barco negrero o de purgatorio. La única vibración joven (joven no: colérica) es el calor. Las sillas son una especie de reclinatorios negros de asientos hexagonales y escudos labrados en el espaldar. Esotéricos muebles de sacristía jamás admitidos en ninguna otra sala de esta ciudad hereje metálica petrolera electrificada. Un gran armario ¿tiburón? ¿catafalco? preside la asamblea. A través de sus cristales te vigilan soperas y platos de porcelana. Las iniciales doradas que los decoran se trenzan como parejas de recién casados. No hay ventanas ni claraboyas ni. Una espesa cortina de oro viejo, cabellera de mujer del Tiziano o cielo de Turner, sugiere la vecindad de un cuarto similar a éste. Aquí viven las señoritas Larousse. Sí, bachiller, el mismo apellido del profesor francés que editó el diccionario. Pero no son francesas. Son de Cumaná, posiblemente de Cumanacoa. A toda hora muy aseadas, con sus cuellos de encaje Rojas Paúl, su fragancia de bay rum también Rojas Paúl. Nadie acertaría si pretendiera adivinar quién puso. Cómo se puso en contacto nuestra Unidad Táctica de Combate con estas tres viñetas sobrevivientes de "El Cojo Ilustrado". Tan sólo el comandante Belarmino y yo conocemos las raíces ontológicas de su adhesión a nuestra causa. Son espiritistas. Un espiritismo subversivo, edificado sobre plataforma terrenal comunista. O más bien anarquista. O más bien. Nos contemplan con ternura maternal. Las pobres nunca han tenido un hijo. Tal vez sus carnes, me arriesgaría a jurarlo sobre la Biblia, no han sentido jamás "entrar pulgadas de epidermis llorando", como dice Neruda. Nos obsequian dulce de higo y mermelada de naranja. Con vasitos de agua fresca del tinajero colonial. Nos prestan a conciencia (se necesita tenerlos muy bien puestos, valga la paradoja) su casa para lugar de acuartelamiento en víspera de las acciones. Lo cierto es que les encanta el jaleo, la movida, el merequetén. Angela Emilia Larousse, la mayor de las tres, tiene más de cincuenta años y toca pedacitos del concierto de Haendel en el arpa. Se mantiene en relación permanente con los espíritus más batalladores del otro mundo. Una noche conversa con Savonarola y otra con Augusto César Sandino. Muertos de pelo en pecho, exclusivamente, Mahatma Gandhi jamás. La segunda hermana, Silvia María, cuarenta y ocho años, pinta acuarelas, prefiere servir de médium. Al apagarse la luz siente un escalofrío en la médula espinal y una categórica mano ajena que le conduce la suya. El único defecto de los espíritus es su tendencia incorregible al entremetimiento. Les encanta predecir, asesorar, opinar sobre el posible resultado de nuestras acciones, sin que nadie les haya dado vela en ese entierro. Hoy se nos aproxima Angela Emilia doblegada por agoreras revelaciones de ultratumba. Dice: Anoche hablé con el Mariscal de Ayacucho, nada menos. Dice: Y se refirió al asalto que ustedes están preparando. Dice: (Yo por mi parte no sé una palabra de ese asunto, ni me interesa). Dice: El Mariscal no entró en detalles, pero él tiene la seguridad de que va a fallarles la cosa. Dice: Les aconseja que la dejen para otra oportunidad. Dice: El les avisará por mi intermedio la fecha más conveniente. El comandante Belarmino se finge muy impresionado. Promete posponer la operación. Dice: Le ruego a usted que transmita al Mariscal Sucre nuestra infinita gratitud por. Y seguimos acuartelados. Espartaco (no el esclavo insurrecto que convocan a medianoche las señoritas Larousse sino nuestro bizco compañero de UTC) llegó antes que ninguno. Yo, que fui el segundo, lo encontré sentado y huraño en un rincón de la sala. Luego se presentó Carmina, de suéter negro y falda roja, disfrazada de 26 de julio, qué caradura, Belarmino le va a preguntar si no tenía en el closet una falda de otro color. Carmina se sentó a mi lado y abrió el libro que traía. ¿Tendrá la desfachatez de ponerse a leer a Politzer en estos momentos? Las

mujeres son capaces de todo. La espío. Se trata de "El caso de los bombones envenenados", Colección del Séptimo Círculo, menos mal. Después llegó Valentín. Y Freddy pisándole los talones. Oigo un desagradable aleteo de pájaro mojado en mi pecho, pero sonrío chaplinesco a los que van entrando. Miedo se tiene siempre, lo importante es que los demás no se den cuenta, o al menos que se den la menor cuenta posible. Falta Belarmino. No acostumbra llegar de último, qué le habrá pasado. Los cinco estamos pensando, se nos nota, en ese imprevisto retraso suyo, qué le habrá pasado. Súbitamente cambia el panorama, Belarmino está aquí. Saluda con un qué tal tranquilizador. Es entonces, o unos minutos más tarde, cuando se abre la cortina rubia y Angela Emilia Larousse avanza sobre ascuas para transmitirnos el recado del Mariscal. Detrás de ella viene la menor de las tres hermanas, Ana Rosario Larousse, cuarenta y cinco años, muy canosa, fue pelirroja, escribe versos. La poetisa trae seis tacitas de café humeante en una bandeja. Yo no creo en la existencia de los espíritus propiamente dichos, el materialismo histórico me defiende, pero. Supongamos que una fuerza psíquica, material pero psíquica, adquiera en las antenas receptivas de Silvia María Larousse la apariencia espectral del Mariscal para comunicar presentimientos, deducciones, ondas emitidas por un cerebro equis en tal sitio. La transmisión de pensamiento también puede ser una ciencia, cono. Belarmino está hablando. Hace inventario. Espartaco tendrá un revólver. Yo el mío. Freddy la pistola que conseguimos prestada. Valentín la suya. El propio Belarmino su zetaká. Carmina su beretta. La misión de Carmina se reduce a esperarnos en el auto. ¿No es excesivo armamento para ella tan mortífera ametralladora? Cualquiera se lo discute, le dirá maricón. Las armas no están aquí presentes, a la vista, pero nada importaría que estuvieran. A las señoritas Larousse nunca las ha intimidado la proximidad de nuestras bocas de fuego. Las miran como si ellas, las Larousse, fueran granujillas curiosas detenidas ante el escaparate de una juguetería. También respira un gato en la sala. No es un gato de porcelana sino un opulento gato vivo, por eso digo que respira. Parece de Angora por lo majestuoso y lo Cortázar. Carmina ie pasa la mano por el lomo insinuante. El animal se acurruca a su lado, santurrón y lujurioso. Este silencio es una porquería. Lo deja a uno solo con. Y uno se pone a manosear como pasado, como presente, unos acontecimientos que son todavía futuro nublado. Nublado de moscardones y presunciones: si sucede tal cosa, si falla tal otra, si hay tiros. El viejo del retrato despliega en abanico sus barbas
filantrópicas. Es un anciano noble y conciliador pero con una mirada de mal carácter. El padre de las señoritas Larousse, que en paz descanse, claro está. Invitado perpetuo, cuerpo astral de cabecera en todas sus sesiones espiritistas. Lo importante es que los otros no se den cuenta de la cantidad de miedo que tiene uno, todos lo tenemos, sin excluir a Belarmino que se está limpiando las uñas con una lima puntiaguda. Freddy y su lustrosa chaqueta de mecánico van por el octavo cigarrillo consecutivo, Freddy los enciende con el cabo. ¿Estará Carmina leyendo verdaderamente o nos monta un teatro de lectura? El gato permanece a sus pies en imploración de otra caricia que no. Este silencio es una asquerosa porquería.

Habíamos levantado una rufa chévere, un Lincoln azul marino Freddy rompe el silencio para contar el asalto al restaurant "La Estancia", aquel que en crónicas tan jocosas reseñaron los periódicos más honorables. El Murciélago nos largó en la esquina y se quedó esperándonos con el motor prendido, los otros siete nos zampamos en pelotón por una misma puerta, qué joder, no era la puerta del restaurant, era la puerta de una boite que comunica con el restaurant, no habíamos chequeado lo suficiente, para esa época éramos unos loquitos y nada más, palante y atravesamos la boite, esa vaina está todavía oscura y vacía a las nueve de la noche, y desembocamos a la cañona en el bar del restaurant, un bar con alfombras que ni se te oyen las pisadas, había mucha gente y

mucha conversadera, a los clientes se agregó un banquete de directivos, tipos de una compañía del hierro o de otra mierda metalúrgica, creo yo, que afilaban su aniversario, Careguapo va a la vanguardia de sus tártaros, comanda la acción con una guacharaca thompson en la mano, y pega ese leco, ¡Somos de la Digepol, de la Dirección General de Policía, venimos a hacer un registro, sabemos que aquí se consume cocaína y otras drogas!, a vuelo de pájaro reojé un coronel uniformado que hablaba por teléfono, me le voy encima en velocidad, le corto la comunicación con la zurda, y con la derecha le clavo la pistola en las costillas, y le digo suavecito Afloje el arma y no se mueva, más trabajo me costó el cocinero que estaba tres pasos más allá asando unos pollos, no quería dejarlos, Se me van a quemar, tuve que darle duro con la cacha de la escupidera en el coco para que abandonara sus pollitos y se viniera conmigo, era el abanderado de los pendejos el cocinero, había un policía de guardia, el policía de guardia se tragó que éramos digepoles, y se le acerca muy respetuoso a Careguapo, a excusarse porque esa noche había dejado el revólver olvidado en su casa, otro campeón de la pendejada, bueno, había un gentío, ya lo dije, más de cien personas, y nosotros no éramos sino siete, también lo dije, un diplomático de terno negro resolvió identificarse ante la Digepol, pensaba él, No permitiré que la policía me registre, eso dijo, Careguapo le apuntala la thompson en la barriga y le contesta, Reclame mañana ante nuestra Cancillería señor Embajador, y el señor Embajador comprende que estamos a punto de abollarlo, y entonces prefiere dejarse registrar, las únicas que se atrevieron a echarnos vaina, porque todo el resto tenía cara de diarrea, fueron dos señoras bastante puretas, nos llamaron irónicamente "jovencitos belicosos", y nos miran con ojos flamencos, hasta que Loro Culón se calienta y les grita ¿Por qué nos miran así, putas de mierda?, y entonces se enserian como un par de, además de la thompson de Careguapo llevábamos dos nueve milímetros, y una cuarenta y cinco niquelada, y dos fucas calibre treinta y ocho, sin contar la belleza que yo le saqué al coronel de la empanada, con la promesa de devolvérsela en cuanto terminara la requisa, yo te aviso mi coronel, no era ninguna golilla encarrilar aquel ganado, ponerlo en orden para registrarlos con comodidad, una operación que habíamos planeado para quince minutos nos llevó casi una hora, de repente entra una pareja de lo más jamoneada, al tipo se le espicha la risita cuando huele que algo raro sucede, Mejor es irnos para otra parte mi amor, dice, pero se les atraviesa la cuarenta y cinco del Lapo Víctor, ¡Padentro es que van!, otro detalle fue que Loro Culón visteó un churrasco bien jugoso servido en una mesa, con su ensalada y sus papas fritas, Loro Culón ni siquiera había almorzado, se sentó a atragantárselo en medio minuto, eso le valió al día siguiente una crítica de pinga, a punta de pistola y saliva conseguimos arrinconar a la gente en una pared del comedor, los clientes y los mesoneros y los empleados, lo que fueran, el Gordo Rodolfo dijo por joder un poco, ¿No sería mejor que los arrodilláramos?, y un cliente vestido de marrón que era el más asustado, mejor dicho, el más cagado, lo oye y arenga a las masas por su cuenta, ¡Señores, los agentes quieren que nos arrodillemos!, y se arrodillan de golpe y en manada como en misa, pero esa parte no entraba en nuestro plan, lo juro por mi madre que está en Cabimas, eso sí, Careguapo aprovechó la obediencia ciega para gritar, ¡No somos ninguna Digepol, esto es un atraco, vengan las carteras y las joyas, o habrá plomo!, nadie chistó, bueno, el coronel sí pretendió alebrestarse, tuve que entromparle otra vez la pistola en las costillas, bueno, también una gorda refunfuñó antipatrióticamente ¡Esto no sucede sino en Venezuela!, el Gordo Rodolfo y Loro Culón pasan la raqueta, la colecta nos produce una buena mascada, cuarenta mil bolos en billetones, joyas como peo, relojes en bruto, metemos la macolla en tres maletines que llevamos, y al día siguiente, domingo y todo, están en poder de la organización, sin faltar un zarcillo, éramos ocho muertos de hambre contando al Murciélago, seis

alumnos de la Escuela Técnica y dos desempleados, por debajo de la clase media como quien dice, éramos incapaces de tocar un centavo que perteneciera a la revolución, no como pasó en ciertos casos que yo conozco y ustedes también, bueno, la operación se acababa cuando Careguapo dijera Voy a avisarle al destacamento de afuera para que descarguen las ametralladoras si alguno intenta salir detrás de nosotros, lo dijo recio y lo repitió, y se fue por el portón que da a la calle, por donde debimos entrar, y nosotros lo seguimos sin apurarnos y sin dejar de apuntar a la concurrencia, al llegar a la máquina el Murciélago nos contó y faltaba uno, Falta Monseñor, dijo el Gordo Rodolfo, la verdad fue que cuando nos contamos y mordimos la falta de Monseñor ya el Lincoln había recorrido media cuadra, no sabíamos si Monseñor se había quedado en el restaurant, o si se había corrido en plena acción, eso también pasa a veces, o qué carajo le había sucedido a Monseñor, No es posible devolverse a buscarlo, dice Careguapo, ¡Que se joda!, dice el Lapo Víctor, y aterrizamos en la Universidad, qué parrilla, a la media hora se nos reúne Monseñor tranquilazo en el corredor del Aula Magna, Monseñor explica su eclipse, estaba registrando el piso de arriba cuando Careguapo dio la orden de retirada, no la podía oír, Por cierto, dice Monseñor, bajé las escaleras y la gente seguía arrodillada, nadie se paraba ni de vaina, aquello parecía San Pedro de Roma, Entonces, dice Monseñor, salgo a la calle y un libre me trae hasta el reloj por los tres bolívares que Careguapo me prestó esta mañana. Y se acabó el cuento, denme un cigarro, dice Freddy. Ese asalto rocambolesco a un restaurant iluminado, ese arrodillamiento peliculero del auditorio, no éramos sino unos loquitos, dijo bien Freddy, todos esos folletines pertenecen a un pasado risible. Ahora vomitan los diccionarios sus palabras más puercas: odio, patadas, balazo, represalia, herida, digepoles, llaga, ¡muera!, bayoneta, calabozo, Cachipo, La Isla, San Carlos, El Vigía, cicatriz, automática, beretta, zetaká, laguer, cok, ¡abajo!, agonía, sepultura, sapo, allanamiento, interrogatorio, callarse, hambre, cementerio, sifa, comando, sed, hemorragia, ¡disparen!, acuartelamiento, miedo, delación, fusilamiento, matar. ¿Quién comenzó a matar? Ellos comenzaron a perseguir, ellos comenzaron a matar, nosotros recurrimos a nuestra violencia para defendernos, después la violencia de todos se convirtió en sistema pan atmósfera. La vida ajena vale dos centavos, nada. La vida propia vale cuatro centavos, casi nada. Los libros y los himnos desembocaron en tiros nuestros, en descargas de ellos. Ellos publican en la gran prensa la fotografía de sus muertos. Agentes de policía o guardias nacionales con los sesos volados y la sangre manando del uniforme, la viuda y los huérfanos lloran asomados a una urna de tercera clase. Nosotros publicamos en nuestras hojas mimeografiadas las listas de los compañeros caídos, muerto en combate, fusilado en la montaña, lo colgaron de un árbol, se quedó en la tortura, no tuvo otra salida sino el suicidio, lo notificaron como suicidado pero El comandante Belarmino participó en un asalto (él nunca se lo ha contado a nadie, yo no necesito que me lo cuente, leí en un periódico la descripción del hombre que comandaba la acción, me fijé en el procedimiento, puedo jurar que era Belarmino) donde hubo que matar a dos tipos, dos cajeros, dos pagadores, se negaban a levantar las manos, uno de ellos hizo el ademán de sacar algo del bolsillo, el comandante los barrió con la ametralladora, sin duda que era Belarmino, los cadáveres aparecían en la última página, con la camisa abierta para que se le vieran las troneras de la garganta, acostados sobre sábanas manchadas, las caras perfiladas y desvaídas, como de cera. De los otros compañeros aquí presentes nada concreto sé, salvo de Valentín que es mi amigo, mi condiscípulo, Valentín se concreta a conducir la máquina, espera a veinte metros del lugar, nunca ha disparado contra nadie, me lo hubiera contado. En cuanto a mí mismo, yo tal vez maté a un policía en una toma de barrio, en La Charneca, los compañeros arengaban a los vecinos y repartían panfletos, ¡Nuevo gobierno ya!, Barretico y yo custodiábamos la operación

atrincherados en la bodega de la esquina, de repente apareció en carrera y con una peinilla en la mano, de repente apareció aquel policía novato imbécil infeliz que se metía solo y sin precauciones en un barrio tomado por la FALN, Barretico y yo disparamos al mismo tiempo, a cinco metros de distancia, el hombre cayó de cabeza en un zaguán, nosotros corrimos a organizar la dispersión, al día siguiente el periódico trajo el retrato del muerto, un solo tiro en la sien derecha, así decía el reportaje, a uno de los dos nos falló la puntería, por eso digo tal vez cuando digo que maté aun policía, Barretico asegura que fue él, era un mulato llamado Julio Martínez con tres hijas y un diente de oro, así decía el reportaje, y un solo tiro. ¿Habrá matado a alguien Carmina con su beretta? ¿Tendrá algún difunto en su haber Espartaco que ha escogido románticamente ese seudónimo de esclavo alzado, Espartaco que se queda meditabundo a cada instante?, cuantas veces la oportunidad se lo permite, se queda meditabundo. Es una guerra a muerte, no estoy exagerando. Las tropas queman un caserío y ejecutan a tres campesinos sospechosos de complicidad con los guerrilleros. Los guerrilleros pasan por las armas a dos campesinos que sirvieron de guía a las tropas. Cinco campesinos menos. Un preso fue amarrado a un mástil, un mástil de barco sembrado en tierra, lo golpearon más de cien veces con tubos de manguera, al día siguiente amaneció colgado de una viga en su calabozo. Una bomba lanzada por guerrilleros urbanos mató a un oficial del ejército y mató también a una anciana que vendía caramelos en una esquina. Fue ametrallada una manifestación de liceístas, muere un estudiante de trece años, nadie se atreve a darle la noticia a la madre. Una UTC prende fuego a una tubería de petróleo, el petróleo pertenece a la Standard Oil, en el incendio perecen dos familias obreras, hay un niño de pecho entre las víctimas. Encuentran degollado a un joven activista, pertenecía a la Facultad de Derecho, al cadáver le mutilaron los brazos, su hermana logra reconocerlo por la dentadura, la cara estaba deformada. Es una guerra a muerte,palabra de honor.

Mi padre, Juan Ramiro Perdomo, no está de acuerdo con muchas cosas, nunca ha estado de acuerdo. Mi padre es un comunista chapado a la antigua, un comunista prehistórico, comunistiosaurio incapaz de entender el lenguaje nuevo de una revolución que construye su teoría al mismo tiempo que la realiza. La clase obrera es la vanguardia indiscutible, el jefe hegemónico de la revolución, repite mi padre lo queha leído. Y si la clase obrera se queda en su casa con dolor de barriga, pues entonces la revolución que espere. Mi padre. Lo que sucede, Victorino, es que el marxismo está dispuesto a renovarse dialécticamente como todas las cosas, pero jamás a destruir sus principios para complacer a los snobistas de la revolución, mi padre toma la palabra sin que nadie se la haya concedido, no habla como quien conversara sino como quien dijera un discurso, nadie en la vida real habla así. Belarmino terminó hace rato de limpiarse las uñas, mira el reloj disimuladamente, se seca el sudor con el pañuelo doblado, Carmina cierra el libro, deja un dedo metido como marcador de las páginas que leía, yo siento que me araña el estómago un ardor peculiar, los dientecitos de una zorra clavados detrás de mi ombligo, no me sueltan. Esa revolución que piensan hacer sin la clase obrera, si acaso llegan a hacer alguna, esa revolución de jóvenes intelectuales inconformes, de rebeldes marginales, de protestatarios, pero sin la jefatura de la clase obrera, llámenla de cualquier manera, por favor, menos marxista, menos leninista, mi padre tiene el cerebro cuadriculado como las colmenas, enladrillado de frases intocables, de proverbios salomónicos. Carmina vino vestida de rojo y negro, pregón innecesario del 26 de julio, Belarmino no se ha dado cuenta todavía de esa ostentación, nadie pensó que los cubanos harían la revolución antes que nosotros, una isla de turismo y tabacos, relajo y rascabucheo, ron Bacardí y Casino de la Playa, "si te quieres por el pico divertir", y nosotros con esta tradición de lucha y este pueblo antimperialista, y estos latifundios, y

este petróleo, hierro, electricidad, de todo, quién iba a pensar que los cubanos nos ganarían de mano, y lo peor es que así como estamos nos vamos a quedar per omnia seculam, si no le arrebatamos las riendas a los dirigentes tipo mi padre, mucha experiencia, mucha honestidad, muy dignos de respeto, desprovistos de bronquios para respirar una era atómica que sube a los cielos con, no podemos permitir que ellos conviertan el marxismo en una momia egipcia, no lo va a permitir una juventud que mi padre no quiere comprender, mi padre. La juventud a secas no es una fuerza revolucionaria sino una etapa por la cual pasan todas las vidas humanas, sin excluir a los fascistas, a los policías y a los que bombardean el Vietnam. La única diferencia entre un revolucionario viejo y un revolucionario joven,Victorino, es que el revolucionario viejo ha tenido que soportar en este país infinidad de persecuciones, infinidad de tentaciones, y sin embargo sigue siendo revolucionario, dice mí padre, Madre no interviene en nuestras discusiones, quisiera decir algo y no lo dice, quisiera llorar y no llora, preferiría cualquier dolor físico a vernos discutir de esa manera irreparable, mi padre en su trinchera y yo en la mía. Yo le entraré de frente al cajero gordo: ¡Levanta las manos que esto es un atraco! Amparo recibe de tres a cuatro su clase de historia del arte, "dice Vasari que Luca Signorelli sólo tenía un hijo, joven de diecisiete años, que murió". Amparo me supone a mí estudiando la teoría del subconsciente freudiano en casa de Valentín. El comandante Belarmino ha vuelto a mirar el reloj, toma el periódico de la mesa, lee los anuncios sin prestar atención a sus convites inaccesibles, Viaje a Europa por la Air France, y el Arco del Triunfo al fondo. Los seudofilósofos que pretenden dividir la sociedad en generaciones y no en clases, en edades biológicas y no en ideologías, no pasan de sofistas baratos o caros a quienes la burguesía ha encomendado, etcétera, mi padre se aferra del marxismo como de un preparado contra la vejez. El peor recurso es invertir el tiempo en pensar que uno puede caer preso esta tarde, te encierran en un calabozo, te encierran a patadas, vienen después a preguntarte nombres y direcciones, vienen a romperte los dientes con cachiporras, vienen a escupirle la cara, vienen a llamarte hijo de puta, yo no diré nada, estoy seguro, completamente seguro, pero preferiría no tener que probarlo. Es bonita Carmina a pesar de su beretta, es bonita aunque digan los psicólogos tendenciosos que solamente por feas se meten las mujeres a revolucionarias, las 3 y 10, a esta hora mi padre se ponía a leer sus clásicos, o escribía un artículo para la prensa, o preparaba un discurso de esos que, mi padre aspiraba a ser diputado, a denunciar desde el Congreso los desmanes del imperialismo, El ciudadano diputado Juan Ramiro Perdomo tiene la palabra, mi padre no comprendía, no es esa verborrea de cotorras, es la violencia revolucionaria lo que hará la revolución. ¿Cuándo he negado yo, Victorino, la función obstétrica de la violencia revolucionaria ? Lo que sí niego es el culto ciego a la violencia por sí misma, a la violencia sin teoría, niego el machismo a lo jalisco, el héroe providencial, el monumento a los testículos, dice mi padre indignado. De esos reductos no lo mueve nadie, la disciplina, los aparatos, las estructuras, las condiciones, el contenido, el carácter, el centralismo, el partido, la hegemonía, las citas, las desviaciones, el extremismo, palabras, palabras, palabras, la juventud de estos países es un volcán que no se apaga con palabras, mi padre desenvaina argumentos como sables de hojalata, ¿y la revolución cubana, viejo?, yo pertenezco a la FALN, me juego la vida en esas acciones que mi padre condena, y soy cien veces más revolucionario que él con su teoría de la plusvalía y sus sermones sindicalistas y su insurrección a largo plazo, cuando estén dadas las condiciones. Yo le lanzo pensamientos de Mao como pedradas, con Madre como único y mudo testigo, nunca como arbitro, Madre no acepta ser arbitro sino mudo testigo. Ernesto trajo las armas en un maletín, pasó por la casadepósito a buscarlas, trajo también la pistola que nos prestó la UTC de Santa Rosalía, esa será para Freddy, los camaradas no querían

entregarla a última hora, tenían miedo de no volverla a ver, las armas están en el cuarto vecino, cada uno va por turno con Belarmino a examinar la suya, iré yo también a chequear mi revólver. Lo grave del asunto es que nosotros creíamos que el anarquismo estaba muerto y sepultado, sepultado por Marx, por Engels, por Plejanov, por Lenin, por Stalin, por sus propios disparates, por el progreso del mundo, y de repente se levanta ese difunto de su mausoleo en pleno siglo veinte, tú hablas como un anarquista, Victorino, que es algo así como tratarse la apendicitis con un curandero, dice finalmente mi padre. Hasta que un día me fui de la casa, una casa vigilada por la Digepol, el Sifa y todas las policías, vigilada a causa mía y de mi padre, entristecida por las discusiones nuestras y por las ganas de llorar de Madre, me fui de la casa un lunes, vivo en una pensión de mala muerte, con un nombre supuesto, me llamo Manuel Padilla, un sujeto libre de las ataduras familiares, libre de la dialéctica de su padre. AI pasar por la plaza de las Tres Gracias serán las 4 y 22, estará estacionada ahí una patrulla junto a Cars, tal vez sospeche algo, cuatro hombres y una mujer en un carro, en esa forma van siempre a los asaltos, si sospecha se pondrá a seguirnos, entonces Belarmino. Ahora mi padre está preso otra vez, lo trasladaron al cuartel San Carlos, Madre se volvió a quedar sola, de nada le valió a mi padre la democracia representativa, de nada le valió el sistema constitucional, se cagaron en su inmunidad parlamentaria, lo levantaron de su silla en el Congreso, Usted está detenido, Pido la palabra, se lo llevaron preso en una camioneta al ciudadano diputado, ahora está en un calabozo del cuartel San Carlos, releyendo el AntiDuhring, pobre viejo. El gordo de la taquilla es un cuarentón de bigotes, probablemente tiene hijos, estará vestido de azul y apilará billetes morados de a diez, verdes de a veinte, naranjas de a cincuenta, achocolatados de a cien, yo le meteré el revólver en las narices, ¡Arriba las manos que esto es un atraco!, después. Carmina ha cruzado las piernas, se le sube un pedazo la falda roja, muestra sin querer el nacimiento de unos muslos hermosos, lo que me sucedió al mediodía con Amparo es, tan mujer que se veía desnuda junto al tocadiscos. I can't say nothing but repeat that Love is just a fourletter word, cantaba Joan Baez, menos mal que otras veces hemos hecho cosas ¿verdad, mi hermano? fabulosas, otras veces, y cuando triunfe la revolución, ¿por qué no va a triunfar?, cuando se venga abajo el gobiernito, ¡se vendrá abajo!, le tiraré el revólver a los perros, me iré a buscar a Amparo, me encerraré con ella tres noches seguidas aunque su madre intente tumbar la puerta, ¿Dónde se habrá metido Victorino?, dirán los camaradas, ¿A quién se le ocurre desaparecer el día de la victoria?, A mí se me ocurre, a mí. Le corresponde a Belarmino desarmar al policía de guardia que es la vaina más peligrosa, a las 4 y 27 entramos Belarmino y yo por la puerta principal, ¿funcionará ese revólver?, lo he probado en una playa desierta, está engrasado y pulido, ¿funcionará?, a cada rato lee uno en los periódicos "Se le encasquilló el revólver", también en la televisión se encasquillan, el gordo estará contando los billetes, ¡Arriba las manos que esto es un atraco!, ¿y si hay tiros?, a las 4 y 27. Belarmino se ha puesto a hablar inesperadamente. Si me matan esa tarde supongo que las señoritas Larousse me dejarán descansar una semana en el purgatorio antes de invocarme a su mesita, dice, así es peor, preferiríamos que no hubiera hablado, no es ningún chiste lo que dijo. Valentín para el carro a pocos metros del banco, yo bajo por la portezuela izquierda, el revólver es un volumen extraño, un frío extraño, un peso extraño en la cintura, son las 4 y 26, a esa hora ya nos esperará la UTC de Isidoro frente a la tapia del colegio de monjas, Espartaco entra por el otro lado, Espartaco trae en la mano un maletín para meter los billetes, Espartaco se encargará del gerente, lo agarran a uno y lo torturan, le queman las nalgas con una plancha, le revientan el hígado a puñetazos, le escupen la cara, lo cuelgan de. Belarmino ha mirado el reloj, esta vez lo mira y lo remira, el comandante Belarmino se pone de pie, son las 4 en punto, todos nos ponemos de pie, por fin

saldremos de esta mierda angustiosa, son las 4 en punto, Amparo, ¿y si hay tiros?
Ni Belarmino receloso experimentado comandante, ni Victorino turbulento soñador activista, ni los espíritus agoreros que invocan las hermanas Larousse, nadie posee la facultad de descifrar el porvenir, "no intentes adivinar lo que sucederá mañana", creo que Horacio. Tan sólo Espartaco ensimismado sospecha, presiente, sabe. Espartaco se hizo miembro de las FALN, es probable, porque la participación en lances de violencia le producía digamos placer, no propiamente placer sino emoción azarosa, uno se salva por un pelo de la muerte y es como haberle ganado la propia vida a una ruleta, ¡Nadie más!, ¡17 negro! y sigues respirando. Espartaco se hizo guerrillero urbano, otra hipótesis, porque un resorte del corazón lo desafiaba a diferenciarse de los demás, a ejercer una fascinación hazañosa sobre los demás, ese es un comecandela, un cabezacaliente, un cuatriboleado, un sietemachos, tiene un huacal de. Espartaco se metió en estos asuntos, una tercera suposición, porque le cargaban las engorrosas tareas organizativas, reuniones apestosas a pedos masculinos y a tabaco malo, le cargaban las sufridoras comisiones de propaganda, tú escribes letreros indefensos en las paredes, "Viva el Che Guevara", aparece la policía y te da una paliza. No es fácil precisar por cuál de esos tres motivos llegó Espartaco a esta UTC, ni por qué eligió como seudónimo el nombre esclarecido del príncipe esclavo tracio. Espartaco es un ser taciturno que jamás exterioriza lo que piensa. ¿Y después? Es admisible que después macerara en silencio su rebeldía, exprimiera rivalidades y rencores y desamparos hasta destilarlos (al cabo de un confuso proceso) en su odio a la pedantería centralista de los jefes del partido, en su repugnancia a las órdenes militares militaroides de los comandantes de la UTC, en su desprecio a la docilidad de los compañeros de base, en su abominación a la muerte, su muerte que lo acecha enmogotada en cada rumor y en cada sombra. Espartaco comprende un poco tarde que no hay ninguna urgencia de morirse, ha perdido la fe en las defunciones heroicas, no hay compromiso más antipático que la muerte, maldito sea, por qué se habrá metido en esta vaina. A Espartaco lo detuvieron hace una semana, y ese hecho lo ignora el comandante Belarmino, lo ignoran los otros miembros de la UTC, a Espartaco lo detuvieron a medianoche tres digepoles, lo estaban esperando desde la tardecita al pie del ascensor, bastó con amenazarlo, te vamos a colgar por las bolas, bastó con hablarle un rato de su muerte próxima, Espartaco no quiere morirse, ahora Espartaco es el único entre ellos que presiente sabe el fracaso que les espera.
Salen uno por uno de la casa de las hermanas Larousse a las 4 y 3 minutos. La verdad es que nadie posee la facultad de predecir el futuro. La patrulla que estará estacionada en la Plaza de las Tres Gracias los dejará pasar como si no los hubiera visto, no le infundirá la menor sospecha aquel Chevrolet negro con cinco hombres y una muchacha adentro, la patrulla fingirá que. En el interior del Chevrolet Belarmino moverá las manos como si refiriera una historia cualquiera para decir: Supongo que habrán roto todos los papeles que traían en los bolsillos, pero si a alguien le queda alguno, que se lo trague. Belarmino sonreirá displicente y dirá en seguida: La mejor protección en los asaltos es perderle el miedo al peligro; mientras menos miedo le tenga uno al peligro, menos peligro corre. Eso dirá el Comandante Belarmino a la 4 y 22, pasando por la plaza de las Tres Gracias, los otros callarán rígidamente, Espartaco entristecido no levantará la vista de sus ajadas rodilleras.
A las 4 y 26 Valentín frenará el carro a siete metros del banco, Victorino saltará desde la portezuela izquierda, Freddy y Espartaco desde la derecha, Belarmino se habrá bajado un trecho antes y vendrá caminando ahora por la acera, el paltó doblado sobre el hombro, la cacha de la thompson calzada en el hueco de la axila, el cañón de la thompson apoyado en la palma de la mano, se cruzarán con traseúntes distraídos, un billetero pregonará sus números, un tullido extenderá la mano mendicante desde su

quicio, en esos segundos la UTC se desplazará sin vacilaciones, la suerte estará echada, el miedo al peligro es el mayor de los peligros, ¡Arriba las manos que esto es un atraco!
Otras cosas sucederán pero ninguno es profeta. El policía de guardia se dejará desarmar mansamente por Belarmino, renunciará sin chistar a su revólver sin balas, serán esas las instrucciones que habrá recibido, revólver sin balas y entregarlo sin chistar. El cajero gordo accederá tembloroso a cuanto le grite Victorino, Tome los billetes, torta de palidez, Todos los billetes que quiera, tiene dos hijos, el infeliz cajero gordo no estará en la onda, No dispare señor, nada le habrán advertido. Se desmayará la secretaría rubia ¡tenía razón Carmina!, un reguero de pequeneces íntimas (polvera, pañuelo, perfumador, monedero, lipstick, rouge, llavero, cigarrillos, peine, aguja, hilo, chiclets, aspirinas, yesquero, amuleto, bolígrafo, desodorante, tarjetas de visita, papeles de identidad, una carta, el retrato de Abelardito, cotex), todo por tierra, ¿por qué no prevendrían a esa impresionable sensiblera televidente? Aparecerá el gerente seguido por el cok de Espartaco que le punza la espalda, bajarán los tres escalones, el señor gerente sí estará enterado de lo que habría de pasar, los esperaba desde las 4, sentirá tanto miedo como si nada hubiera sabido, esos bandoleros son capaces de, le sudará la calva en gotitas copiosas cuando abra la bóveda, capaces de todo. Victorino trasegará de prisa los billetes al maletín y a la bolsa de cuero y. Hasta ese instante el comandante Belarmino pensará satisfecho que jamás operación alguna había sido realizada con mayor precisión, más estrictamente ceñida a los planes previstos.
Pero ocurre que a nadie le ha sido concedido el privilegio de predecir el futuro. "En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso", únicamente El tenía derecho a hablar así. A las 4 y 35, ya cumplida la acción, ya fuera del banco, camino del automóvil, en plena calle es cuando se darán cuenta de la desaparición de Espartaco, ¿dónde se habrá metido, cono?, el Chevrolet negro no estará en su sitio, ¿qué le habrá sucedido a Valentín?, aquel alarido de mujer a lo lejos no podrá ser sino Carmina, el billetero no será billetero sino digepol de metralleta, el tullido se levantará de su indigencia con una pistola welter en la mano, los transeúntes distraídos habrán convertido los automóviles de la cuadra en trincheras, armas cortas y largas apuntarán desde los balcones, una bomba lacrimógena estallará ante sus pasos. Entonces comprenderán.
Freddy ha sido siempre un potro de decisiones rápidas, intentará escapar a la estampida, una zancadilla de policía entrenado lo tirará de bruces sobre la acera, ya llegaba a la esquina. Belarmino tendrá tiempo, segundos para accionar su thompson, apenas una ráfaga trunca, le dará en el pecho al tullido que se irguió combatiente, una baja enemiga, un muerto enemigo y nada más, el comandante Belarmino caerá acribillado por cien plomos, revolcándose en una sangre oscura y acompasada, los ojos virados por la agonía, morirá como todo un comandante, morirá como. Una sombría resignación atajará a Victorino en mitad de la calle, ¿para qué huir?, ¿para qué disparar?, ¿para qué vivir?, seis hombres saltan sobre mí, me golpean la cara con la cacha de sus pistolas, me esposan las manos, me llevan a empujones y gritos, Amparo.
Esos hechos tendrán lugar de las 4 y 27 a las 4 y 36. Ahora son apenas las 4 y 3 minutos y los seis miembros de la UTC abandonan en fila india el acuartelamiento, se meten uno a uno en el Chevrolet negro, Valentín al volante, Carmina a su lado, más allá Belarmino con el codo fuera de la ventanilla. Freddy, Espartaco y Victorino en los asientos traseros. Ni siquiera los espíritus etéreos que invocan las hermanas Larousse, nadie en este mundo ni el otro disfruta el privilegio de adivinar el futuro. En cuanto a Espartaco.

Dice un párrafo del informe:
"Independientemente de las lesiones que, al decir de los médicos legistas, determinaron

la muerte del ciudadano Victorino Perdomo, el examen postmortem arroja las siguientes evidencias:
a) traumas múltiples;
b) fractura de la primera costilla izquierda;
c) ruptura del hígado y del riñon derecho;
d) innumerables contusiones con equimosis en las partes blandas del abdomen y del hemitórax derecho;
e) múltiples escoriaciones en el abdomen, tórax y extremidades superiores;
f) equimosis subpleurales (lado derecho) y subepicardias;
g) dilatación de la vejiga y contenido de orina hemorrágica; y
h) escoriación semicircular en la cara interna, anterior y posterior del antebrazo.
Y con estos elementos, cabe preguntarse: ¿son ellos resultantes de la caída en que perdió la vida el ciudadano Victorino Perdomo?".

Dice otro párrafo del informe:

"Determinar si el occiso voluntariamente saltó por la ventana del cuarto piso, como lo aseveran las declaraciones del señor Ministro del Interior, o si fue empujado por terceros, en cuyo caso se trataría de un homicidio, es cuestión que por carencia de elementos probatorios, escapa a la posibilidad de conclusión de esta Comisión. Es indudable que la versión del suicidio, tomada consideración de las condiciones en que se encontraba el occiso, "esposado con las manos hacia atrás" momentos antes de producirse su muerte, así como la ubicación y altura del alféizar de la ventana por la que dicen se lanzó, y algunas otras circunstancias más, hacen dudosa la versión del suicidio. Pero, la seriedad de este dictamen obliga a una cabal apreciación de las pruebas y, como en el derecho común, a atenerse a lo alegado y probado en los autos, sin poder sacar conclusiones fuera del expediente".
Dice el último párrafo del informe:
"La presencia de orina hemorrágica en la vejiga, sin haber alteraciones en la pelvis, como expresamente lo establece la autopsia, indica que los ríñones estuvieron filtrando hacia la vejiga y arrastrando sangre hacia ella, antes de la muerte. Si las lesiones renales acusadas en la autopsia hubieran sido causadas en la caída, no se habría encontrado sangre en la vejiga, porque los glomérulos no producen esta función de filtración sino cuando están sometidos a presión sanguínea. Por estas razones, la Comisión considera que Victorino Perdomo fue sometido, en época anterior a su muerte, a violentos procedimientos de fuerza que configuran, sin lugar a discusión, insólitos procedimientos de tortura."
Se repetía en la carne y en los huesos de Victorino Perdomo, detalle por detalle, golpe por golpe, la pasión y muerte de José Gregorio Rodríguez, sucesos estos ocurridos en la misma ciudad de Caracas cuatro años antes, durante la noche del 26 de mayo de 1962, mientras el mencionado José Gregorio Rodríguez permanecía, en calidad de detenido político, en las oficinas de la Dirección General de Policía, Digepol. Hay ligeras diferencias, sin embargo. Victorino Perdomo acababa de cumplir 18 años. José Gregorio Rodríguez, en cambio, tenía 35, dejó cuatro hijos huérfanos y no era un personaje de novela. Pero nos estamos desviando del tema.

CUANDO QUIERO LLORAR NO LLORO

Mamá compró una urna de bucare y la hizo forrar con tela negra, Mamá fue a buscar su cadáver al hospital, Mamá vino en la camioneta con su hijo muerto, Mamá pasó por las oficinas del cementerio a cumplir las formalidades, ahora está aquí al pie del cerro donde lo van a enterrar, los dos sepultureros del municipio colocan la urna sobre una parihuela y emprenden la subida, Mamá va rezando un padrenuestro detrás de ellos, lleva en sus manos una pequeña corona de margaritas que le costó doce bolívares, hay que abrirse paso por entre el gamelote y los ñaragatos, apartar con los pies las latas oxidadas, se detienen a la sombra de una cañafístola, ahí está abierta una fosa cualquiera en espera de un difunto cualquiera. Mamá le dedica un recuerdo inevitable al padre de Victorino, se llama Facundo Gutiérrez, no lo ha vuelto a ver más nunca, era muy borracho, seguramente lo sigue siendo si está vivo, los dos sepultureros bajan la urna con ayuda de gruesos mecates hasta el fondo del hoyo, las paletadas de tierra hacen llorar a Mamá contra sus deseos, se había propuesto no llorar a Victorino en público, los sepultureros dejan un ladrillo indicador sobre la gleba removida, 715 FP 283, son letras y números pintados en alquitrán, los sepultureros se secan el sudor con pañuelos terrosos, comienzan el descenso con la parihuela vacía, Mamá vuelve a seguirlos por entre los peñascos y las desigualdades del cerro, Victorino quedó enterrado entre muchas otras tumbas de pobres, pero tuvo su urna de bucare con su tela negra que la forraba, y tuvo su corona de doce bolívares, y tuvo el llanto de Mamá que también vale. Mamá da las buenas tardes a ios sepultureros del municipio,se monta de nuevo en la camioneta, regresa humildemente a las oficinas del cementerio.

Mami se mantiene erguida a duras penas, del brazo izquierdo la sostiene doña Adelaida, del otro brazo una de sus amigas, mañana no recordará cuál de ellas, todo sucede empañado por las lágrimas y por la tarde que empieza a oscurecerse tempranamente, Mami logra distinguir uno que otro rostro conocido en medio de la multitud que la rodea, cabezas curiosas se asoman por entre los ángeles y las vírgenes de mármol, ancianas afligidas desgranan letanías bajo las trinitarias, seis amigos de Victorino traen su urna en hombros desde la carroza fúnebre, detrás de ellos surgen las flores de mil coronas, lirios, orquídeas, calas, rosas, hortensias, vandas y las azucenas que manchan de oro las manos con su polen intenso, y el perfume dulzarrón de los nardos y de los malabares que marea a Mami, ahora bajan con cordeles la urna hasta posarla en el fondo de la fosa, las lágrimas de Mami se hacen más nubladas, el ingeniero Argimiro Peralta Heredia se halla ausente del país, anda por Londres en viaje de negocios, al menos eso le dijo a Mami mientras hacía las maletas, fue necesario enviarle un cable inhumano, el ingeniero Argimiro Peralta Heredia no llegó a tiempo para el entierro, gestionó desesperadamente un puesto en los aviones y no lo había, Mami escucha la voz del capellán como si viniera de muy lejos, Libera me Domine de morte aeterna, el ingeniero Argimiro Peralta Heredia vendrá en un vuelo de mañana al mediodía, lo derrumbará este hachazo, Victorino lo era todo para él, Libera me Domine de morte aeterna, el capellán de sobrepelliz blanca y estola negra dice su responso, el capellán rocía la tumba con el hisopo, las coronas ascienden en pirámide hasta las ramas de los árboles, la ceremonia ha concluido, Mami no consigue tenerse en pie por sí sola, Mami abandona el panteón de la familia Peralta apoyada en dos hombros que mañana no recordará a cuáles de sus amigas pertenecían.

Madre llora su soledad entre cincuenta jóvenes que han venido a enterrar a Victorino, anoche lo velaron en una agencia funeraria, los digepoles anotaban nombres, miraban hacia el cadáver con inacabable rencor, gruñían maldiciones a media voz, solamente a la puerta del cementerio se rezagó la policía. Madre cruza la verja en compañía de un

puñado de jóvenes que cantan, Belachao, chao, chao, y si me matan en el combate toma en tus manos mi fusil, Madre se siente sola y desvalida, ni siquiera la familia se enteró de la muerte de Victorino, los periódicos se limitan a publicar la noticia del asalto al banco, no han dicho todavía una palabra de las muertes. Madre no se explica cómo lo supieron estos cincuenta compañeros de Victorino, pasaron la noche con ella en la funeraria, ahora gritan consignas, ¡Te vengaremos, Victorino, te vengaremos, suben con la urna a cuestas por las estrechas avenidas, una rabiosa pesadumbre les endurece los rostros infantiles, llevan la urna envuelta en una bandera roja y negra, Somos la joven Guardia que va forjando el porvenir, Juan Ramiro Perdomo está preso en el cuartel San Carlos, le negaron el permiso para asistir al entierro de su hijo, Madre se siente más sola a medida que avanzan hacia la sepultura, lo enterrarán en una explanada árida donde se levantan cien tumbas exactamente iguales, el mismo Cristo pequeño de mármol negro cien veces repetido, esos Cristos los fabrican en serie y salen muy baratos, Madre comprará uno para la tumba de Victorino, Oh, Belachao, Belachao, soy comunista toda la vida y comunista he de morir, una muchacha del cortejo llora a la par de Madre, un estudiante sin corbata dice un discurso ante la tierra recién cerrada, ¡Te vengaremos, Victorino, te vengaremos, Juan Ramiro Perdomo se morderá los puños en su calabozo, no hay soledad en el mundo comparable a la de Madre, los jóvenes se acercan y la abrazan uno por uno, después reanudan el canto, Una mañana de sol radiante salí a buscar al opresor, Madre regresa lentamente por entre mármoles y pinos, a su lado camina la muchacha que llora a la par de ella.

Las tres mujeres enlutadas se cruzan entonces por única vez, la que bajó desde el pie del cerro en la camioneta, la que sube desde el panteón de los Peralta, la que viene cabizbaja por la angosta avenida, las tres mujeres enlutadas se miran inexpresivamente, como si nunca se hubieran visto antes, nunca se han visto antes es verdad, como si no tuvieran nada en común.